

LUCIÉRNAGAS

Refugio Barragán de Toscano

Edición comentada
Daniela Juárez Mejía



Luciérnagas
Lecturas amenas para niños

UNIVERSIDAD DE
GUANAJUATO



Ediciones
Universitarias

COLECCIÓN LECTURAS VALENCIANA

23

LUCIÉRNAGAS

Lecturas amenas para niños



Refugio Barragán de Toscano

DIRECTORIO

Dra. Claudia Susana Gómez López
Rectora general

Dr. Salvador Hernández Castro
Secretario general

Dra. Diana del Consuelo Caldera González
Secretaria académica

Dra. Elba Margarita Sánchez Rolón
Titular del Programa Editorial Universitario

Dr. Martín Picón Núñez
Rector del Campus Guanajuato

Dr. Artemio Jiménez Rico
Secretario académico del Campus Guanajuato

Dra. Krisztina Zimányi
Directora de la División de Ciencias Sociales y Humanidades

Dr. Carlos Armando Preciado de Alba
*Secretario académico de la División de Ciencias
Sociales y Humanidades*

Dra. Claudia Liliana Gutiérrez Piña
Directora del Departamento de Letras Hispánicas

Dra. Elsa López Arriaga
Coordinadora de la Licenciatura en Letras Españolas

Mtra. Flor E. Aguilera Navarrete
Coordinadora de la Colección Lecturas Valenciana

D.R. © De los textos: los autores
D.R. © De la ilustración: la autora
D.R. © De la edición:
UNIVERSIDAD DE GUANAJUATO
Campus Guanajuato
División de Ciencias Sociales y Humanidades
Departamento de Letras Hispánicas
Lascuráin de Retana núm 5, zona centro,
C.P. 36000, Guanajuato, Gto., México

La Colección Lecturas Valenciana es un proyecto editorial estudiantil de la Licenciatura en Letras Españolas. Los textos del presente libro fueron dictaminados por expertos en el área mediante la modalidad de doble ciego.

Diseño de portada: Flor E. Aguilera Navarrete
Grabado de portada: Emmanuel Tanús
Corrección: Flor E. Aguilera Navarrete y Daniela Juárez Mejía
Cotejo de transcripción: Flor E. Aguilera Navarrete y Daniela Juárez Mejía
Maquetación: Daniela Juárez Mejía y Flor E. Aguilera Navarrete
Diseño editorial: Flor E. Aguilera Navarrete
Coordinación editorial: Flor E. Aguilera Navarrete

ISBN: 978-607-441-728-9 (de la obra completa)
ISBN: 978-607-580-272-5 (del volumen)

Se autoriza cualquier reproducción parcial o total de los textos de la publicación, incluyendo el almacenamiento electrónico, siempre y cuando sea sin fines de lucro o para usos estrictamente académicos, citando siempre la fuente y otorgando los créditos autorales correspondientes.

Hecho en México • *Made in Mexico*



CONTENIDO

Presentación	13
<i>Flor E. Aguilera Navarrete</i>	
Sobre las ediciones	19
<i>Claudia L. Gutiérrez Piña</i>	
Advertencia editorial	23
Estudio introductorio	29
<i>Daniela Juárez Mejía</i>	
LUCIÉRNAGAS	
LECTURAS AMENAS PARA NIÑOS	103
<i>Refugio Barragán de Toscano</i>	
Dos palabras	107
El abanico	109
Abrojos	113
El gato	117
Las abejas	121
Un nido de verdines	125
Percal y manta	129
El madejón de seda	133
El papalote	137

La carter	141
El hacha y el lazo	145
La gota de agua	153
El vagabundo	157
La primera flor	161
El castigo	165
Las campanas	169
Las violetas	179
El grano de trigo	181
La bandera	185
Mariposas	191
La barca	195
La jaula de oro	201
El anillo	209
Los polluelos	215
La anciana	219
¡Sola!	223
El polvo del camino	227
El huerto ajeno	233
Las perlas	239
El alfiler	247
No matarás	251
Orugas y mariposas	255
El vestido nuevo	259
Los diamantes	263
El billete	271
La pesadilla	277
Cadena de flores	281
<i>Primera parte: Marcial</i>	281
<i>Segunda parte: Efrén</i>	285
Fruto amargo	291
El ojo de La cerradura	295
Caja oculta	299
El espejo	305



Refugio Barragán de Toscano

27 de febrero de 1843- 22 de octubre de 1916

Fuente: *Celajes de Occidente: composiciones líricas y dramáticas*. Ciudad Guzmán: Imprenta de Agapito Ochoa, 1880, p. 5.

PRESENTACIÓN

La Colección Lecturas Valenciana inició como una simple actividad práctica de aula, con la finalidad de que los estudiantes experimentaran toda la cadena de producción editorial: desde la selección de obra, la curaduría, la corrección de originales, la preparación de material gráfico, la maquetación, la corrección de pruebas, etcétera. Sin embargo, la actividad se quedaba en un nivel técnico, por ello advertí la necesidad de que los estudiantes se involucraran en los procesos editoriales, pero desde su formación literaria. Para mí, esto era una oportunidad magnífica para que, ya en su etapa final de formación académica, pusieran en práctica los conocimientos adquiridos durante toda la carrera. Además, me interesaba que se involucraran no sólo como actores secundarios de la producción editorial, que no generan material intelectual o que no toman decisiones. Más bien, me parecía de verdad trascendente que se sintieran la cabeza primordial de un proyec-

to, que se supieran capaces de tomar decisiones editoriales (como qué editar, cuánto editar, hasta dónde editar, bajo qué consideraciones específicas, etcétera), que entendieran que su participación en la edición significaba también poner en práctica su ideología, sus posturas estéticas, sus gustos literarios, su perspectiva crítica con respecto a nuestra propia cultura editorial y literaria. Es decir, que ejercieran la edición como una actividad cultural e intelectual, con una actitud crítica que les ayudara a reflexionar sobre lo que significa editar obra literaria y la responsabilidad social que ello implica.

Así, hemos reflexionado no sólo sobre qué editar, qué textos seleccionar para transmitir a un determinado público lector, sino también hemos cuestionado las repercusiones de los procesos editoriales en la materialización de la literatura, pues reconocemos que la praxis editorial impacta en la transmisión literaria, en la canonización de los textos que ahora leemos. Sin duda, las decisiones que se toman durante esta etapa condicionan, de una u otra forma, la recepción de la obra literaria. Asimismo, ha sido una oportunidad para tratar de comprender el modo en que los proyectos editoriales han participado en la construcción de ideas, imaginarios, identidades o representaciones sociales y estéticas; y esto ha contribuido a visualizar el significado cultural de crear una colección editorial, reconocer que la edición influye en la formación de gustos literarios,

y que las colecciones funcionan como un programa de lectura que configura comunidades lectoras. Es decir, hemos tenido la oportunidad de entender nuestra literatura a partir de la experiencia editorial mexicana.

En este sentido, la Colección Lecturas Valenciana opta por un tipo de edición denominada edición anotada o edición comentada, de alta complejidad. Esto no quiere decir que sea complicada su lectura, de hecho se aspira más bien a la sencillez, pues son ediciones para públicos lectores en proceso de formación, sino que es compleja porque su proceso de producción requiere una ardua labor de investigación. La edición anotada busca la preservación de los textos, pero también el rescate de nuestro patrimonio literario, de nuestra cultura editorial. Por ello los estudiantes editores indagan, primeramente, en archivos hemerográficos, o bien, en distintos repositorios institucionales, para seleccionar algún texto o alguna edición de calidad, es decir, que mantenga una fidelidad importante con la obra original y con su autor; posteriormente transcriben el texto literario, lo cotejan, lo analizan en todos sus aspectos para definir los criterios y la metodología, y a partir de ello iniciar una investigación para ofrecer a los lectores, a modo de pies de página, una serie de notas que sirvan de apoyo o guía para aclarar ciertos pasajes complicados o para definir palabras en desuso.

La finalidad es que el estudiante editor despeje posibles dudas del texto, solucione los problemas que plantea la obra: como dificultades textuales, lingüísticas, referencias eruditas y de contenido, etcétera, que pueden afectar la lectura. Las notas a pie de página que acompañan el texto, que buscamos sean el menor número posible, lejos de acribillar la obra, acompañan al lector, contribuyen a hacerle su experiencia de lectura más sencilla. Bajo este entendido, la Colección Lecturas Valenciana favorece la comunicación entre el lector y la obra, para que la lectura sea lo más completa, rica y precisa posible.

Estas ediciones también se caracterizan por ir acompañadas de un estudio introductorio y de una advertencia editorial, con el propósito de enmarcar la obra en su época determinada, porque el objetivo es hacer presente el texto dentro del panorama literario actual, asegurar su presencia dentro del contexto editorial. Sin duda, ello tiene una repercusión positiva en la recepción de la obra literaria.

Así, la Colección Lecturas Valenciana es un proyecto editorial con gran valor literario histórico y cultural, en tanto recupera el patrimonio intelectual nacional; es un espacio de formación académica con proyección didáctica, porque los estudiantes ponen en práctica lo aprendido durante toda la carrera, y de proyección social de gran trascendencia debido a que se busca formar un gusto literario y ampliar los públicos lectores. De esta forma el Departamento de Letras Hispánicas se compromete

con la investigación literaria y con la sociedad, y yo, como coordinadora editorial de la Colección, me siento verdaderamente orgullosa de ello.

Mtra. Flor E. Aguilera Navarrete
Profesora y editora

La Colección Lecturas Valenciana publicó su primer número en 2020. Desde entonces, aquello que inició como un proyecto derivado de un ejercicio escolar, ha madurado y se ha fortalecido gracias al trabajo y dedicación de su coordinadora, la Mtra. Flor E. Aguilera Navarrete, y de las y los estudiantes de la Licenciatura en Letras Españolas de la Universidad de Guanajuato.

Se trata de una colección digital de ediciones comentadas de libre acceso que brinda la posibilidad de visitar textos de figuras canónicas de nuestras letras, o bien, de conocer escritoras y escritores rescatados cuya obra ha quedado fuera del alcance del lector, dormida en archivos hemerográficos o en ediciones que hoy son de difícil acceso. Esta colección alberga testimonios variados de la vida literaria mexicana que son actualizados por la mirada de jóvenes lectores quienes, desde su propio horizonte de experiencias y con las herramientas que les da su formación profesional, promueven un encuentro

amable con el texto que permita a otros lectores en formación salvar la distancia histórica entre su contexto y el del texto, allanarles el camino con notas sencillas, pero claras, así como con un estudio preliminar que les permita comprender el espacio cultural y las personalidades que dan origen a cada propuesta.

Esta labor no es sencilla, antes bien, es un punto de llegada donde los jóvenes editores ponen en práctica toda la complejidad de su proceso formativo: el ejercicio del pensamiento crítico, el análisis del patrimonio cultural y literario, sus capacidades investigativas, para cumplir con el compromiso social de los estudios literarios en la preservación y transmisión de los textos que albergan nuestra memoria.

De esta forma, la Colección Lecturas Valenciana cuenta con un nutrido mosaico de textos que transitan por distintos géneros literarios y propuestas estéticas. El ensayo, el cuento, la poesía, el teatro y la escritura autobiográfica pueblan los títulos de estas ediciones que se ofrecen al público lector para su disfrute. Cada una de ellas guarda el trabajo y compromiso de nuestra comunidad estudiantil en la amorosa labor de la formación de lectores.

Dra. Claudia L. Gutiérrez Piña

Directora del Departamento de Letras Hispánicas.

ADVERTENCIA EDITORIAL

Esta edición anotada de *Luciérnagas. Lecturas amenas para niños* de Refugio Barragán de Toscano, que forma parte de Colección Lecturas Valenciana, está basada en la edición de 1905, publicada en México por la Antigua Imprenta de Murguía, ubicada en la calle del Coliseo Viejo núm. 2. Nos basamos en esta edición porque fue publicada en vida de la autora, por tanto, es considerada obra legítima, pues representa la voluntad estética de la autora.

Hemos encontrado referencias a una edición en México de 1940, bajo el título *Luciérnagas. Cuentos*. Sin embargo, no pudimos localizar esta edición. La de 1905 se mantiene como base de nuestro trabajo por su autenticidad y accesibilidad.

Esta edición de *Luciérnagas. Lecturas amenas para niños* se distingue de la original debido a sus condiciones de edición anotada, que está hecha con la intención de ser guía para lectores en proceso de formación. El estudio introductorio es un marco del contexto social, político, cultural y literario de

la autora, además ofrece datos biográficos y traza un camino de interpretación para que los lectores puedan abordar los poemas con mayor entendimiento y disfrute. Además, se rescatan las ilustraciones originales para que los lectores se acerquen a los cuentos tal como se publicaron por primera vez.

Asimismo, se han integrado notas a pie de página con la intención de ofrecer a los lectores un contexto más amplio de la época en que la obra fue escrita. La mayoría de las notas son para definir algunas palabras en desuso que podrían resultar complicadas a los lectores contemporáneos. No obstante, también hay notas urbanas y geográficas para dar referencia a lugares que han cambiado de nombre o de ubicación a lo largo del tiempo, enriqueciendo la edición con datos históricos y culturales del país. También hay algunas notas sobre refranes y dichos, los cuales han caído en desuso en los últimos años, ofreciendo al lector una aproximación a su significado y su uso en la época de la autora.

Para aclarar estas notas, se ha usado el *Diccionario de la lengua española*, el *Diccionario panhispánico de dudas* y el *Diccionario de americanismos* de la Real Academia Española (RAE), así como el *Diccionario de mexicanismos* de El Colegio de México y el *Diccionario de mitología griega y romana* (1981), escrito por Pierre Grimal y editado por Paidós y Herder. También se consultó la Biblioteca Virtual de Cervantes para los refranes, dichos y proverbios, y el *Refranero mexicano* de la Academia Mexicana de la Lengua.

Para las notas geográficas y urbanas, se consultó el Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI) y el Sistema de Información Territorial y Urbano (SITU), para localizar algunos de los lugares mencionados en los cuentos, como la municipalidad de Arispe en el estado de Sonora, la Hacienda de Santa Clara en Villas de Salgado, la localidad de Los Reyes, entre muchos otros.

Con la finalidad de romper con la distancia temporal de los textos, y que los lectores no tengan dificultades de lectura, se ha adaptado el texto a la normativa gramatical actual. Por ejemplo, se ajustaron tildes en palabras monosilábicas que antes sí se tildaban, como *á* por *a*, *ó* en lugar de *o*, *vió* por *vio*, *tí* por *ti*, *fé* por *fe*, *hé* en lugar de *he*, entre otros.

Se actualizó el uso de minúsculas en sustantivos comunes que originalmente estaban en mayúscula, tal es el caso de *Abuela* por *abuela*, *Juez* por *juez*, *Colegio* por *colegio*, *Junio* por *junio*, *Cura* por *cura*, *Don* por *don*, entre otros. Se desataron las abreviaturas como *D./don*, *Dña./doña*, *Sr./señor*, *Vd./usted*, etcétera. Asimismo, se incorporaron los signos de admiración e interrogación de apertura, ya que sólo se usaba el signo de cierre. Además, se agregaron y se eliminaron signos de puntuación cuando fue necesario. También se agregaron guiones para separar diálogos.

Se respetaron palabras que consideramos son marcas de época y que dan cuenta de la esencia original de la obra, como *habéis*, *hiciéronle*, *levantose*,

acercábase, quedáronse, viéronse, tomaréis, tomáis, tomaos, vais, vuestros, entre otras. Esto es necesario porque contribuye a entender el contexto histórico y social en que se desarrollaron los cuentos.

Se espera que esta edición anotada cumpla su propósito y sea una invitación a conocer a Refugio Barragán de Toscano, una autora por demás valiosa, pero que ha quedado fuera del panorama literario de México, pese a ser una de las mujeres pioneras en publicar una novela en el país.

ESTUDIO INTRODUCTORIO

Daniela Juárez Mejía

LA EDUCACIÓN EN MÉXICO A FINALES DEL SIGLO XIX

A finales del siglo XIX y principios del siglo XX, la educación en México estuvo marcada por reformas que buscaban consolidar un sistema educativo nacional, influenciado por el positivismo y el liberalismo. Se trata de un periodo de transición entre los esfuerzos del Porfiriato por modernizar la educación y los cambios impulsados por la inminente Revolución Mexicana. Durante el gobierno de Porfirio Díaz, la educación tuvo una fuerte inclinación por un enfoque positivista, basado en el orden y el progreso.

México experimentó avances significativos en su sistema educativo, no obstante, también enfrentó grandes restricciones y desigualdades. Para entender

mejor estas limitaciones, es importante situarse en la segunda mitad del siglo XIX, previa al Porfiriato, donde la inestabilidad económica y política del país se encontraba en un estado de rezago en muchos aspectos, específicamente en la educación. Cuando Porfirio Díaz tomó posesión de la Presidencia del país, se dedicó a estabilizar y modernizar México, tomando como prioridad la educación. Pero, ¿qué fue lo que hizo Porfirio Díaz para priorizar la educación en el país?

Es innegable que uno de los pilares de la educación durante el Porfiriato fue el positivismo, una corriente fundada por el filósofo francés Auguste Comte (1798-1857), quien resumía este postulado como una herramienta que evitaría la rapiña de las revoluciones, que necesitaba “una doctrina orgánica fundamental, una educación conveniente y un espíritu de cuerpo notable”,¹ que permitiera un “sistema de ideas generales destinado a servir de guía a la sociedad”.²

Frente a sistemas basados en la coerción, Comte proponía influir en la naturaleza humana, canalizando al individuo hacia el trabajo, la productividad y el bienestar colectivo. Su propuesta buscaba reemplazar el control militar por un sistema basado en la cooperación, la sociabilidad y el progreso. Así lo

resumió Comte: “Vivir para los demás; y, al mismo tiempo, por medio de la armonía realizada en cada alma individual merced a la sumisión del egoísmo al altruismo”,³ principio ético central positivista, que subrayaba la importancia de orientar la acción humana hacia el bien común. No obstante, ante la manera en que la sociedad era controlada por fuerzas militares que empleaban su poder de forma violenta, Comte, frente a esta realidad social, propone otra alternativa. En lugar de recurrir a la coerción, era necesario influir en la naturaleza del individuo para orientarlo hacia su propio bienestar, canalizándolo hacia el trabajo y la productividad. Así, si el antiguo sistema tenía un propósito militar, el nuevo sistema ahora debía estar orientado hacia el “fin industrial”.⁴

Comte proponía, destacando el valor intrínseco de la humanidad, que la sociedad obtuviera un sistema que no fuera monarquista, politeísta o monoteísta, y en cambio fuera un sistema inminentemente humanista positivista. Con todo esto, surgió en Francia el positivismo comtiano. Comte no era simpatizante del socialismo ni del comunismo, pero propuso la combinación de ambos sistemas para que, una vez establecida la industrialización, todas las fuerzas y corrientes confluyeran en la búsqueda

¹ Comte, 1942, p. 31.

² Comte, 1942, p. 90.

³ Comte, cit. en Beeche, 1956, p. 208.

⁴ Comte, 1942, p. 91.

da del “bien común”.⁵ Para lograr estos objetivos, era indispensable inculcar al pueblo una “doctrina orgánica fundamental”, complementada con una educación adecuada, donde se valorara la ciencia y la razón por encima de la tradición y la fe, la cual ofrecía la solución a la problemática política, social y económica de Francia.

En México, ante la problemática que el país enfrentaba hacia 1887, marcada por la inestabilidad política tras la restauración de la República, el lento desarrollo económico y los conflictos sociales derivados de la desigualdad y el rezago educativo, el médico, pedagogo y escritor mexicano Manuel Flores (1853-1924) decidió implementar este sistema pedagógico inspirado por el positivismo, siguiendo la línea ya iniciada por Gabino Barreda (1818-1881), quien tuvo contacto directo con la filosofía de Augusto Comte durante su estancia en París y fue referente del positivismo en México y responsable de organizar la Escuela Nacional Preparatoria, así como de promover la Ley de Instrucción Pública de 1867, sentando las bases de la educación moderna del país. Flores “buscaba consolidar la educación como un instrumento para formar ciudadanos útiles, conscientes de su papel en la familia, la sociedad y la producción industrial del país”.⁶

⁵ Frausto, 2021, p. 511.

⁶ Díaz, 2003, pp. 322.

Así, Manuel Flores, junto a Justo Sierra, Luis E. Ruiz, Ezequiel A. Chávez, entre otros destacados pedagogos y educadores, impulsó la creación de una teoría pedagógica que concientizara a los profesores mexicanos y, por ende, a las infancias mexicanas, del papel histórico que tenían como miembros de una familia y de la sociedad que los necesitaba en la producción industrial, por el bien colectivo y, por supuesto, del Estado.

El historiador francés Philippe Ariès fue pionero en afirmar que la infancia no siempre ha existido como la concebimos hoy, sino que es una construcción histórica y cultural, y señala: “partimos de un mundo de representación en el que se desconoce la infancia [...] los hombres de los siglos x y xi no perdían el tiempo con la imagen de la infancia, la cual no tenía para ellos ningún interés, ni siquiera realidad”.⁷

Desde el principio de los tiempos, las infancias no recibían el cuidado que hoy en día se les proporciona. Los niños y las niñas no eran vistos como un grupo separado de los adultos. No había una “conciencia de infancia”, ni una idea de que requerían cuidados o educación específica. Al respecto, Estela Roselló Soberón, historiadora mexicana, cuya línea de investigación se centra en la historia cultural, con énfasis en la historia de la infancia, la educación,

⁷ Ariès, 1960, p. 59.

las emociones, el cuerpo y la otredad en la Nueva España, señala: “La categoría de ‘niño’ no es natural ni estable”.⁸ En el siglo XVIII, los niños expósitos⁹ eran vistos como cuerpos en potencia, más que como sujetos.¹⁰ En lugar de concebirse como sujetos de derecho, se les percibía como cuerpos útiles en potencia, susceptibles de ser moldeados para la producción y el servicio del Estado. Esta concepción revela que la infancia ha sido históricamente una construcción cultural determinada por las necesidades del momento que responden a diferentes discursos sociales, jurídicos y religiosos. Esta postura coincide con Philippe Ariès, quien también sostenía que la infancia, como la entendemos hoy en día, es una invención relativamente reciente. El Estado comienza a regular la vida de las infancias, pero no tanto por una preocupación genuina de su bienestar, sino debido a su utilidad como futuros ciudadanos productivos.

A partir del siglo XVII y siglo XVIII, con el auge de la familia burguesa y el discurso ilustrado, la infancia comenzó a separarse social y simbólicamente del mundo adulto y a ser considerada una etapa de formación clave. Como Philippe Ariès señal: “duran-

te el siglo XVII [...] el niño (al menos el niño rico, noble y burgués), ya no está vestido como las personas adultas. He aquí el hecho esencial: el niño posee en lo sucesivo un traje reservado a su edad, que lo separa de los adultos”.¹¹ En el contexto latinoamericano, por ejemplo, “esta transformación también se reflejó en la configuración de la infancia como un espacio de formación, diferenciándose de la vida adulta y siendo objeto de nuevas representaciones y prácticas”.¹²

El cambio en la indumentaria no era meramente estético, sino que reflejaba interés novedoso en marcar la diferencia entre niños y adultos, pues “esas costumbres que distinguen así el traje de los niños del de los adultos revelan un interés nuevo, desconocido en la Edad Media, en separar a los niños, en ponerlos aparte, vestidos de una especie de uniforme”.¹³ Antes de este proceso, en contraste “nada en ese traje separaba al niño del adulto”,¹⁴ lo que evidencia que la infancia no se concebía todavía como un periodo con características propias, sino que los niños participaban de manera plena en la vida cotidiana y social de los mayores. La evolución en la vestimenta de los niños, sumada a la escola-

⁸ Roselló, 2013, p. 172.

⁹ Niños abandonados por su familia y entregados a instituciones de caridad o al amparo del Estado.

¹⁰ Roselló, 2013, p. 172.

¹¹ Ariès, 1960, p. 79.

¹² Roselló, 2013, p. 172.

¹³ Ariès, 1960, p. 84.

¹⁴ Ariès, 1960, p. 78.

rización y a las nuevas normas familiares, puso de manifiesto cómo, a partir de los siglos XII y XIII, se consolidó la percepción de la infancia como una etapa diferenciada, con ritos y prácticas que subrayaban la progresiva transición hacia la adultez.

Se empezaron a implementar medidas para la educación de las infancias; no obstante, eran hijos de nobles y gente con poder quienes podían disfrutar de la poca producción de textos exclusivamente para ellos. Por ejemplo, en la corte francesa del siglo XII se imprimieron las célebres ediciones Delphini, adaptaciones “expurgadas de textos clásicos griegos latinos, hechas expresamente para el hijo de Luis XIV —el Delfín— con pasajes censurados por su contenido sexual o violento. Estas obras fueron tan influyentes que el término ‘ediciones Delphini’ llegó a denominar cualquier texto revisado o censurado para lectores jóvenes”.¹⁵ Antes de estos avances, los niños aprendían de la mano de sus padres y de las tareas que se les fueran proporcionando. Su educación era práctica, inmediata, aprendían sobre la marcha, al mismo tiempo que un adulto. Los trataban, por así decirlo, como un adulto más, con las mismas responsabilidades.

De manera semejante, en el México del siglo XIX, la educación infantil también estuvo marcada por un carácter elitista y excluyente. A pesar de que

la población era predominantemente rural, la infraestructura educativa se concentraba en zonas urbanas, lo que limitaba (hasta el día de hoy) el acceso a la educación formal para la mayoría de los niños y las niñas. A esta situación se sumaban diversos obstáculos estructurales, como la precariedad económica, la escasez de las vías de comunicación, la diversidad cultural y la presencia de múltiples lenguas originarias, lo que dificultaba la implementación de una educación universal e inclusiva.

Fue hasta 1900 cuando se comenzó a fomentar una política orientada a educar también a la población indígena, por ello, durante el siglo XIX, la educación siguió siendo un asunto sumamente elitista, reflejado en altos niveles de analfabetismo, pues la mayor parte de la población mexicana no sabía ni leer ni escribir.

Por lo tanto, al hablar de la educación del niño mexicano durante este periodo, es preciso aclarar que nos referimos únicamente a un sector muy específico de la población mexicana: aquellos niños que residían en zonas urbanas, y en su mayoría pertenecientes al género masculino. Esta exclusión afectaba especialmente a los niños y a las niñas indígenas, afrodescendientes e hijos de los campesinos mestizos, quienes enfrentaban mayores barreras para acceder a la educación, debido a factores raciales, socioculturales y económicos. A estas dificultades se sumaban las limitaciones geográficas, como la concentración de escuelas en zonas urbanas y la

¹⁵ Encyclopaedia Britannica, s/a, “Delphin Classics”.

escasez de vías de comunicación que impedían que muchos niños pudieran desplazarse a los centros educativos.

Asimismo, las diferencias culturales y lingüísticas agravaban la exclusión, pues la educación se impartía principalmente en castellano, ignorando las lenguas originarias y la diversidad cultural de los territorios. En el caso de las niñas, estas barreras estaban reforzadas por prejuicios de género, ya que se consideraba que la formación académica era menos necesaria para ellas, priorizando su educación doméstica y su rol en la familia. En conjunto, estas condiciones creaban un sistema educativo profundamente desigual, en el que sólo una minoría privilegiada podía acceder a los beneficios de la escolarización formal.

Durante el Porfiriato, el sistema educativo en México se estructuró en tres tipos principales de escuelas: las públicas u oficiales, las particulares y las administradas por el clero. A través de estas modalidades, el régimen porfirista buscó monopolizar la educación promoviendo una visión homogénea del conocimiento y del orden social que respondiera a los intereses del Estado.

Esta política educativa refleja un patrón histórico más amplio de exclusión y control sobre la infancia, en el que los niños y las niñas eran percibidos como sujetos utilitarios al servicio del Estado. Como señala la investigadora Beatriz Alcubierre, “la infancia, como campo y figura retórica, fue construi-

da históricamente sobre la base de la desigualdad social”.¹⁶

De manera similar, los niños y las niñas eran vistos como cuerpos que podían ser utilizados para fines productivos, de población o sanitarios: “los niños interesaban en tanto cuerpos que pudieran trabajar, procrear, poblar o cargar virus y vacunas; eran sujetos de experimentación y agentes de prevención”.¹⁷

Durante este periodo surgió la necesidad de una identidad nacional, por lo que muchos letrados comenzaron a producir diferentes manuales escolares llamados *catecismos* por su formato de preguntas y respuestas. El primer catecismo político en México apareció en 1810, “como una forma de explicar el movimiento de independencia”¹⁸ y concientizar sobre la figura del ciudadano en el nuevo sistema.

Tras la consumación de la Independencia en 1821, aparecieron catecismos como el *Catecismo de la Independencia* de Luis Mendizábal, destinados formalmente a ser textos escolares, para enseñar nociones de ciudadanía, formas de gobierno y deberes cívicos, a menudo combinando la educación política con la religión. Alejandra Torres Alejo argumenta: “[...]el contenido era aprendido de memoria; repetir las pre-

¹⁶ Alcubierre, 2017, p. 275.

¹⁷ Alcubierre, 2017, p. 276.

¹⁸ Torres, 2014, p. 94.

guntas y las respuestas fue la forma de transmitir el conocimiento”,¹⁹ siguiendo el método catequístico que ya había tenido éxito en la educación religiosa.

Dentro de la historiografía mexicana, numerosos teóricos y letrados se han encargado de estudiar la infancia. No obstante, siempre han ligado sus trabajos con otras cuestiones como las diferencias de género, la familia y la educación. Así, el concepto de *infancia* y la historia de la literatura infantil en el país se pueden estudiar en diferentes publicaciones dirigidas a las infancias mexicanas, como los periódicos, revistas, cuentos, los catecismos escolares antes mencionados y diferentes libros de texto. Estos textos no sólo reflejan una idea de los ideales y valores respecto a lo que se quería enseñar a las infancias, sino también sirve para comprender el contexto socioeconómico y político que también les afectaba.

Así, los niños pasaron a ser concebidos principalmente como futuros ciudadanos, receptores de valores cívicos y patrióticos, formados para integrarse en el proyecto social y político del Estado. Esta lógica coincide con que la razón principal no se trataba de una preocupación por el bienestar infantil, sino de cómo las infancias podían servir al poder: “Los niños pobres y huérfanos fueron útiles al Estado: se les transportaba para poblar territorios, para vacunar poblaciones, para asegurar el futuro

de la Corona”.²⁰ Esta transformación no era un caso aislado ni exclusivo en el país, sino que esto estaba situado en las sociedades occidentales de manera más extendida. No era primordial atender las necesidades afectivas o educativas de las infancias, sino su potencial como fuerza de trabajo o herramientas del Estado. Hugh Cunningham, historiador y académico jubilado, especialista en historia de la infancia, el nacionalismo, la filantropía y el ocio, comenta: “Durante mucho tiempo los niños fueron valorados más por su utilidad económica que por su condición emocional o educativa”.²¹

Entonces, la consolidación de una nueva forma de ver la infancia no sólo transformó el modo en que los niños eran tratados y educados, sino también los discursos que se producían para ellos. En este contexto, la literatura infantil empezó a usarse para entretener, así como para enseñar valores, buen comportamiento, ideas patrióticas y hábitos útiles para la sociedad. Así, los cuentos, libros y revistas para niños fueron parte fundamental del proyecto educativo y social del país. Por eso, al hablar de la historia de la literatura infantil en México, es importante saber que siempre ha estado muy ligada a los intereses del Estado, a los ideales de la época y a lo que significa ser niño y para qué debe servir la infancia.

¹⁹ Torres, 2014, p. 94.

²⁰ Roselló, 2013, p. 163.

²¹ Roselló, 2013, p. 163.

En el México del siglo XIX, las publicaciones periódicas que emergieron expresamente para las infancias estaban marcadas por el auge del positivismo y la pedagogía liberal, y no fueron espacios meramente recreativos, pues su misión era eminentemente formativa. Claudia Agostoni, en su artículo “Divertir e instruir. Revistas del siglo XIX mexicano”, argumenta que estas publicaciones “son una clara prueba de las inquietudes que los miembros de la sociedad decimonónica y el Estado manifestaban en torno a la urgente necesidad de instruir a la niñez”.²² Uno de los ejemplos más tempranos de esta literatura es *El Obrero del Porvenir. Semanario para la Niñez Desvalida* (1870), publicación impresa por la Asociación Artístico Industrial y distribuida gratuitamente en los barrios de la Ciudad de México, cuyos editores proponían “endulzar la ‘amargura y sequedad de algunas lecciones de moral, revistiéndolas con el agradable ropaje de la fábula o de la anécdota’”.²³ La combinación del entretenimiento y enseñanza revela una comprensión temprana de la pedagogía lúdica como mecanismo eficaz para internalizar valores. Sus redactores Clavijero, Xicoténcatl y M. Ocampo declaraban sin ambigüedades su propósito formativo:

Deseamos sembrar en los tiernos y puros corazones de los niños, los gérmenes de una recta moral; inspirarles los sentimientos de un noble y ardiente amor hacia el país que les vio nacer, y, en fin, cooperar con nuestros escritos a que de cada niño se pueda formar más tarde un buen padre de familia y un honrado ciudadano.²⁴

En citas textuales como ésta se revela la función doble de estas publicaciones: por un lado, el niño es considerado un sujeto por formar y, por otro, se proyecta en él una figura futura que encarna los valores del orden liberal: la familia, la honradez, el patriotismo, etcétera. En otras palabras, la literatura infantil aparece como un instrumento ideológico de normalización y preparación para ser el ciudadano ideal.

No obstante, durante este periodo también surgieron publicaciones de corte religioso, como *El Ángel de la Guarda* (1870- 1871), seminario católico dirigido a los niños con propósito de “defender nuestras creencias, la santa religión”²⁵ y evitar que fueran presa de las ideas liberales o de otras congregaciones. Fundado por José Cuevas y Tirso Rafael Córdoba, el periódico incluía pasajes bíblicos, fábulas, traduc-

²² Agostoni, 2005, p. 182.

²³ *El Obrero del Porvenir. Seminario para la Niñez Desvalida*, t. 1, 18 de junio de 1870, núm. 1. p. 1, cit. en Agostoni, 2005, p. 179.

²⁴ *El Educador Práctico Ilustrado*, año 1, 15 de enero de 1886, núm. 1, p. 6, cit. en Agostoni, 2005, p. 181.

²⁵ *El Ángel de la Guarda*, 1870-1871, cit. en Agostoni, 2005, p. 181.

ciones, enigmas y charradas,²⁶ además de anuncios de rifas y premios. Entre sus colaboradores aparecieron figuras como Francisco Martínez de Rosa, Jesús Gonzáles y Cos, Josefa Massanes, así como Manuel Gutiérrez Nájera en sus primeros escritos. Como ha señalado María Teresa Camarillo, *El Ángel de la Guarda* “exaltaba las virtudes y las festividades religiosas y publicaba semblanzas de eclesiásticos de prominentes, incitando a los niños a imitarlos”.²⁷ El carácter catequético de la publicación se observa en pasajes donde se explica a los niños el sentido del pecado y la redención, así como el deber amar a Dios y al prójimo, en tono sencillo y afectivo:

Amar á Dios, ya lo comprendo, pues usted me ha enseñado á adorarle y bendecirle en cada hora del día al ver las maravillas de los jardines y de los cielos, y al considerar que él conserva la vida de usted y la de mis queridos padres. Al prójimo, comprendo también que debe amarse, pero ¿tanto como á nosotros mismos? —Si, hijo mío, si; esa es la voluntad de Dios—.²⁸

²⁶ Juego de adivinanzas.

²⁷ Camarillo, 2019, p. 25.

²⁸ *El Ángel de la Guarda: Semanario de los Niños*, 19 de octubre de 1879, p. 2.

En este tipo de revistas apelaban a los lectores infantiles mediante una retórica de cercanía afectiva, que buscaba generar la suficiente confianza y docilidad. *El Correo de los Niños*, fundado en 1872 y considerado el periódico infantil de mayor duración del siglo XIX en México (activo hasta 1883, con ocho épocas de edición), constituye un ejemplo paradigmático. En sus páginas se presentaba como un interlocutor cercano y cariñoso, capaz de identificarse con la infancia:

Su Postillón, aunque viejo, ya ha sido niño como vosotros y sabe bien lo que os gusta ver. Por eso [...] prefiere hablaros con toda la sencillez de vuestro abuelito.²⁹

Esta publicación, dirigida por José María Quesada, contó con el respaldo de suscriptores particulares, profesores, gobiernos estatales y el federal, lo que permitió sostenerse en el tiempo y consolidar un proyecto de formación cultural. Además de su tono afectivo, ofrecía a las infancias contenidos variados (poemas, fábulas, novelas por entrega, biografías, secciones científicas y juegos de ingenio) e incluso promovía actividades de participación activa, como el envío de composiciones o la resolución de acerti-

²⁹ *El Correo de los Niños*, año 1, 11 de febrero de 1872, núm. 1, p. 1. cit. en Agostoni, 2005, p. 181.

jos. En algunos de sus primeros números, la revista fue impresa por los propios niños tipógrafos del Tecpan de Santiago, una institución que albergaba a infantes pobres y huérfanos. Estos pequeños se encargaban de sacudir las cajas, distribuir la letra, componer, llevarla a la galera y después a la prensa, hasta ver salir impreso cada número.

La labor tipográfica de los niños no sólo aseguraba la producción, sino que también transmitía un poderoso mensaje moral y pedagógico: el trabajo y la disciplina de la infancia menesterosa podían generar cultura y educar a la niñez en general, mientras que los lectores eran exhortados a reconocer a estos “obreritos infantiles” como hermanos y ejemplos de virtud.

Asimismo, *El Educador Práctico Ilustrado* (1886), dirigida por S. Enríquez de Rivera, donde se enfatizaba la cercanía con los niños, señalaba:

Vamos a intentar ponernos en inmediatas y fáciles relaciones de amistad, con los seres que forman la quinta y más delicada parte del género humano; vamos a hablarlos de vuestros padres, hermanos, amigos, entretenimiento, juegos y paseos.³⁰

Esta revista, de circulación breve (enero-agosto de 1886, con catorce números en total, de aparición

³⁰ *El Educador Práctico Ilustrado*, año 1, 15 de enero de 1886, núm. 1, p. 6. cit. en Agostoni, 2005, p. 181.

quincenal), se inscribía en el proyecto porfiriano de modernizar la educación y de difundir prácticas pedagógicas consideradas modernas.

Estaba “consagrada a los niños, a las madres de familia y a los profesores de instrucción pública”³¹ y buscaba llegar especialmente a maestros de zonas apartadas que carecían de “conocimiento claro y oportuno, vasto y justo de las nuevas doctrinas, métodos y aplicaciones”³² pedagógicas.

Debido al público al que se dirigía, la publicación evitaba frases rebuscadas o pensamientos profundos, procurando expresar las ideas de manera clara y accesible. Entendía la educación no como instrucción intelectual, sino también como la formación de sentimientos, aptitudes y facultades de un miembro de la familia o ciudadano.

En este sentido, también se proponía extirpar la costumbre común de enseñar “de memoria”, recargando la mente de “hechos no explicados”, práctica considerada un “esfuerzo inútil”. Estas estrategias configuran al infante como un sujeto al que debe instruírsele con suavidad, pero también con firmeza, bajo una lógica casi familiar y protectora, que sin embargo no deja de ser jerárquica y adultocentrista.

³¹ Agostoni, 2005, p. 174.

³² *El Educador Práctico Ilustrado*, año 1, 15 de enero de 1886, núm. 1, p. 6. cit. en Agostoni, 2005, p. 181.

Además de las publicaciones dirigida a sectores desprotegidos, surgieron revistas que buscaban educar a la niñez urbana en general y fomentar el conocimiento cívico y patriótico.

La narrativa de *La Biblioteca del Niño Mexicano* (1899-1901), editada por los italianos Carlo y Mauc-ci, contó con 110 relatos escritos por Heriberto Frías, con portadas ilustradas por José Guadalupe Posada, con textos breves, comprensibles y llenos de fantasía y suspenso, cuya temática se organizaba en cinco series temáticas: la tradición indígena, descubrimientos y conquistas, época colonial, Independencia y Reforma. Transmitía una visión heroica de la historia nacional, centrada en episodios de violencia y sacrificio, como “La Matanza de Cholula”, donde “Cortés, aun siendo un buen cristiano, tuvo que asesinar a los idólatras indígenas, pues era un mandato divino”.³³ El discurso estaba orientado a mostrar que “el pasado mexicano era sanguinario, violento, lleno de luchas, en cambio el presente representaba la mejor época, pues por fin México había superado todos los obstáculos y había encontrado el progreso y la libertad”.³⁴

De este modo, a los niños no se les presentaba una visión crítica de la realidad, sino la versión oficial, en las que los sacrificios del pasado debían

inspirar gratitud y patriotismo en el presente: “el discurso dirigido a los niños tenía correspondencia con el oficial: una historia nacional de gran sufrimiento y lucha que les otorgó los grandes privilegios de que ahora gozaban, por lo que había que inculcarles un sentido de responsabilidad y ciudadanía”.³⁵

Otro ejemplo paradigmático fue *El Niño Mexicano. Seminario de instrucción recreativa para niños y niñas*, e impulsado por Justo Sierra, apareció por primera vez el 15 de septiembre de 1895 y circuló hasta 1896. Estaba dirigido por Victoriano Pimentel e ilustrado por Ramon Rábasa. Esta revista no sólo se centraba en dar a conocer la historia nacional, sino que combinaba la enseñanza con el entretenimiento, presentando mapas de la República, artículos sobre instrucción cívica y secciones de preguntas y respuestas. Como se indicaba en su primer número: “Aprendéis la historia no para memorizar hechos, sino para grabar en vuestros corazones el amor a la patria”.³⁶

En la misma década surgieron otras publicaciones destinadas a niños de clase alta, de formato coleccionable, como *El Álbum de los Niños* (1871-1874), surgió a partir de *La Enseñanza. Revista Americana de Instrucción y Recreo* (1870), redac-

³³ Mondragón, 2014, p. 172.

³⁴ Mondragón, 2014, p. 174.

³⁵ Mondragón, 2014, p. 174.

³⁶ *El Niño Mexicano. Seminario de instrucción recreativa para niños y niñas*, 1895-1896, cit. en Agostini. 2005, p. 177.

tada por Ángeles Lozano y los licenciados Manuel Orozco y Berra, Hilarlo Frías y Soto y Manuel Peredo. Desde marzo de 1871, los mismos redactores (excepto Ángeles Lozano) comenzaron *El Álbum de los Niños*, cuyo propósito era instruir y formar moralmente a los niños y las niñas mediante relatos, fábulas, parábolas, secciones de urbanidad, higiene, deberes cívicos y patrióticos. La intención era combinar entretenimiento con educación, fomentando la lectura en voz alta dentro del hogar.

En la misma década también se publicaron revistas como *La Biblioteca de los Niños* (1874), que siguieron esta tendencia, consolidando la literatura infantil de carácter educativo y moralizante. Buscaba ampliar los conocimientos de los niños a través de relatos didácticos, cuentos, fábulas y pequeñas lecciones de ciencias naturales, historia y geografía.

Estas publicaciones contaban con la colaboración de personas ilustradas y traductores de obras extranjeras, adaptadas al contexto mexicano, y estaban dirigidas principalmente a familias de clase media y alta que podían acceder a este tipo de material impreso. Al igual que *El Álbum de los Niños*, promovían la lectura en voz alta, integrando ilustraciones que facilitaban la comprensión y el disfrute de los textos, y reforzaban la educación moral, la urbanidad, los hábitos de higiene y el sentido de deber hacia la familia y la patria. De este modo, estas revistas contribuyeron de manera significativa a la educación informal de la infancia, complementando la instruc-

ción escolar limitada de la época y configurando un imaginario infantil propio del siglo xix mexicano.

La oportunidad que tuvo el Estado de moldear a su antojo a la niñez se vinculó estrechamente con la construcción de la futura ciudadanía. Las revistas dedicadas a los niños exaltaban figuras modélicas —como en la “Galería de niños célebres de México”—para mostrar cómo la educación podía convertir a las infancias en ejemplos de “dedicación, estudio y constancia”.³⁷ Y, a través de estos textos, se articulaba una enseñanza sentimental que entrelazaba el amor a la patria con obediencia, sacrificio y progreso individual.

No obstante, aunque el siglo xix sentó las bases ideológicas para considerar a la infancia como una etapa crítica de la formación del futuro ciudadano, los primeros años del siglo xx no significaron un giro radical, sino una continuación reforzada de los principios positivistas, ahora acompañado por gran interés del Estado para expandir su influencia en la educación.

Entre 1900-1905 estaba en pleno auge el proyecto porfirista. La infancia continuó figurando como un terreno estratégico donde se cifraba el futuro de México y, en consecuencia, fue objeto de múltiples esfuerzos discursivos, institucionales y editoriales por parte del Estado, los médicos, los pedagogos y,

³⁷ Agostoni, 2005, p. 181.

por supuesto, los escritores. Así, la idea de que las infancias debían ser “salvadas” de la ignorancia, del ocio y de la inmoralidad, adquirió nuevas formas en estos años, gracias al fortalecimiento de la escuela primaria como mecanismo de control y regeneración, pero también como fortalecimiento de una *literatura infantil moralizante*, especialmente en las revistas ilustradas que comenzaron a circular con mayor sistematicidad. Gabriela Agostini advierte: “La educación primaria, gratuita y obligatoria se convirtió en unos de los dispositivos más relevantes para generar una nueva cultura de la infancia”.³⁸ Y con ella la palabra escrita se convirtió en un medio privilegiado para construir a los niños como sujetos nacionales.

En este mismo clima ideológico aparece *Luciérnagas. Lecturas amenas para los niños*, escrito por Refugio Barragán de Toscano, una mujer que ha sido parte fundamental de la historia literaria de México, y fue publicado en 1905 por la Antigua Imprenta de Murguía, ubicada en la calle del Coliseo Viejo núm. 2. Se trata de una antología de cuentos dedicada a las infancias.

La colección está compuesta por cuarenta cuentos breves con estructura lineal, generalmente dividida en tres momentos: planteamiento del conflicto moral, el desarrollo de consecuencias negativas y la

resolución ejemplarizante. Es un patrón narrativo en el que no se deja espacio a la ambigüedad o al cuestionamiento y, en cambio, se centra en una lógica catequética, donde cada relato funciona como una lección cerrada. La publicación de esta antología se inscribe en un momento crucial en que los discursos sobre la infancia se encontraban profundamente atravesados por ideas morales y nacionalistas, y en que la literatura infantil se consolidaba como un medio estratégico de formación ciudadana.

Ahora bien, conviene señalar que, en este periodo, la literatura infantil no se concebía como alta literatura con fines estéticos, sino como un instrumento pedagógico y moralizante al servicio de la escuela. Como advierte el académico y crítico literario especializado en literatura infantil, Luis Sánchez Corral:

[...] nadie puede negar una constante que ha definido desde siempre los libros destinados a los niños: la finalidad moralizante que gobierna la estructura última de los textos, [de modo que el niño era entendido como] objeto-receptor de contenidos doctrinales, orientados según los preceptos éticos e ideológicos dominantes.³⁹

En este sentido, los textos infantiles se vinculaban más al ámbito de la educación básica que al de la

³⁸ Agostini, 2005, p. 173.

³⁹ Sánchez, 1992, pp. 528-529.

creación estética, lo cual explica que durante décadas no fueran objeto de estudio literario, sino parte de las estrategias didácticas de los profesores. No es casual, por tanto, que en la portadilla de *Luciérnagas. Lecturas amenas para los niños* (1905) se subraye que Refugio Barragán Toscano era profesora normalista, como si esa condición garantizara la legitimidad de su empresa educativa y moralizante, más que su aporte a la literatura como arte.

REFUGIO BARRAGÁN DE TOSCANO: VIDA Y OBRA

Refugio Barragán de Toscano nació el 27 de febrero de 1846 en la ciudad de Tonila, Jalisco. Es conocida por ser una de las primeras novelistas en la historia de México. Fue hija de María Francisca Carrillo Aguilar y Antonio Barragán Sánchez, quien fue comerciante y, esporádicamente, escribiente. Fue hija única después de que sus hermanos fallecieran, lamentablemente, a una edad temprana, un hecho que era muy común en la época.

Durante el siglo XIX, la mortalidad infantil en México era extremadamente alta, especialmente en contextos rurales y urbanos con condiciones insalubres.

Las epidemias recurrentes, la falta de acceso a servicios de salud, la alimentación insuficiente y la limitada higiene provocaban que muchos niños no sobrevivieran más allá de los primeros años de vida.

Esta elevada mortalidad infantil, junto con otros factores como enfermedades infecciosas y desnutrición, contribuía a que la esperanza de vida promedio de la población fuera considerablemente baja, afectando la estructura familiar y la composición demográfica de la época.⁴⁰

La experiencia personal de Barragán de Toscano, marcada por la pérdida de sus hermanos, refleja de manera concreta la vulnerabilidad de la infancia en aquel contexto histórico y ayuda a comprender los desafíos sociales y culturales que moldearon su entorno.

No obstante, pese a que las circunstancias económicas no le permitieron asistir a la escuela durante su infancia, su padre, don Antonio Barragán, se encargó de enseñarle a leer y a escribir por sus propios medios. Fue entonces que fue aprendiendo y empezó a manifestar sus dotes literarios, y a sus 14 años de edad escribió un pequeño poema a Los Reyes, Michoacán (ahora Villa de Salgado), tierra que presenció sus primeros años de vida, a manera de despedida ante su mudanza a otro estado. De esta forma sentó las bases de una carrera literaria que florecía en un contexto desafiante y profundamente tradicional. La primera estancia de esta despedida inicia así:

⁴⁰ Márquez y Hernández, 2016.

Al fin me aparto de tu grato suelo.
Al fin me voy de tu recinto hermoso.
Tal vez mañana en triste desconsuelo
buscaré en vano, con ferviente anhelo,
en otra tierra a mi inquietud reposo.⁴¹

La familia Barragán se caracterizó por ser tras-humante, por lo que no se quedaban por mucho tiempo en ningún lugar, fueron y vinieron a diferentes lugares de los estados de Jalisco, Michoacán y Colima, en busca de una mejor estabilidad económica y laboral. Pese a que Refugio no tuvo el acceso a la educación primaria, su formación académica formal comenzó cuando ingresó a la Escuela Normal para Señoritas, en el estado de Colima, donde recibió lecciones de la señorita Rafaela Suárez, respetable profesora normalista, de quien obtuvo la guía científica y literaria que se puede observar en sus versos, como en su composición “Poesía”:

A la mar, a la tierra, al firmamento,
Pregunto el nombre de la amiga mía;
Y cielo, tierra, y mar, con dulce acento.
urmuran a mi oído: ‘Es la Poesía’.⁴²

⁴¹ Barragán de Toscano, 1893, p. 196.

⁴² Barragán de Toscano, 1893, p.196.

Algunos de los primeros poemas de Refugio Barragán de Toscano se publicaron en *La Aurora del Progreso* (1864-1867), periódico oficial del estado de Colima, cuyos responsables eran Crescencio Orozco, Antógenes Andrade e Ireneo Paz. Al mismo tiempo, Barragán de Toscano obtuvo el título de profesora en 1865, año en que su afición por la literatura incrementó, empezó a tomar más seriedad y se consolidó. Al año siguiente, en 1866, estrenó la comedia *La hija del capitán*, la cual obtuvo una recepción positiva del público.

Otras novelas dramáticas fueron: *Diadema de perlas*, también conocida como *Los bastardos de Alfonso XI* (1873, una tragedia considerada por Didiana Sedano, investigadora que se ha dedicado a recuperar la obra de Refugio Barragán de Toscano, como dignamente griega). Esta obra fue representada inicialmente en el Teatro Apolo de Guadalajara y, posteriormente, en 1880 en Zapotlán el Grande (actual Zapopan), donde se realizaron homenajes a la autora.

Refugio Barragán de Toscano residió de 1887 a 1889 en Guadalajara, donde fundó el periódico *La Palmera del Valle*, de entregas quincenales con temas religiosos y didácticos. Estuvo casada con el maestro Estaban Toscano Arreola, con quien tuvo cuatro hijos, de los cuales sobrevivieron dos: Salvador Toscano, quien es pionero del cine mexicano, y Ricardo Toscano. En 1890, después de la muerte de su esposo, regresó a Zapopan el Grande, donde continuó con su labor educativa, manteniendo a sus hijos y

dedicándose a la escritura, publicando obras importantes como *Libertinaje y virtud*, también llamada *El verdugo del hogar* (1881), que corresponde a una comedia de corte costumbrista. Asimismo, publicó su obra más conocida, *La hija del bandido*, también llamada *Los subterráneos del nevado* en 1887. En 1890, se trasladó a la Ciudad de México para laborar como docente en la Escuela de Párvulos anexa a la Escuela Normal de Profesoras, donde permaneció hasta su fallecimiento el 22 de octubre de 1916, en la Ciudad de México. Durante su vida, Refugio Barragán de Toscano combinó la educación, la escritura y la gestión cultural, dejando un legado que aún hoy se reconoce en Jalisco y el resto de México.

La obra de Refugio Barragán de Toscano ha sido objeto de estudio y análisis en diversas antologías y publicaciones académicas a lo largo del tiempo, como *Las voces olvidadas. Antología crítica de narradoras mexicanas nacidas en el siglo XIX*, edición de Ana Rosa Domenella y Nora Pasternac, publicada con el propósito de recuperar y reinscribir en la historia literaria a mujeres cuyas obras habían sido marginadas o silenciadas por la tradición canónica. Domenella y Pasternac ofrecen un panorama amplio y crítico de la producción narrativa femenina del siglo XIX, atendiendo tanto su contexto sociohistórico como las estrategias discursivas con las que estas autoras negociaron los límites impuestos por las estructuras patriarcales.

A este corpus se suma el artículo “Las heroínas de Refugio Barragán de Toscano, primera novelista

del Occidente de México”, escrito por María Guadalupe Sánchez Robles, publicado en el volumen *Escritoras del siglo XIX en América Latina* (CEMHAL, 2012), donde la autora analiza las principales novelas de Barragán, como *Premio del bien y castigo del mal* (1884) y *La hija del bandido*, también llamada *Los subterráneos del Nevado* (1887), destacando su carácter romántico, su función moralizante y la contrucción de heroínas como figuras centrales del proyecto educativo y literario del siglo XIX.

A este conjunto es necesario añadir el prólogo y estudio introductorio relaiizado por María Zalduondo para la edición de *La hija del bandido o Los subterráneos del Nevado*, publicado en 2007 por la Universidad de Louisiana en Lafayette, donde la investigadora examina la manera en que Refugio Barragán combina elementos románticos con reflexiones sobre criminalidad, nación y religiosidad, a la vez que recupera la presencia autoral de una de las primeras novelistas mexicanas, cuyo trabajo había sido marginado del canon.

De manera complementaria, el escritor y académico Adán Echeverría, en su ensayo “La literatura escrita por mujeres en México” (2022), confirma la importancia de continuar recuperando la presencia de las autoras decimonónicas y subraya la relevancia histórica de Refugio Barragán como un punto clave para el desarrollo de la literatura escrita por mujeres.

Entre sus obras más conocidas se encuentran la novela *Premio del bien y castigo del mal*, publicada por primera vez en Ciudad Guzmán, Jalisco, en 1884, e impresa por la imprenta del alemán J. F. Jens en la Ciudad de México. María Guadalupe Sánchez Robles, investigadora de la Universidad de Guadalajara y especialista en literatura hispanoamericana del siglo XIX, describe la obra de la siguiente manera:

[...] novela corta, armoniosa, equilibrada, con excelentes descripciones del paisaje y trama sencilla y es la primera novela escrita por una mujer en México. La protagonista es Concha, cuya bondad es premiada con un destino dichoso al casarse con Gaspar. No se sabe hasta el final que es hijo de Valentina, temida y supuesta bruja que vive sola en medio de un bosque, a quien la joven de dieciocho años salva de la muerte con intensos cuidados.⁴³

En esta novela, “tanto Concha como María son delicadas y valientes. Nada les impide lograr sus fines, sin importar si se trata de caprichos o de grandes empresas”.⁴⁴ Estas fortalezas y esperanzas son características que sustentan la narrativa de Barragán y les

otorgan a sus personajes una “sistemática de la esperanza que corona a la novela”⁴⁵ y que las impulsa a no perder el sentido del futuro, incluso en la adversidad.

La segunda novela y más conocida de Barragán, *La hija del bandido*, también llamada *Los subterráneos del nevado* (1887), fue vendida originalmente por entregas en el periódico *La Aurora*, en Ciudad Guzmán, a 11 centavos por fascículo, y posteriormente publicada en Guadalajara, Jalisco, por la Tipografía del El Católico. María Zalduondo, escritora y editora de la edición moderna de *La hija del bandido* (2007), describe la obra de Barragán como una “obra romántica que retrata la nación y capta sus preocupaciones desde la perspectiva de una autora que se une a los letrados mexicanos para imaginarla y proponer, desde los márgenes, su visión de la realidad nacional”.⁴⁶

Las obras de Refugio Barragán tienen una fuerte influencia del romanticismo español e integran una narrativa que refleja la necesidad de construir una identidad nacional y cultural de México. De su producción lírica hay que mencionar *La hija de Nazareth*, poema religioso en dieciocho cantos, *Celajes de Occidente* y *Cánticos y armonías sobre la pasión*. No obstante, en esta ocasión nos centraremos en *Luciérnagas. Lecturas amenas para niños* (1905), aunque por decisión editorial se ha optado por mantener únicamente

⁴³ Sánchez, 2023, p. 269.

⁴⁴ Sánchez, 2023, p. 273.

⁴⁵ Sánchez, 2023, p. 273.

⁴⁶ Zalduondo, 2007, p. 9.

como *Luciérnagas* en la portada. Publicada en 1905 por la Imprenta Murguía, esta colección de cuentos dirigida a las infancias refleja un enfoque claramente tradicional, educativo y moralizante.

Luciérnagas. Lecturas amenas para niños no sólo son relatos didácticos, son también la manifestación de una voluntad femenina en la pedagogía que se hizo presente en un espacio que, aunque tradicionalmente masculino, comenzaba a abrirse camino a las mujeres como agentes culturales. La escritora moviliza a la infancia como un campo de intervención patriótica, pero también como un espacio simbólico desde donde disputar el lugar de la mujer en la nación.

En este sentido, el hecho de escribir para las infancias no constituye únicamente la labor de educar, sino también es un acto de posicionamiento político que busca desplazar las voces femeninas hacia el centro del proyecto nacional, con el objeto de contribuir a la construcción de una identidad y moral nacionales que, mediante la educación, formen ciudadanos disciplinados y comprometidos con el progreso de México.

La estructura de los cuentos y la función de cada relato

La obra reúne cuarenta relatos breves contruidos con una secuencia lineal que suele organizarse en tres etapas: la presentación de un dilema moral, la exposición de sus efectos desfavorables y un desen-

lace orientado a la ejemplaridad. Este esquema narrativo elimina casi por completo la posibilidad de ambigüedades o interpretaciones abiertas y responde a una lógica catequética, en la que cada historia se plantea como una enseñanza concluyente.

Asimismo, los personajes dentro de los cuentos no tienen una profundidad psicológica, y los niños y las niñas que aparecen en ellos suelen estar tipificados: el niño desobediente, la niña vanidosa, el huérfano agradecido, etcétera. Esta caracterización permite que el niño lector identifique fácilmente la conducta “correcta” e “incorrecta”, reforzando el objetivo moralizante del cuento. Por lo que podemos decir que esta estructura está diseñada para ser clara, comprensible y efectiva en su labor educativa.

Cabe señalar que algunos de los cuentos incluyen ilustraciones originales, aunque hasta el momento no ha sido posible identificar al ilustrador responsable. Estas ilustraciones no cumplen únicamente una función decorativa, sino que refuerzan el contenido pedagógico al ofrecer apoyo visual que facilita la comprensión y la retención del mensaje moral. Las ilustraciones funcionan como un puente entre la palabra escrita y su experiencia sensorial, ayudando a los pequeños lectores a imaginar con mayor precisión las escenas narradas y guiando su interpretación hacia la lección deseada. Para esta edición, rescatamos también las ilustraciones, con el propósito de que no se pierda el diálogo que hay entre ellas y los cuentos.

Por otro lado, la voz narrativa dentro de los cuentos muchas veces adopta un tono condescendiente, afectuoso, casi maternal. Esta cercanía que Refugio Barragán emplea entre el narrador y lector busca reproducir el vínculo madre e hijo/a, donde la palabra de la figura de autoridad es indiscutible. De esta manera, los cuentos no apelan al juicio crítico del lector, sino a su obediencia y sensibilidad moral. En este punto, la literatura infantil actúa como una prolongación del discurso maternal normativo, que buscaba moldear la conciencia a partir del afecto y la corrección.

Los temas que predominan en *Luciérnagas* responden a un proyecto educativo conservador, tales como la obediencia filial, el valor del trabajo, la caridad, la virtud, exaltadas como valores necesarios para la construcción de una niñez disciplinada y útil para la nación. La autora propone una lección moral: la obediencia, el trabajo, la caridad, la virtud, son exaltadas como valores necesarios para la construcción de una niñez disciplinada y útil para la nación. La autora propone sus cuentos como una lección moral.

Así, *Luciérnagas* se vincula tanto con las políticas educativas del Porfiriato como con el deseo personal de la autora por participar activamente en la formación del pensamiento infantil. Esta proyección de esperanza y moralidad, fundamental en la obra de Barragán, también se conecta con la “renovación y

antítesis del devenir, del fracaso ante la vida”⁴⁷ que sostiene a sus heroínas.

Luciérnagas no ha tenido una amplia circulación más allá de un par de ediciones. La versión que pudimos revisar corresponde a la publicación por la Imprenta Murguía de 1905. No obstante, hoy en día se pueden encontrar fragmentos de la colección en videos y audiolibros proporcionados por Diana Sedano, investigadora que se ha encargado de difundir la obra de la autora a través de su “Proyecto Refugio Barragán”, en el estado de Jalisco.

Además, diversas referencias en línea, como los registros de Google Books y WorldCat, así como una mención en el artículo “Doña Refugio Barragán de Toscano: *Luciérnagas* y *La hija del bandido*” de Diana Morán y Laura Cázares, señalan la existencia de una posible edición de *Luciérnagas* fechada en 1940; sin embargo, hasta ahora no ha sido posible confirmar su localización ni verificar su existencia material.

La autora se dirige tanto a los infantes como a las madres, a quienes considera las primeras educadoras, y les ofrece estas narrativas como herramientas para la formación de la moral:

Espero que la Madre Mexicana aceptará el corto contingente que la ofrezco, deseosa de ayudarla en sus tareas moralizadoras. Si esta pequeña chispa

⁴⁷ Sánchez, 2023, p. 273.

de mi buena voluntad, si esta pequeña lamparita que le ofrezco es colocada por ella en el altar de su magisterio, me consideraré sobradamente recompensada en mi trabajo.

En el epígrafe de la antología, Barragán hace una dedicatoria a Carmen Romero Rubio, esposa de Porfirio Díaz, a quien llama “el ángel bueno de la niñez desvalida”. Romero Rubio no sólo encabezó actos ceremoniales como primera dama, sino que impulsó y presidió numerosas obras de asistencia social —fundando o sosteniendo instituciones como la Casa Amiga de la Obrera (a menudo citada como una de las primeras guarderías urbanas, hacia 1892), promoviendo casas cuna anexas a templos, apoyando escuelas hogar, organizando juntas de socorro y donando inmuebles a comunidades religiosas para obra social—, funciones que la convirtieron en un emblema de la caridad institucionalizada durante el Porfiriato. En el prólogo, Barragán declara abiertamente: “¡Amo a la niñez! En las luchas de la inteligencia por el trabajo, he consagrado la mejor parte de mi vida; y hoy, aún trabajo por ella y para ella”. Aunque no existen registros que confirmen que Romero Rubio ejerciera un rol materno directo sobre los hijos de Díaz o sobre otras infancias, sí es conocido que se dedicó activamente a la labor social, participando en obras de beneficencia, asistencia a ceremonias religiosas, cívicas y culturales, y apoyando iniciativas de carácter educativo.

Su involucramiento en estas actividades la convirtieron en una figura reconocida en los círculos sociales de la época, y su imagen de protectora de la infancia pudo haber sido percibida como un símbolo de caridad y bienestar, más que como una relación personal directa con los niños. Por ello, la dedicatoria de Barragán a Romero Rubio puede entenderse también como un gesto de reconocimiento a su compromiso social y a su papel dentro de la esfera pública, así como un acto estratégico de cortesía hacia la esposa del presidente, alineándose con las prácticas culturales y políticas de la época, aunque sólo son suposiciones.

Es así como Refugio Barragán de Toscano no sólo se presenta como escritora, sino como una intermediaria entre los valores del Estado y la formación espiritual del hogar. Como figura mediadora moral responde al modelo femenino que el Porfiriato promovía: una mujer instruida, pero subordinada a su papel de educadora del hogar. En este sentido, Gabriela Cano, doctora en Historia y profesora e investigadora de El Colegio de México, en *Se llamaba Elena Arizmendi* (2010), señala que muchas autoras durante el Porfiriato negociaron su visibilidad pública a través de discursos que reafirmaban la maternidad como función principal de la mujer, incluso cuando incursionaban en el ámbito editorial y político.

De esta manera, Barragán adopta una posición ambivalente: por un lado, reivindica el papel de las mujeres como educadoras y formadoras del alma infantil, y por otro, legitima su voz pública al pre-

sentarse como auxiliar en esa misma tarea. Esta estrategia discursiva le permite inscribirse en una red de producción cultural que, aunque subordinada a las estructuras patriarcales, logra incidir en la formación del imaginario infantil mexicano. En este contexto, la colección *Luciérnagas* interviene como una extensión del discurso maternal en un formato institucionalizado y reproducible: el libro impreso.

Propuestas de lectura: atisbos para el proceso de interpretación

Los cuentos de *Luciérnagas. Lecturas amenas para niños* (1905) no sólo pueden leerse como relatos para la infancia, también son pequeños ensayos morales en los que se ponen en juego tensiones entre obediencia y libertad, afecto y disciplina, carácter y virtud. Muchos de los cuentos muestran a niños y niñas enfrentados a dilemas éticos. La colección comienza con “El abanico”, cuento que introduce de inmediato la lógica moralizante que vertebra toda la obra. La protagonista Lolita es presentada con mensaje recargado de imágenes románticas: “fresca como las amapolas de abril”, “vivaz y voluble como las mariposas de los campos”, lo que la enmarca dentro de una idealización propia de la niñez burguesa del Porfiriato.

Lolita es una niña de 7 años de edad que sueña con ser una princesa debido a un abanico de papel

que ha recibido como obsequio. No obstante, su madre la reprende por su vanidad y ociosidad, recordándole que debe dedicarse al estudio y a las tareas provechosas. El cuento transmite la lección de que la modestia y el cumplimiento del deber están por encima de la apariencia y la frivolidad:

Más lo estarías si en lugar de perder el tiempo fantaseando te ocuparas en hacer algo de provecho. [...] El abanico es un objeto de lujo, agradable y muy útil cuando el calor nos molesta, pero lucidas estaríamos si a todas horas le tuviésemos en las manos desatendiendo así nuestros deberes.

El segundo cuento es “Abrojos”, que inculca la idea del sufrimiento como parte del aprendizaje moral y espiritual, y revela el interés de Barragán por formar ciudadanos virtuosos desde la infancia. Andrés, el protagonista, es un niño que camina con su padre Macario por el campo y sufre del dolor físico por enredarse en una zarza. La reacción del padre es inmediata y afectuosa, pero a la vez, con voz serena y didáctica, le enseña a su hijo que el sufrimiento forma parte de la vida y que las “verdaderas” heridas son las del alma, no las del cuerpo. Macario dice:

Los hombres, hijo mío, no lloran: enséñate a sufrir. [...] Guarda, hijo mío, en tu corazón esta máxima: ‘Las heridas del cuerpo casi siempre se curan; las del alma sangran toda la vida’.

Por otro lado, en el cuento “El gato” se presenta a Adela, una niña con comportamiento hipócrita hacia sus hermanos, actuando de manera amable únicamente frente a los adultos o visitantes. La intervención de su padre, don Cristóbal, le señala que la verdadera bondad no puede fingirse: “El hipócrita es un ser despreciable y aborrecible”. Este cuento, al igual que el anterior, enfatiza la formación moral mediante la corrección de los comportamientos inadecuados y el aprendizaje de la honestidad y la sinceridad.

Por su parte, el cuento “Las abejas” aborda temas como la paciencia, la comprensión y el respeto hacia los seres vivos y a la naturaleza. Luisito, un niño de cinco años, aprende de su madre, Amanda, que las acciones impulsivas y la ira pueden tener consecuencias negativas: “La cólera, hijo mío, es el vértigo que conduce al crimen, a la desgracia y a la muerte. Cuando seas grande, refrena tus iras con la razón y la justicia”.

Así, a través de esta interacción, la autora refuerza valores como la moderación, la empatía y la reflexión antes de actuar. Asimismo, en el cuento “Un nido de verdines” refuerza la enseñanza de la compasión y el respeto hacia los seres vivos como el cuento anterior. Fabián, Gabino y Herminia exploran el campo, tomando un nido con tres verdines recién nacidos, provocando que los pajarillos caigan al suelo y se lastimen. La madre interviene para enseñarles la importancia de la empatía y la caridad ha-

cia los animales: “Dios nos ordena la caridad con los animales, quienes sienten y padecen como nosotros”.

Barragán utiliza esta narrativa para consolidar un aprendizaje moral que vincula el cuidado de los más débiles con la formación de virtudes humanas, en este caso la compasión y la responsabilidad.

En el cuento “Percal y manta”, la atención se centra en la educación del carácter y la corrección de la vanidad infantil. Las hermanas Laura y Felisa representan caracteres opuestos: la sumisión y modestia frente a la altivez y la vanidad. La enseñanza se materializa a través de la disciplina práctica impuesta por la madre, que limita los lujos de Laura hasta que aprenda a moderar su conducta: “Niña orgullosa y vana [...] desde hoy no habrá para ti más seda que la manta y el percal”. Este cuento refuerza la idea de la educación como medio para cultivar valores como la humanidad, el respeto por las normas familiares y la paciencia en el desarrollo del carácter.

Por su parte, “El madejón de seda” plantea la importancia de la honestidad, la justicia y la responsabilidad en la convivencia social. Olivia, acusada de sembrar discordia entre sus compañeras, debe desenredar una madeja de seda como metáfora de los problemas que genera el chisme. La profesora le explica:

Así como el que tienes en las manos son los enredos de los chismosos; una vez fraguados no se pueden poner en claro, y cuando esto se consigue

han quedado rotos los hilos del cariño, de la amistad y de la confianza.

Barragán utiliza esta enseñanza concreta para mostrar que las acciones negativas tienen consecuencias y que la rectificación requiere paciencia, voluntad y esfuerzo. Siguiendo el estilo de los cuentos anteriores, el cuento “El papalote” refuerza la educación en valores como la paciencia, la constancia y el esfuerzo. Valentín, un niño juguetón y curioso, busca volar su papalote, y su padre aprovecha la ocasión para transmitir una enseñanza metafórica sobre la vida, pues así como un papalote requiere tacto y prudencia para elevarse, las empresas humanas necesitan fe, constancia y discernimiento para tener éxito. La narrativa enfatiza la transmisión de valores morales a través de ejemplos cotidianos y cercanos al niño:

Así como el papalote manejado con tacto y prudencia sube hasta donde se quiere y puede [...] toda empresa iniciada con la palanca de la fe y llevada a cabo de discernimiento y buen sentido tiene que dar felices resultados.

En el cuento “La cartera” se destaca la honestidad y la gratitud. Don Benito pierde su cartera y un labriego honrado la devuelve, recibiendo sólo un agradecimiento y reconocimiento por su integridad. La enseñanza en este cuento es clara: la rectitud y

honradez son valores esenciales que trascienden la retribución material y se ilustra cómo la virtud puede ser recompensada de manera moral y práctica: “Acabas de hacerme un gran servicio, trayendo esta cartera. Quizá otro no lo hubiera hecho”.

En el cuento de “El hacha y el lazo” se aborda la disciplina, la diligencia y la virtud del trabajo. Los hermanos Próspero y Gilillo representan dos actitudes contrastantes ante la vida: la perseverancia frente a la pereza y el egoísmo. El relato muestra cómo el esfuerzo, la astucia y la constancia permiten superar dificultades y alcanzar la prosperidad, mientras que la negligencia conduce a la pérdida de oportunidades. La figura del anciano que entrega el hacha y lazo simboliza la recompensa por la acción correcta y la sanación por el desperdicio del talento:

Ante el mundo me llamo Wilfrido; ante Dios soy ‘El Trabajo’... Te he dado como a tu hermano el talismán de la fortuna y le has desperdiciado, y ha venido sobre ti la desgracia.

En los cuentos siguientes de la colección, Barragán continúa utilizando situaciones cotidianas para transmitir valores esenciales a la infancia, reforzando la enseñanza de virtudes como la constancia, la caridad y la piedad. En el cuento “La gota de agua”, Barragán introduce la importancia del esfuerzo perseverante a través de la curiosidad de Ricardo y la

guía de su abuelo: “El trabajo es lento y débil, pero seguro”. Le explica don Vidal subrayando que la constancia permite alcanzar resultados significativos, aunque el proceso sea lento. De este modo, Barragán muestra que las pequeñas acciones repetidas con paciencia pueden generar efectos duraderos, enseñando a los niños la virtud del esfuerzo aplicado de manera constante.

Esta lección sobre perseverancia se complementa con la enseñanza de la empatía y la caridad en “El vagabundo”. Al encontrarse con Juvencio, un niño huérfano y abandonado, Valentín aprende que la vida puede mejorar gracias a la ayuda desinteresada:

Mi hijo Valentín será desde hoy tu protector. Vamos a casa; si sabes aprovechar el beneficio llegarás a ser feliz, aprendiendo algún oficio de qué vivir honradamente.

De esta manera, Barragán vincula la compasión con la acción concreta, mostrando que la educación moral no se limita a valores individuales, sino que también implica un compromiso con el bienestar de los demás. Seguidamente en “La primera flor”, la autora aborda la responsabilidad y el cuidado a través del cultivo de una camelia, reforzando la conexión entre dedicación y virtud:

La mujer no debe preocuparse nunca por la belleza del rostro que es tan efímera como la de esta flor, sino por la hermosura del alma, que es la que persiste aún más allá del sepulcro.

La atención constante a la planta refleja la misma idea de perseverancia y cuidado que se vio en el cuento anterior, pero aplicada ahora al ámbito de la naturaleza y el cultivo personal de la virtud. En los siguientes dos cuentos, Barragán refuerza la disciplina, la obediencia y la conciencia moral mediante situaciones cercanas a la experiencia infantil, pero también recurriendo al relato fantástico.

En “El castigo”, el comportamiento travieso de Manuel contrasta con la dulzura de su hermana María, evidenciando la necesidad de normas y límites:

Estos tres días comerás solo, no te sentarás a la mesa con nosotros ni tendrás más compañía en tu pieza que tus libros de estudio.

A través de esta intervención paterna, Barragán enseña que el castigo justo es necesario para corregir las faltas y fomentar la responsabilidad. El relato combina la cercanía con los niños con un tono didáctico, mostrando que la corrección, cuando se aplica con firmeza y equidad, contribuye al desarrollo moral de las infancias.

Por su parte, “Las campanas” refuerza el concepto de *remordimiento* y *justicia*. La historia del rey Tigrio y su castigo a través del anciano Artenio per-

mite que las infancias comprendan de manera simbólica que las malas acciones tienen consecuencias inevitables. La interacción entre lo real y lo maravilloso resalta la enseñanza ética:

Soy el remordimiento que persigue al que obra mal: el que atiende a mi voz halla el camino del perdón abierto, el que la desoye, ve castigada su soberbia.

Barragán instruye sobre la importancia de la obediencia y la justicia, pero también despierta la imaginación de los pequeños lectores, mostrando que los valores se sostienen en la conciencia personal y en el respeto hacia los demás.

Asimismo, en “Las violetas”, Barragán utiliza la contemplación de la naturaleza como vehículo para la enseñanza de la humanidad y la modestia. A través de la conversación entre Gabriela y la pequeña Casta, se transmite que no toda belleza está destinada a la ostentación y que el valor de las cualidades internas supera a la apariencia externa:

Estas florecitas que tanto llaman tu atención son el símbolo de la modestia y de la humanidad, y enseñan a la mujer a no hacer alarde de sus gracias, a no hacer ostentación de su belleza.

Con este recurso, Barragán refuerza un modelo de comportamiento femenino basado en la discre-

ción y la virtud, consolidando un hilo de enseñanza moral que se percibe desde los cuentos anteriores, como “La primera flor”, donde la piedad y devoción también se vinculaban a la conducta.

En “El grano de trigo”, se enfatiza la constancia, la economía y la responsabilidad. Abundio aprende que el éxito y la prosperidad requieren cuidado, paciencia y trabajo continuo:

Este grano, bien cultivado podría hacer la fortuna de su dueño[...] no sólo tienes que sembrarlo, sino que también tendrás que atenderlo con tus cuidados.

Este cuento dialoga de manera directa con “La gota de agua”, donde la constancia de un pequeño elemento produce grandes cambios, reforzando el mensaje de que la perseverancia es clave para lograr objetivos, tanto materiales como morales.

En “La bandera”, Barragán introduce el valor cívico y el patriotismo a través de la acción heroica de un niño. Mario arriesga su vida para salvar la bandera mexicana durante la guerra contra Texas, mostrando que la valentía, la lealtad y el amor a la patria son cualidades que pueden manifestarse incluso en los más jóvenes. Este relato refleja la exaltación de los “niños héroes”, figuras que se utilizan en el cuento como modelos de conducta patriótica. La recompensa moral de Mario, más que el reconocimiento público, se manifiesta en su satisfacción personal: “Estoy recompensado... con

la alegría que me causa el haber cumplido con un deber de patriota”.

Por su parte, en “Mariposas”, Barragán reflexiona sobre la constancia y la volubilidad, transformando un juego aparentemente inocente en una lección. Las niñas Marta y Lucinda corren detrás de las mariposas, cambiando constantemente de preferencia: la blanca, la amarilla, la azul o la dorada. Su madre, Adriana, aprovecha esta escena para enseñar que la volubilidad es un defecto que puede afectar la felicidad:

Sírvanse de espejo, hija mía, para conocer tu propio defecto; eres tan voluble como ellas, en tus gustos y en tus afectos; el hombre o la mujer que no fijan su pensamiento, son el juguete de la fortuna y jamás verán sentarse a su mesa la felicidad de un deseo satisfecho.

Barragán utiliza la fugacidad de las mariposas y su constante movimiento como metáfora de los deseos pasajeros y las ilusiones efímeras que dominan la mente de quienes carecen de constancia.

De la misma manera, en “La barca” se presenta otra situación que sirve para instruir valores en los niños, esta vez en torno a la prudencia frente a la temeridad. Un grupo de niños, animados por Arón y Patricio, deciden soltar una embarcación y aventurarse al mar, mientras Calixto, el más sensato, advierte los riesgos y se niega a acompañarlos: “La

barca no es nuestra para disponer de ella, la noche se acerca, el viento arrecia y carecemos de licencia”. La escena culmina con el rescate de los imprudentes gracias a la previsión de Calixto, que había alertado a los adultos. El contraste entre ambos bandos funciona como una parábola moral: la sensatez y la obediencia a la razón no sólo protegen al individuo, sino que pueden salvar la vida de los demás, pues el hombre prudente evita el peligro, mientras el temerario se precipita en él y arrastra consigo a los incautos.

Tras esta advertencia sobre la importancia de la prudencia, Barragán pasa a otra enseñanza en “La jaula de oro”, donde el tema central es la libertad frente al espejismo del lujo. Una avecilla, prisionera en una jaula lujosa, pierde la alegría de vivir, pues el esplendor material no puede sustituir la posibilidad de ser libre:

—El pajarillo no cantará, hermana mía —dijo Serafín—, porque, aunque la jaula que le guarda es de oro, no deja de ser para él una prisión. Si canta algunas veces, será para lamentarse de su esclavitud y desahogar sus penas.

Barragán advierte contra la dependencia de lo superficial y reafirma que el bienestar verdadero se encuentra en la autonomía y la vida plena. En los cuentos siguientes, Barragán continúa presentando historias que combinan la cotidianidad con lecciones morales claras para los niños y las niñas, ofreciendo ejemplos de virtudes como la honradez, la prudencia, la solidaridad y la compasión.

En “El anillo”, la historia muestra cómo Florilla, una niña honesta y aplicada, es injustamente acusada por Elvira de robar un anillo de brillantes. A pesar del dolor y la injusticia, Florilla mantiene su integridad, mientras los adultos aprenden la importancia de no precipitarse en los juicios: “¡Ésta es la mejor manera de vindicar vuestra honra ultrajada y de desvanecer las dudas que siembra a su paso la calumnia!”. De esta manera, Barragán refuerza la idea acerca de los valores como la paciencia, la honradez y la rectitud moral triunfan sobre la injusticia y los prejuicios.

Siguiendo la línea de enseñanza práctica, “Los polluelos” aborda la cooperación y la fraternidad entre los hermanos. Arturo y Nieva, guiados por Leonor, deben alimentar a los polluelos, pero la impaciencia y la falta de coordinación provocan llanto y frustración, especialmente en Arturo. Sólo cuando aprenden a colaborar logran alimentar a los polluelos correctamente y Leonor los felicita:

Sed siempre así, porque Dios manda que los hijos de unos mismos padres estén siempre unidos por los lazos del cariño; y siempre consecuentes, y tolerantes, se ayuden y consuelen en las vicisitudes de la vida.

Por otra parte, en “La anciana” se tratan temas como la importancia de la empatía y la acción desinteresada. En el cuento, una anciana lucha por encontrar asiento en la iglesia, mientras varias personas,

preocupadas por su comodidad o posición, no le ceden lugar. La protagonista, Valeria, una niña educada en la bondad, decide levantarse de su asiento y ofrecerle su lugar a la anciana: “¡Tal es el poder de la bondad: sin buscarlas, se atrae todas las miradas!”. Barragán enfatiza que la bondad no sólo beneficia al destinatario inmediato, sino que también inspira a quienes observan. Al subrayar el deber moral de cuidar y dar atención a los ancianos, el relato refuerza la sensibilidad y la virtud en los más jóvenes.

En “¡Sola!”, se reflexiona sobre la resiliencia y la compasión frente a la adversidad. Angustias, tras perder a su esposo y a sus hijos debido a la enfermedad y la desgracia, queda desamparada y sumida en el dolor: “¡Sola otra vez y desvalida, rodaré por la tierra como la hoja desprendida del árbol!”. La intervención de la señora Consuelo, quien la coge con cariño y cuidados, demuestra cómo la solidaridad y la ayuda desinteresada pueden aliviar los sufrimientos de los más vulnerables. Así, el cuento enseña que incluso en situaciones extremas de soledad y pérdida, la bondad y el apoyo de otros son esenciales para reconstruir la esperanza y fortalecer el espíritu humano.

Continuando con los relatos cotidianos, en “El polvo del camino” se transmite la importancia de la prudencia y la moderación en la vida social. Durante una excursión campestre, un grupo de jóvenes estudiantes experimenta la incomodidad del polvo levantado por sus caballos, pues se les introduce en ojos, boca y nariz:

Entre tanto, la tierra suelta del camino levantaba al trotar de los caballos un polvo fino y sutil que se les introducía por los ojos, la boca y la nariz, haciendo estornudar a unos y llorar a otros.

Don Tomás aprovecha esta situación para enseñarles que la murmuración y la calumnia funcionan de manera similar: afectan y ensucian a quienes reciben los comentarios y, en cierta medida, a quienes los difunden. De este modo, los jóvenes aprenden que el cuidado en el habla y la moderación en los juicios sobre otros son valores esenciales, mostrando cómo una experiencia común puede convertirse en una lección ética valiosa.

El cuento “El huerto ajeno” narra la historia de Susana, una viuda pobre, cuyo hijo Marcelino es descrito como un holgazán que roba fruta del huerto de su vecino León, un hombre violento y colérico quien, tras descubrir los destrozos en su huerta, decide tenderle una emboscada al niño y lo sorprende robando. Acto seguido, León golpea bruscamente a Marcelino hasta que su esposa Pascuala interviene y salva al niño de un daño mayor. Marcelino, avergonzado y asustado, promete no volver a robar. Este cuento, como los demás, tiene un claro tono moralizante, ya que condena el robo como falta de ética sin importar su escala, pero también critica la violencia desmedida como forma de justicia, proponiendo la moderación, la compasión y la intervención femenina como freno civilizador frente a la barbarie del castigo impulsivo.

En “Las perlas”, Barragán profundiza en valores como la modestia, la generosidad y la justicia. Las gemelas Estrella y Flor de Nieve reciben del hada Nerea un estuche con una perla de valor y otra falsa. Mientras Flor de Nieve muestra humildad y desprendimiento al ceder su perla verdadera a su hermana, Estrella se deja llevar por la vanidad y la altivez. La resolución del conflicto revela que la virtud es reconocida y recompensada, mientras que el orgullo se corrige a través de la experiencia: “Aprende a conocer por ti misma, que de nada sirve la hermosura del rostro si se carece de la belleza del alma”. La historia demuestra que la verdadera riqueza no se encuentra en los bienes materiales, sino en las cualidades del carácter, como la generosidad, la humanidad y la empatía hacia los demás.

Asimismo, en “El alfiler”, la historia se centra en Lidia, una niña traviesa y curiosa que tiene la costumbre de llevar alfileres en la boca, a pesar de las constantes advertencias de su madre Rosaura. Tras el trágico desenlace, donde Lidia muere al tragarse un alfiler, el relato enfatiza cómo la desobediencia y la imprudencia pueden tener consecuencias irreversibles:

¡Lidia ha muerto!, cantaban en los corredores las golondrinas y los gorriones; ¡Lidia ha muerto!, suspiraban las brisas y los céfiros; ¡Lidia ha muerto!, rumoraban las hojas otoñales barridas por el viento.

Éste es relato muy crudo, casi rayando en el terror, pues refleja con intensidad el dolor de los familiares y la conmoción de la naturaleza misma, subrayando la importancia de la obediencia y la prudencia.

Siguiendo la línea de cuentos con temáticas más crudas como la muerte, en el cuento “No matarás”, Barragán aborda un tema profundamente moral y dramático, centrado en los niños Bernardo y Ramón, quienes crecen juntos bajo la guía de padres ejemplares. La historia se desarrolla en un ambiente campestre donde la amistad y la inocencia predominan, hasta que un juego aparentemente inocente se convierte en tragedia, pues Bernardo, jugando con una pistola oxidada, dispara accidentalmente a Ramón, quien muere al instante. Este hecho refleja la fragilidad de la vida y cómo la imprudencia, aun sin intención maliciosa, puede acarrear consecuencias irreversibles: ¡De allí en adelante, Bernardo fue el niño más desgraciado! Su conciencia le reprochaba a todas horas el crimen cometido [...]

Éste no implica un castigo directo, pero sí el peso del remordimiento y la conciencia, subrayando la enseñanza moral sobre el respeto a la vida y la responsabilidad de los actos. El relato, cargado de dramatismo, transmite la seriedad de la ley divina:

Pero Dios ha dicho al hombre en el Código divino del Decálogo: ‘No matarás’; y el que falta a esta ley sagrada, tarde o temprano será castigado severamente.

Por su parte, en “Orugas y mariposas” se desborda el tema de la disciplina, la constancia y la transformación personal a través de la metáfora de la metamorfosis de los insectos. La historia se centra en Graciela, una niña perezosa que retrasa constantemente sus responsabilidades, en especial levantarse temprano y cumplir con sus obligaciones escolares y domésticas. Su madre, Angelina, y la profesora Aurora intentan corregir su actitud, pero es la propia lección de botánica la que ofrece un aprendizaje simbólico, observando cómo una oruga, fea y despreciable en apariencia, se transforma en una hermosa mariposa. Así, las niñas comprenden que el esfuerzo y la constancia producen resultados valiosos y admirables. El conflicto del cuento radica en la pereza de Graciela frente a la necesidad de cultivar hábitos responsables y disciplina personal. La resolución se da cuando la niña, comprendiendo la lección de Aurora, se compromete a aprovechar mejor el tiempo y a transformar su conducta. De esta manera, se enfatiza que los frutos del trabajo y la dedicación no siempre son inmediatos, pero la constancia permite alcanzar la plenitud personal y social:

Tomad lección, niñas mías, en este precioso insecto que despierta con la alborada: de animal despreciable, feo y repugnante que era, se torna en gala de los jardines y de los campos.

El cuento “El vestido nuevo” se centra en dos hermanas, Berta y Rosario, a quienes su madre Carolina asigna la responsabilidad de administrar la casa. El conflicto surge al contrastar la disciplina y economía de Berta con el descuido y el desorden de Rosario. La diferencia se hace evidente cuando, llegando el día del Corpus, Berta estrena un vestido nuevo comprado con sus ahorros, mientras Rosario, sin recursos, debe quedarse en casa. La lección es clara:

Ten presente que la mujer, en cuyas manos están puesto el gobierno y dirección del hogar, tiene [...] como una de sus grandes responsabilidades [...] una razonable economía.

Así se subraya que la previsión y el orden aseguran bienestar, mientras que la desorganización acarrea vergüenza y privación. En “Los diamantes”, Barragán plantea la historia de tres hermanos huérfanos que emprenden un viaje hacia la Ciudad de México. Cada uno recibe de un misterioso hombrecillo una caja con un supuesto tesoro: Martín obtiene un diamante claro, Claudio un diamante negro y Fortunato tan sólo un guijarro. Mientras los dos mayores se muestran soberbios y crueles, riendo del infortunio de su hermano y despreciando a los ancianos con los que se cruzan en el camino, Fortunato actúa con compasión, ayudando a un viejo a cruzar el río. Al llegar a la catedral y abrir de nuevo sus cajas, Martín encuentra sólo un

guijarro y Claudio un trozo de carbón, en tanto el humilde Fortunato descubre un diamante reluciente. El hombrecillo aparece y sentencia: “A cada cuál según sus obras: quien siembra maldad, recogerá lágrimas; quienes siembra bien, cosechará sonrisas”.

El relato deja claro que la verdadera riqueza no reside en la apariencia, sino en la bondad y el respeto hacia los más vulnerables, en especial a los ancianos, consolidando así la función moralizante del cuento.

En “El billete”, se presenta la historia de Graciana, una mujer adinerada y caritativa que, al extraviar un billete de cien pesos, acusa injustamente a Bernabé, un anciano pobre, y a su nieto Agustín. El niño, conmovido, se inculpa para salvar a su abuelo, y el propio Bernabé intenta cargar con la culpa por proteger a su nieto. Este acto de amor mutua conmueve a los presentes y provoca que el verdadero culpable, un mozo del cordel, confiese su falta y Graciana reconoce su error. Así, muestra la fuerza del amor familiar y la importancia de no juzgar a la ligera:

—Te perdono [...] el mal rato que me has causado, y te protegeré con el trabajo para que no vuelvas a hurtar, porque Dios condena el hurto y castiga a quien le práctica.

Ahora bien, en “La pesadilla” se narra el conflicto interior de Eduardo, un joven que planea huir con su amigo Felipe, pero cuya conciencia se manifiesta en un sueño aterrador que lo confronta con el dolor de aban-

donar a su madre. La angustia de Eleonora siempre atenta y protectora refuerza el vínculo filial que finalmente salva a su hijo de una mala decisión. El relato advierte sobre la influencia nociva de las malas compañías y exalta la obediencia y el respeto hacia la madre:

No olvides, hijo mío, que los malos amigos son causa de perdición; [...] huye de ellos como se huye de una serpiente, de un reptil cuya ponzoña ha de causarnos la muerte.

Por su parte, en “Cadena de flores”, se despliega una historia dividida en dos momentos que, en conjunto, transmiten el valor de la gratitud como principio moral inquebrantable. En la primera parte, Marcial, un niño que forma parte de una banda de salteadores, arriesga su propia seguridad para liberar a Diego y a su hijo Efrén del cautiverio. El gesto de compasión, surgido de la amistad que nace entre él y Efrén, se convierte en una semilla de nobleza que trasciende el contexto de la violencia en que él crece. Años más tarde, en la segunda parte, Efrén reconoce en un bandolero acusado a aquel mismo Marcial que había salvado su vida y la de su padre. Frente a la inminente condena, Efrén defiende que no puede firmar su sentencia sin caer en la ingratitud: “La gratitud, niños míos, es un lazo de flores que une y estrecha los corazones con eslabones de diamantes”. De este modo, se muestra cómo una acción compasiva regresa con fuerza como un deber moral de reconocimiento y justicia.

Casi para terminar, en “Fruto amargo”, se presenta a Judith, cuya envidia hacia su compañera Sara permite que la justicia y el perdón se impongan, mostrando que el resentimiento amarga el corazón. La envidia de Judith la hace rayar y manchar el dibujo de Sara, motivada por la frustración de no recibir elogios como ella. Sin embargo, la nobleza de Sara, quien ofrece reponer el dibujo estropeado con otro, no sólo calma el conflicto, sino que permite que el profesor Lucio otorgue el perdón a Judith, recordando a las alumnas: “La envidia es un fruto amargo que envenena la dicha de quien tiene de desgracia de sabotearle nutriéndose con él”.

Por su parte, en “El ojo de la cerradura”, la curiosidad excesiva de Domitila, cultivada por la negligencia de su madre, se convierte en un hábito perjudicial que la lleva a espiar a sus vecinos y a difundir información privada, provocando desavenencias. La narración subraya que tales acciones conllevan consecuencias inevitables, pues el golpe que recibe Domitila tras colocarse frente al ojo de la cerradura deja una marca permanente en su nariz y simboliza el daño que puede causar la indiscreción: “La curiosidad, niñas mías, es una mala consejera que acarrea disgustos y pesares”.

En el cuento “Caja oculta”, la historia de Jacinto y Perico pone en contraste la avaricia y la generosidad. Mientras Perico gasta el dinero recibido con alegría y comparte con su familia, Jacinto guarda celosamente cada centavo y hasta cobra intereses a un

niño pobre, revelando un egoísmo que lo aleja de la virtud. La intervención de su padre, quien descubre la caja oculta y lo obliga a repartir el dinero entre los necesitados, ilustra una lección ética contundente: “El desordenado amor al dinero conduce a la avaricia, y ésta endurece el corazón, alimenta víboras y produce Judas”.

Finalmente, en “El espejo”, la historia de Crisantema y Estefanía aborda la sobriedad y la ira infantil, mostrando cómo estas emociones afectan la percepción de uno mismo y la relación con los demás. Al romper accidentalmente el juguete de porcelana y encolerizarse contra su hermana, Crisantema se enfrenta a la revelación de sus defectos: “El espejo es el amigo más sincero que tenemos en la vida; jamás nos miente, y sin reserva alguna nos dice nuestros defectos”. La abuela de las niñas interviene como guía moral, enseñándoles a reconocer sus errores y moderar sus arrebatos, remarcando que la autoconciencia y la corrección de los defectos son pilares de la educación emocional y ética.

Entonces, tras haber hecho un recuento de toda la colección, podemos vislumbrar que en los cuentos de *Luciérnagas*. *Lecturas amenas para los niños* no hay lugar para la imaginación como forma de subversión o autonomía; toda creatividad debe estar contenida dentro del marco moralista. Como señala Philippe Ariès en *El niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen* (1960), la invención de la infancia como etapa diferenciada en la modernidad vino acompañada

de dispositivos de control social más riguroso, como la escuela, la religión y la literatura pedagógica. En el caso de Barragán, se advierte esta lógica disciplinaria en el modo en que los personajes son constantemente evaluados y corregidos, como si la literatura trabajara como una extensión del ojo vigilante del Estado y de la Iglesia.

Comentarios finales: una visión contemporánea de Luciérnagas

A más de un siglo desde su publicación, la lectura de los cuentos de *Luciérnagas*. *Lecturas amenas para los niños* (1905), desde una perspectiva contemporánea, permite visualizar cómo es que las narrativas sobre la infancia han sido utilizadas como herramientas de legitimación ideológica. Si bien, los cuentos de Refugio Barragán de Toscano tienen un indudable valor histórico y cultural, también evidencian una visión limitada de la niñez, del género y de la ciudadanía.

No obstante, este tipo de literatura resulta útil para comprender cómo se construyeron los discursos nacionalistas en torno a la infancia durante el Porfiriato. Nora Domínguez ha señalado que la infancia puede funcionar como un territorio de disputa simbólica, donde se proyectan ideales, temores y aspiraciones de una sociedad. En este sentido, los cuentos de *Luciérnagas* no retratan únicamente a los niños de la época, sino también el orden social que

los adultos y el sistema buscaban preservar. La niñez se presenta como un terreno fértil para moldear cuerpos obedientes y sujetos morales adecuados a los valores dominantes durante el Porfiriato.

Entonces, *Luciérnagas* no es sólo un conjunto inocente de relatos edificantes, sino es una intervención política que busca regular la sensibilidad desde la primera infancia. Los cuentos pueden leerse como relatos para la infancia, pero también como pequeños ensayos morales en los que se ponen en juego tensiones entre obediencia y libertad, afecto y disciplina, carácter y virtud. Muchos de los cuentos muestran a niños y niñas enfrentados a dilemas éticos, por ejemplo, en el cuento “Caja oculta”, Jacinto guarda el dinero que su padre le da y cobra intereses, revelando a una temprana edad inclinación hacia la avaricia. Su papá lo reprende con dureza: “¡Eres un miserable a quien debería arrojar de mi presencia como se arroja una vil sanguijuela que se alimenta de sangre!”.

En este cuento, se puede vislumbrar el cómo la infancia no es sólo inocencia, sino también una etapa en la que se forjan actitudes éticas que marcan la adultez futura. En varios de los cuentos, la figura adulta impone sanciones que buscan formar el carácter. El castigo es simbólico y moral y es un acto de autoconocimiento y reflexión. Por ejemplo, en “El espejo”, la abuela de Crisantema le exige mirarse en el espejo tras un ataque de ira: “¡Te perdono!, pero esto con la condición única de que en tus arrebatos

de ira y de soberbia te acerques a un espejo!”.

En el cuento “Caja oculta”, Jacinto y Perico encarnan dos modelos morales: uno es avaro y calculador y el otro es generoso y noble. De manera similar, en “El espejo”, Crisantema y Estefanía representan la oposición de la vanidad y humildad: “Estefanía poseía el carácter más amable y benévolo del mundo [...] Crisantema [...] se había hecho voluntariosa, caprichuda, respondona y soberbia”.

Si bien es necesario reconocer que *Luciérnagas* fue escrito en un contexto profundamente marcado por las ideas del Porfiriato, el catolicismo tradicional y el positivismo, resulta imprescindible adoptar una lectura crítica que visibilice el modo en que la obra contribuye a consolidar discursos de género y moralidad que hoy en día resultarían problemáticos.

En muchos de los cuentos, la virtud femenina aparece estrechamente ligada a la obediencia, la modestia y la abnegación, presentadas como cualidades indispensables para el desarrollo de las niñas para ser esposas, madres o educadoras. Emociones como la culpa y el remordimiento son utilizadas como herramientas de enseñanza que buscan moldear a las niñas como sujetos dóciles, afectuosas y moralmente correctas, siempre bajo la mirada de otro adulto.

Esta crítica no pretende deslegitimar a la autora, cuya intención es meramente formativa y bienintencionada, sino de advertir que los valores que propone colocan a las niñas en una posición subordinada desde la infancia. Por ejemplo, en cuentos como “El

vestido nuevo”, Barragán presenta a dos niñas con comportamientos opuestos:

Berta era la perfecta ama de casa: cuidadosa y ordenada, procuraba no desperdiciar hoy lo que podía servir mañana. Rosario, por el contrario, nada económica, descuidada y aturrida, se olvidaba de tomar cuentas a la criada y de guardar las llaves.

A través de esta comparación, la autora refuerza la idea de que la obediencia, la diligencia y la previsión son virtudes femeninas esenciales, mientras que la falta de control y descuido se presentan como defectos a corregir.

De este modo, Barragán utiliza la narrativa para moldear el carácter de las niñas, enseñándoles a interiorizar normas de comportamiento que las preparen para roles futuros de esposa, madre o educadora. La aplicación de la culpa y el remordimiento como instrumentos pedagógicos permiten que la formación moral se ejecute desde la infancia, subordinando la autonomía de las niñas a la mirada y juicio de los adultos. Así, aunque la intención de la autora sea educativa y bienintencionada, sus relatos terminan naturalizando jerarquías de género y posicionando a las niñas en un marco de obediencia y dependencia social.

Sin embargo, los cuentos también construyen modelos de conducta para los niños, modelos que perpetúan la virilidad como sinónimo de fortaleza emocional, silencio y represión afectiva, que son

nocivos para el desarrollo emocional saludable. Un ejemplo de esto está en el cuento “Abrojos”: “Los hombres, hijo mío, no lloran: enséñate a sufrir”.

Esta frase condensa una enseñanza que despoja a los niños del derecho a sentir, a expresar vulnerabilidad y a construir una masculinidad no violenta. Si a las niñas se les reprime su autonomía para ser abnegadas y dóciles, a los niños, por el contrario, se les priva del derecho a sentir y expresar vulnerabilidad.

Esta representación, entendidas dentro del marco ideológico del Porfiriato y las ideas positivistas que buscaban construir un “orden social” basado en el deber, no debe reproducirse hoy sin una mirada crítica. Recuperar estos cuentos desde el análisis literario histórico no implica validarlos sin cuestionamiento, todo lo contrario, es una oportunidad para reflexionar sobre lo que queremos mantener, transformar o superar en la educación de nuestras infancias.

Para concluir, *Luciérnagas* no debe leerse únicamente como una obra con fines morales y pedagógicos, sino también como un reflejo de las estructuras ideológicas del México porfiriano, donde los discursos sobre la infancia, el género y la virtud se articulaban como herramientas de regulación social. Si bien la obra de Refugio Barragán de Toscano posee un valor indiscutible dentro del patrimonio literario e histórico de México, hoy resulta indispensable aproximarse a ella desde una mirada crítica que permita desnaturalizar sus postulados y reconocer los modos

en que reproduce modelos de obediencia, disciplina afectiva y jerarquización social.

No obstante, es fundamental situar el texto en su propio contexto: aquello que hoy interpretamos como dispositivos de control respondía, en su momento, a lo socialmente aceptable y a lo que se consideraba adecuado para la literatura destinada a las infancias. En última instancia, los cuentos pueden leerse, tal como sugiere el título de la antología, como lecturas amenas pensadas para ofrecer deleite y placer, aun cuando su trasfondo ideológico revele tensiones que sólo una lectura contemporánea permite problematizar.

REFERENCIAS PARA EL ESTUDIO INTRODUCTORIO

- ALCUBIERRE MOYA, B. (2017). *Niños de nadie. Usos de la infancia menesterosa en el contexto borbonico*. México: Bonilla Artigas/Universidad Autónoma del Estado de Morelos.
- AGOSTONI, Claudia (2005). "Divertir e instruir. Revistas del siglo XIX mexicano". En Belem Clark de Lara y Elisa Guerra (ed.), *La república de las letras. Asomos a la cultura escrita del México decimonónico* (vol. II). México: Programa Editorial de la Coordinación de Humanidades-Universidad Nacional Autónoma de México.
- ARIÈS, P. (1960). *El niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen*. Barcelona: Ariel.

- BARRAGÁN DE TOSCANO, R. (1893). *Poetas hispano-americanos* (pp. 193-211). México: Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento. Recuperado del repositorio de la Universidad Autónoma de Nuevo León (UANL), de http://cdigital.dgb.uanl.mx/la/1080019126/1080019126_12.
- (1905). *Luciérnagas. Lecturas amenas para niños*. México. Imprenta Murguía.
- (2018). *Diadema de perlas o Los bastardos de Alfonso XI*. México: Edición del Proyecto Refugio Barragán de Toscano.
- BEECHE, H. (1956). "Auguste Comte y el positivismo". *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, vol. 2, núm. 5-6, pp. 207-208.
- BONO LÓPEZ, M. (2000). "Un episodio de la educación en México durante el Porfiriato: el primer congreso de instrucción pública". *Ivs Fvgis*, vol. 8-9, pp. 273-299.
- CAMARILLO CARBAJAL, M. T. (2019). "Prensa y poder eclesiásticos en el siglo XIX". *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, vol. 28, núm. 109, pp. 19-29.
- COMTE, A. (1942). *Primeros ensayos* (versión de Ginner de los Ríos). México: Fondo de Cultura Económica.
- CUNNINGHAM, H. (2020). *Niños y niñez en la sociedad occidental desde 1500*. 3.^a ed. Reino Unido: Routledge.

- DÍAZ ZERMEÑO, H. (2003). "El positivismo mexicano en la educación: Aportes de Manuel Flores, entre Comte y Spencer". *Revista de Pedagogía*, vol. 24, núm. 70, pp. 321-334.
- DELGADO NÚÑEZ, M. P. (2009). "Literatura infantil: aproximación al concepto, a sus límites y a sus posibilidades". *Enunciación*, vol.14 núm.1, pp. 7-21.
- Domínguez, Nora (2007). *De donde vienen los niños. Maternidad y escritura en la cultura argentina*. Argentina: Beatriz Viterbo Editora.
- El Ángel de la Guarda: Semanario de los Niños*, 19 de octubre de 1879, p. 2. Hemeroteca Nacional Digital de México.
- Encyclopedia Britannica* (s/a). "Delphin Classics". Recuperado en diciembre de 2025, de <https://www.britannica.com/>.
- FRAUSTO GATICA, O. (2021). "La política de la ciencia en el pensamiento de Auguste Comte". *Andamios*, vo.18, núm. pp. 511-533.
- GARCÍA BARRAGÁN, G. (2001). "Primeras narradoras de México y otros países hispanoamericanos". *Argos*, núm. 17, s/p.
- GONZÁLEZ CASILLAS, M. (1987). *Historia de la literatura jalisciense en el siglo XIX*. México: Unidad Editorial del Gobierno de Jalisco.
- (2008). "La mujer y el quehacer literario en el Jalisco". En Celina Vázquez y Darío Flores Soria, *Mujeres jaliscienses del siglo XIX. Cultura, religión y vida privada*. México: Universidad de Guadalajara.
- LÓPEZ, A. L. y E. López Rodríguez (2019). "Positivismismo en México. Un estudio sobre la obra México: su evolución social". *Araucaria. Revista Iberoamericana de Filosofía, Política y Humanidades*, vol. 21, núm. 42, pp. 85-107.
- MÁRQUEZ MORFÍN, L. y E. Hernández Espinoza (2016). "La mortalidad infantil en la Ciudad de México en el siglo XIX. Una aproximación desde la paleodemografía". En *Historia Mexicana*. México: El Colegio de México.
- MONDRAGÓN CONTRERAS, J. (2008). "Una historia para una infancia. El discurso histórico en publicaciones periódicas infantiles de finales del siglo XIX en México". *Boletín del Instituto de Investigaciones Bibliográficas*, vol. XIII, núms. 1-2, primer y segundo semestre, pp. 157-177.
- MORÁN, D. y L. Cázares (1997). "Doña Refugio Barragán de Toscano: Luciérnagas y La hija del bandido". En A. R. Domenella y N. Pasternac (eds.), *Las voces olvidadas: Antología crítica de narradoras mexicanas nacidas en el siglo XIX*. México: El Colegio de México.
- ROSELLÓ SOBERÓN, E. (2013). "Nuevas interpretaciones de la historia de la infancia en América Latina: entre prácticas y representaciones". *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, vol. 46, pp. 170-174.
- SÁNCHEZ CORRAL, L. (1990). "(Im)posibilidad de la literatura infantil: hacia una caracterización es-

tética del discurso”. *Cauce: Revista Internacional de Filología*, vol. 14, núm. 15, pp. 527-557.

SÁNCHEZ ROBLES, M. G. (2023). “Las heroínas de Refugio Barragán de Toscano, primera novelista”. En *Escritoras del siglo XIX en América Latina* (pp. 267-274). México: Universidad de Guadalajara.

TORRES ALEJO, A. (2014). “El catecismo político como herramienta de enseñanza: José María Luis Mora y su *Catecismo de la Federación Mexicana de 1831*”. *Letras Históricas*, vo. 14, pp. 87-106.

Zalduondo, M. (2007). Introducción. En R. Barragán de Toscano, *La hija del bandido o los subterráneos del Nevado*. Stockcero.

REFERENCIAS PARA LA EDICIÓN

AGUILERA NAVARRETE, Flor Esther (2022). “La edición anotada como proyecto de rescate de patrimonio intelectual mexicano. El caso Colección Lecturas Valenciana”. En Flor Esther Aguilera Navarrete (coord.), *La edición crítica y la edición anotada: consideraciones teórico-metodológicas en torno a la literatura mexicana* (pp. 139-166). México: Universidad de Guanajuato/Universidad Nacional Autónoma de México (Colección Estudios Editoriales).

BORGES, R. (2021). “Prácticas filológicas en la edición de textos del siglo xx: experiencias de un

grupo de investigación”. *(an)ecdótica*, vol.V, núm. 2, pp. 41-70.

BLECUA, A. (1983). *Manual de crítica textual*. Madrid: Castalia (Col. Literatura y Sociedad, 33).

CLARK DE LARA, B. (2019). “Filología literaria. De la ecdótica a la hermenéutica. ‘Plato del día’ de Manuel Gutiérrez Nájera”. *(an)ecdótica*, vol. 3, núm. 1, pp. 9-32.

DÍAZ ALEJO, A. E. (2015). *Edición crítica de textos literarios. Propuesta metodológica e instrumental*. México: Instituto de Investigaciones Filológicas-Universidad Nacional Autónoma de México (Col. Resurrectio, III.Instrumenta Filológica, 10).

ESTRADA RUBIO, L. L. (2023). “‘Magdalena’: ejemplo de la edición crítica de la obra narrativa breve de Alberto Leduc”. *(an)ecdótica*, vol. VII, núm. 1, pp. 87-99.

HIGASHI, A. (2001). “La edición crítica como hipótesis de trabajo”. En Belem Clark y Fernando Curiel Defossé (coords.), *Filología mexicana*. México: Instituto de Investigaciones Filológicas-Universidad Nacional Autónoma de México (Col. Ediciones Especiales, 23).

----- (2013). *Perfiles para una ecdótica nacional. Crítica textual de obras mexicanas de los siglos XIX y XX*. México: Universidad Nacional Autónoma de México / Universidad Autónoma Metropolitana.

MOYA MÉNDEZ, M. (2003). “Categoría de trabajo en edición de textos: breve experiencia conpubli-

caciones cubanas y extranjeras”. *Islas*, vol. 45, núm. 135, pp. 27-48.

PÉREZ PRIEGO, M. Á. (1997). *La edición crítica de textos*. Madrid: Síntesis (Col. Teoría de la Literatura y Literatura Comparada, 20).

SÁNCHEZ ZEPEDA, E. C. (2017). *Edición anotada de “La fotografía” de Ángel de Campo*. Tesis para obtener grado de Licenciatura. México: Universidad Nacional Autónoma de México.

REFERENCIAS PARA ALGUNAS DE LAS NOTAS

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA (2023). *Diccionario de la lengua española* (23.^a ed., versión 23.8) [Diccionario en línea]. Recuperado de <https://dle.rae.es>.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, ASOCIACIÓN DE ACADEMIAS DE LA LENGUA ESPAÑOLA (s/a). *Diccionario panhispánico de dudas* (2.^a ed., versión provisional) [Diccionario en línea]. Recuperado de <https://www.rae.es/dpd/>.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA (2013). *Diccionario histórico de la lengua española* (DHLE) [Diccionario en línea]. Recuperado de <https://www.rae.es/dhle>.

ASOCIACIÓN DE ACADEMIAS DE LA LENGUA ESPAÑOLA (2010). *Diccionario de americanismos*. Editorial Santillana.

GRIMAL, P. (2010). *Diccionario de mitología griega y romana* (Edición en rústica y cartón). España: Ediciones Paidós Ibérica.

ACADEMIA MEXICANA DE LA LENGUA (s/a). *Refrancero mexicano* [Recurso en línea]. Recuperado de <https://academia.org.mx/consultas/obras-de-consulta-en-linea/refrancero-mexicano>.

INSTITUTO NACIONAL DE ESTADÍSTICA Y GEOGRAFÍA (INEGI) (s/a). Sistema de consulta y cartografía [Base de datos]. Recuperado de <https://www.inegi.org.mx>.

SISTEMA DE INFORMACIÓN TERRITORIAL Y URBANO (SITU) (s/a). Sistema de Información Territorial y Urbano. Recuperado de <https://situ.sedatu.gob>.

LUCIÉRNAGAS

*Lecturas amenas para los niños*¹



¹ Publicada originalmente en 1905 por la Antigua Imprenta de Murguía, ubicada en la calle del Coliseo Viejo núm. 2, México.

México, octubre de 1904

Señora doña Carmen Romero Rubio de Díaz²

Señora:

Vos que no sólo sois por vuestras relevantes virtudes y cultura el más preciado tesoro de nuestra sociedad, sino también el ángel bueno de la niñez desvalida, acoged bondadosa este humilde trabajo, cuyas páginas destinadas a la niñez mexicana os consagra, como una ofrenda de gratitud y de cariño, la última de vuestras admiradoras.

Refugio B. de Toscano

² Fue esposa de Porfirio Díaz y primera dama de México entre 1884 y 1911. Es reconocida por haber hecho varias obras de caridad durante este periodo.



DOS PALABRAS

¡Amo a la niñez! En las luchas de la inteligencia por el trabajo, la he consagrado la mejor parte de mi vida; y hoy, aún trabajo por ella y para ella. Espero que la Madre Mexicana aceptará el corto contingente que la ofrezco, deseosa de ayudarla en sus tareas moralizadoras. Si esta pequeña chispa de mi buena voluntad, si esta pequeña lamparita que le ofrezco es colocada por ella en el altar de su magisterio, me consideraré sobradamente recompensada en mi trabajo.

Lolita, graciosísima niña de siete años, fresca como las amapolas de abril, juguetona y traviesilla como las ondinas¹ del arroyuelo, vivaz y voluble como las mariposas de los campos y risueña como una sonrosada tarde de primavera, en una fría mañana del mes de enero, hallábase muellemente² recostada en un sillón tapizado de terciopelo granate, apoyando las puntas de los pies, calzados con elegantes botitas de cabretilla,³ en un pequeño banco bordado al cruce, con estambre de color, y agitando entre sus dedos marfilinos un lindo abanico de papel que le habían obsequiado en una juguetería, con motivo de las fiestas de Navidad.

³ Espíritus acuáticos de gran belleza de tradiciones europeas. Se las describe como protectoras y juguetonas, ligadas a la pureza y movimiento del agua, aunque también pueden mostrarse seductoras, engañosas o peligrosas cuando son desafiadas.

⁴ Cómodamente.

⁵ De piel de cabra.



Y por cierto que el abanico, con su ramo de crisantemas, su pájaro coludo y su moño de listón, era muy bonito. Con qué embeleso le contemplaba; y cómo hubiera querido que todas sus amiguitas la viesen ahí con ¡aquel adminículo⁴ de papel en la

⁴ Objeto que se usa en caso de necesidad.

mano! En aquel momento se sentía más feliz y más bella que todas las princesas habidas y por haber, que habitasen palacios de cristal o fuesen guardadas bajo de siete llaves en suntuosos castillos. Cuando menos lo esperaba, se presentó su buena mamá en la sala, diciéndole:

—¿Qué haces aquí, perezosilla?

—Ya lo ves, mamacita—contestó con zalamería⁵— con mi banco a los pies y mi abanico en las manos; estoy pensando que me parezco a una de esas princesitas de que me habla Maruja, la niñera, y que son tan lindas y tan ricas. ¿No te parezco muy guapa?

—Más lo estarías— dijo Elena— si en lugar de perder el tiempo fantaseando te ocuparas en hacer algo de provecho. La profesora no tarda en llegar, y estoy segura de que no sabes la clase que te ha dejado. Ponte a estudiar y déjate de presunciones ridículas.

—Es que... no te enojés— dijo Lolita abrazándose a su mamá— tomaba fresco abanicándome, y en eso no hay nada de malo porque tú también, de cuando en cuando, te recreas con tus abanicos de plumas de encajes.

—Dices bien, “de cuando en cuando”— replicó Elena recalcando las anteriores palabras— el abanico es un objeto de lujo, agradable y muy útil cuando el calor nos molesta, pero lucidas estaríamos si a to-

⁵ Demostración de afecto empalagoso.

das horas leuviésemos en las manos desatendiendo así nuestros deberes. Además, cuando, como ahora, hace frío, es altamente ridículo servirse del abanico.

—¿Qué es eso del ridículo, mamá?

—Ridículo, hija mía, es todo aquello que hagamos en contraposición con nuestra edad, usos, costumbres; todo aquello que nos singularice, atrayéndonos la burla y crítica de los demás. Hay personas que tienen el odioso defecto de ridiculizarlo todo: tan malo es dar pábulo⁶ a la crítica con nuestras extravagancias como satirizar las de los otros. Conque no pierdas tu tiempo, ve a estudiar. Si te aplicas, iremos al circo y lucirás tu hermoso abanico. La pequeña Lola, saltando de alegría, se dirigió a su estudio, muy contenta con la promesa de su cariñosa madre.

ABROJOS⁷

El buen Macario y su hijo Andresillo se dirigían a la labor, una lluviosa mañana del mes de agosto. Era Macario arrendatario de un terreno que colindaba con la Hacienda de Santa Clara,⁸ situada a inmediaciones de Villa de Salgado, por otro nombre Los Reyes,⁹ hacienda de caña de grande importancia por los beneficios pecuniarios¹⁰ que reporta a sus dueños.

El sendero demasiado estrecho hacía que caminasen el uno tras el otro, siendo Macario el que iba delante, debido a que Andrés, como todos los mu-

⁷ Planta espinosa.

⁸ Antigua hacienda agrícola del siglo XIX en Atlangatepec, Tlaxcala; tras el reparto agrario y la construcción de la presa, quedó sumergida bajo sus aguas.

⁹ La localidad de Los Reyes cambió de nombre a Villa de Salgado, en 1859, y pertenece al estado de Michoacán.

¹⁰ Monetarios.

⁶ Dar pie.

chachos, se detenía a menudo para tirar a los zantes¹¹ o perseguir alguna mariposa madrugadora.

El campo estaba delicioso: aquí y allá mecían sus ruidosas y verdes frondas el guayabero, el sauz¹² y el elevado fresno, al soplo del apacible viento de aquella fresca mañana; en el zacatal y en las silvestres florecillas que se tendían como alfombras a los lados del camino, brillaban aún pequeñísimas gotas de lluvia, lágrimas desprendidas de las madrugadoras nubes estivales;¹³ y entre el gorjeo de alegres pájaros canoros,¹⁴ como una desacorde nota, resalta el graznido del cuervo, se elevaba el quejo triste de la paloma barranquera, y el cucú de la pequeña torcaz.¹⁵ Boquiabierto seguía Andresillo a su padre.

Muchas veces había atravesado con él aquellos campos que siempre le parecían nuevos y que hoy encontraba deliciosos. Dejó de perseguir zanates y mariposas para sumergirse en inocentes contemplaciones. De repente, sus desnudos pies se enredaron en una zarza¹⁶ seca, tirada a orillas del sendero, y sintiéndose herido por sus espinas, lanzó un grito lastimero.

¹¹ Del náhuatl *tzanatl*: ave ictérica de plumaje oscuro.

¹² Árbol de sauce.

¹³ Veraniegas.

¹⁴ De canto agradable y melodioso.

¹⁵ Paloma color gris azulado, con el cuello verdoso y un característico collar blanco.

¹⁶ Raíz de árbol de zarzamora.

—¡Ay, ay, ay!, ¡padre!...— clamaba a voz en cuello con los ojos llenos de lágrimas— ¡Padre, me duele mucho...!

A los lamentos de su hijo, acudió Macario, y con toda la solicitud de un padre amoroso, le quitó los abrojos, le puso en el sendero, y con voz acariciadora le dijo, mientras andaban:

—Los hombres, hijo mío, no lloran: enséñate a sufrir. Estos abrojos que Dios en su infinita sabiduría hace brotar en los campos para beneficio del hombre, puesto que con ellos defiende sus sembrados de la voracidad de los animales, nos hieren alguna vez; pero si tomamos nuestras precauciones podemos librarnos de sus pinchazos. ¡Hay otros abrojos de que está llena la vida y que nos hieren en el alma sin que podamos evitarlo! Contra estos abrojos no tenemos más armas que el valor civil y la resignación cristiana. Guarda, hijo mío, en tu corazón esta máxima: “Las heridas del cuerpo casi siempre se curan; las del alma, sangran toda la vida”. Estas heridas son las que merecen nuestras lágrimas.

—Entonces, padre, las guardaré para cuando me hieran las espinas del alma— dijo Andrés enjugándose los ojos y sonriendo alegremente.

Era la niña Adela dueña de un hermoso gato. ¡Y qué gato! Grandote, mofletudo,¹⁷ de piel leonada y tan suave como una seda, bigotudo, con unos ojazos enormes que tan presto eran amarillos como verdosos; cola grande y flexible; cuerpo elástico que se arqueaba hasta la barba hoyuelada de la niña, al run, run, del monótono hilar de su redonda garganta; y patas y miembros ágiles para saltar de los sillones a las camas y de la mesa a los trasteros. A menudo lloraba la pequeña por los arañazos que le obsequiaba su Michi, y entonces corría en busca de las tijeras para mutilar aquellas uñas que la hacían daño y que nunca encontraba.

—Las esconde, hijita, le decía don Cristóbal, su padre; el gato es la imagen de la hipocresía: tiene instintos de tigre con apariencias de cordero. Tú te

¹⁷ Cachetón.

pareces a él cuando tratas mal a tus hermanitos, besándolos en seguida si hay quien te vea.

Efectivamente, Adela era una hipocritilla que gustaba de hacer mal a sus hermanos, a las amigas y a los criados, cuando no la veían sus padres; y, por el contrario, aparecía zalamera,¹⁸ con todos ellos, dulce, tierna, compasiva y amable, si alguien podía verla. ¡Que no llegara una visita a su casa...! Su tío, su padrino, el señor cura, porque entonces se tornaba un angelito que recibía mil caricias y mil besos. ¡Cómo deseaban las mamás que visitaban la casa que sus hijitas se le parecieran!

Un día que jugaba en el jardín con sus hermanitos Benjamín y Enrique, éste le arrebató una muñeca y echó a correr por las callejuelas de naranjos, celebrando con alegres risas su travesura, mientras huía. Adela, llena de ira, echó a correr tras él y al quitarle la muñeca le dio de manazos y le rasguñó una mejilla. El niño se soltó llorando, y ella temerosa por lo ocurrido y deseando aparecer inocente, pensó en el gato.

—Vamos, se dijo, acercaré el gato a Enrique y después lo haré creer que le ha rasguñado. Y como él lo crea, todos lo creerán y será salva.

Michi se hallaba en posesión de dar el asalto a un gorrioncillo que casi rozaba el suelo con sus alas, cuando la niña se apoderó de su buena persona; por

lo que furioso, tratando de desasirse¹⁹ de las manos que le retenían, le dio en la frente tan tremendo arañazo que por poco le saca un ojo. Hecha un mar de lágrimas iba a tomar justicia del gato que se le había escapado, cuando don Cristóbal, que muy cerca había presenciado toda la escena, se adelantó hacia Enrique; diciendo con severidad a su hija:

—Eres una niña perversa e hipócrita, y Dios te ha castigado. De hoy más, si no te corriges, todas nuestras amistades sabrán que eres como el gato, buena y apacible sólo en apariencia.

—No lo dirás, papá, porque sabré corregirme; ¿qué haré para conseguirlo?— preguntó, bebiéndose sus lágrimas.

—No fingir bondad, sino sentirla: eso harás si quieres ser estimada, hija mía. El hipócrita es un ser despreciable y aborrecible.

¹⁸ Cariñosa.

¹⁹ Desprenderse.

— **M**amá, mamá— decía alegremente un niño rubio de cinco años, saltando sobre las puntas de los pies y tomándose a la falda del vestido de una hermosa señora, quien armada de unas grandes tijeras podaba una tupida enredadera cuyas ramas formaban un lindo cortinaje a la entrada del jardín; y la cual, deseando concluir su tarea, parecía no preocuparse de las exclamaciones festivas del pequeño.

—¡Mamá!, ¡mamá!— continuaba— mira que las abejas se van a comer las rosas que tanto cuidas y ni a mí me dejas coger... Mira, van de una en otra como si fuesen tuyas. ¡Deveras que son atrevidas y ladronas! —Amada, luego que hubo terminado la poda de la planta— dijo al pequeño, besándolo en la frente.

—No son ladronas, hijito; esas flores y todas las que brotan sobre la tierra son tuyas. Dios pone en su nectario la mielecilla que las alimenta y el polen que necesitan para fabricar la cera.

—Pero entonces— replicó Luisito— si las flores son de ellas, ¿para qué las podas y las compones?

—Porque también son mías, ¿no ves que están en nuestra casa, las he sembrado y las cultivo?

—Es decir que tienen dos dueños... —dijo el niño pensativo.

—Mejor dicho, tres, contestó Amada: Dios que las ha creado para manifestar su grandeza y su poder; yo que me aprovecho de ese don de Dios para hermostrar mi casa, cultivándolas en ella; y las abejas que toman de ellas su alimento y la materia que necesitan para su industria.

—¡Allá va una volando!, voy a alcanzarla— dijo Luisito corriendo por entre los setos de flores.

Amada, temerosa de que picasen al niño las abejas, le siguió; pero antes de darle alcance, un grito del pequeño la hizo comprender que llegaba tarde. Luisito llorando vino a su encuentro, mostrándole un dedito sonrosado con una cerda²⁰ enterrada en la yema de él. Amada la extrajo cuidadosamente, y tomando un poco de lodo le cubrió la herida.

—Voy a decir a papá que mate todas las abejas— dijo el niño sollozando y apretándose el dedo.

—No seas tontito— dijo la madre acariciándole y enjugando sus lágrimas con un beso—, ni podría matarlas todas, ni lo haría, aunque pudiera, porque son animalitos muy útiles: a ellos debemos la deli-

ciosa miel de los panales y la cera que arde en los templos. Trabajan sin descanso desde que amanece hasta que anochece, en beneficio del hombre a quien enriquecen con la secreción de su cuerpo. Ahora vamos en busca de la abeja que te ha picado. El niño adelantándose, se dirigió a un macizo²¹ de flores donde se detuvo diciendo:

—¡Aquí, aquí fue donde me picó!

Amada, buscando en aquel lugar con amorosa solicitud, no tardó en mostrar a su hijo el cadáver de una abeja que yacía entre unas margaritas.

—¿Quién la mató?— preguntó con interés el niño.

—La cólera que le causaste al perseguirla. Al querer sacar el aguijón que te clavó en el dedo, se destripó y perdió la vida. La cólera, hijo mío, es el vértigo que conduce al crimen, a la desgracia y a la muerte. Cuando seas grande, refrena tus iras con la razón y la justicia porque el hombre colérico está expuesto a cometer los mayores desaciertos.

²⁰ Aguijón.

²¹ Conjunto de plantas que se utilizan para decorar los cuadros de los jardines.

Fabián, Gabino y Herminia, hijos de un honrado molinero, salieron a pasear por el campo la tarde de un domingo de primavera. ¡Cuán contentos iban dejando a su espalda el molino para internarse entre los árboles, jugar a su sombra sobre la hierba y saltar la zanja de agua que humedecía sus raíces!

—Corramos—dijo Fabián que era el mayor— para llegar más pronto.

Y los tres se echaron a correr como cervatillos perseguidos por el lobo. Pronto estuvieron bajo los camichines²³ y las parotas²⁴ que tanto llamaban su atención; y una vez allí, Gabino y Herminia se pu-

²² Ave insectívora de Asia, África y Norteamérica que hacen nidos colgantes.

²³ Árbol mexicano caracterizado por su copa amplia, raíces prominentes y frutos pequeños semejantes a higos. Se usa comúnmente como árbol de sombra en zonas urbanas y rurales.

²⁴ Árbol nativo de América tropical, de gran tamaño y copa amplia, sus frutos en forma de oreja lo hacen inconfundible.

sieron a jugar, mientras Fabián se adelantaba bajo los árboles escudriñando sus ramajes. Gabino, a quien gustaba mucho jugar al toro, se puso en cuatro pies, diciendo a su hermana:

—Sácame una vuelta con tu rebozo y yo te cuerno.²⁵

—Mejor me escondo— contestó la pequeña—, y tú me buscas.

Esto diciendo, corrió a ocultarse entre unas lianas, oyéndose poco después los gritos regocijados de Gabino al encontrarla. Y cambiando papeles, tocó en seguida a la graciosa chicuela festejar el hallazgo de su hermano. Entre tanto, Fabián, continuando su marcha de exploración entre los árboles, vio un camichín²⁶ cargado de frutos maduros; y listo como una ardilla comenzó a trepar por el tronco hasta las primeras ramas. Sacudiólas con fuerza, y una lluvia de frutos maduros cayó al suelo.

Entonces, complacido por el éxito, ascendió más alto, y ya se disponía a sacudir segunda vez el árbol, cuando unos verdines azorados con su presencia en aquel sitio de su propiedad abandonaron un nido que estaba al alcance de su mano. Una alegría loca se apoderó del muchacho con tal hallazgo, y extendiendo el brazo, se apoderó del nido, mientras los

verdines, volando de una en otra rama, llenaban el aire con sus lastimeros píos.

El nido que contenía tres verdines acabados de nacer fue colocado por Fabián en el sombrero, suspendido del cuello por el barboquejo,²⁷ con gran cuidado comenzó a descender del camichín.

Todo marchaba a satisfacción, y ya se deslizaba por el tronco, cuando ¡oh fatalidad!, perdió el equilibrio y cayó al suelo con su tesoro de verdines. El golpe que sufrió fue algo brutal, pero no perdió el conocimiento, lo que le hizo darse cuenta inmediata de que en la catástrofe inesperada, el nido se había escapado del sombrero yendo a caer por otro lado.

Levantóse como pudo: había recibido una contusión en un muslo y tenía una torcedura en el pie derecho. En este lastimero estado comenzó a dar voces llamando a sus hermanos, quienes no tardaron en acudir. ¡Qué espectáculo para los pobres chicos! Su hermano apenas andaba, los verdinillos chillaban tirados en el suelo, y la pájara piaba dolorosamente.

—¡Maldito nido!— exclamó Gabino— ganas me dan de matar a todos esos pajarracos.

—¿Qué culpa tienen ellos? Al contrario, Dios ha castigado a Fabián por haberlos quitado a su madre, dijo la pequeña.

La compasiva niña tomó el nido y metiendo en él los pajarillos trató de calentarlos en su seno. El

²⁵ Expresión de juego infantil que imita la embestida de un toro.

²⁶ Se refiere al árbol amarillo, un tipo de higuera nativa de México con follaje denso y raíces aéreas robustas.

²⁷ Correa que se utiliza para sujetar una prenda.

regreso al molino fue triste. La madre de los muchachos estaba sola en él cuando llegaron. Pasada la primera impresión, después de aplicar un medicamento al tiranuelo²⁸ de pájaros, le dijo:

—Espero que la lección que has recibido te servirá en lo de adelante, evitando que lleves el dolor a los inocentes pajarillos. Dios nos ordena la caridad con los animales, quienes sienten y padecen como nosotros, sin tener el don de la palabra para implorar el auxilio y el consuelo. El niño que no tiene compasión con ellos, difícilmente la tendría con sus semejantes.

—Madre, dijo Herminia enseñándole los verdinillos en el nido, los he recogido para alimentarlos porque de lo contrario se morirían de hambre tirados en el suelo. Cuando sean grandes les dejaré libres para que vayan a volar por los campos, ¿qué dices?

—Que tienes un corazón de oro y que Dios ha de premiar tu caridad con los pajarillos.

²⁸ Diminutivo de tirano. Se utiliza para describir a una persona que ejerce un poder autoritario de manera menor o limitada, pero con actitudes despóticas.

PERCAL²⁹ Y MANTA

Laura y Felisa eran hijas de dos hermanas llamadas Florencia y Cristina, viudas ambas, y las que viviendo unidas después de la viudez, crearon y educaron a sus hijas únicas al amparo de un doble cariño, puesto que el cariño de las dos señoras era igual para cada una de las niñas en interés y ternura.

Las dos primitas eran muy lindas, sin parecerse en nada: Felisa era rubia como las espigas del trigo, y de ojos tan azules como el cielo; Laura era morena, de cutis apiñonado y con unos ojos negros que parecían estrellas. Juntas las dos, semejaban el día y la noche con todas sus bellezas. Su edad fluctuaba entre los nueve y diez años, siendo Laura la mayor y más desarrollada de las dos. Y así como diferían físicamente, diferían en carácter: Felisa era apacible dulce, modesta y sumisa; Laura, altiva, voluntariosa y dada a la vanidad; pudiendo decirse de ellas que

²⁹ Tipo de tela de algodón más o menos fina de color blanca o pintada.

eran el anverso y reverso de una medalla. Florencia, madre de la última, había puesto todo su empeño en combatir tales defectos, pero como vulgarmente se dice, “majaba en tierra dura”.³⁰ En aquella naturaleza de fierro se estrellaban todos sus esfuerzos.

—No te aflijas, hermana— le decía Cristina—, ya asentará Laura la cabeza cuando sea más grande.

—No lo creas, necesito corregirla ahora que está pequeña: el arbolito se endereza cuando está tierno; ya en sazón³¹ es imposible.

Una mañana, la señora de Robledo, vecina y amiga de las citadas hermanas, se presentó en casa de éstas, con su hijita Natalia. Era el cumpleaños de la niña y con este motivo había dispuesto un “refresco”³², para el que invitaba a Laura y a Felisa, pues deseaba que Natalia estuviese esa tarde, acompañada de todas sus amiguitas íntimas. Ambas hermanas aceptaron la invitación, ofreciendo a la señora de Robledo que las niñas estarían en su casa a la hora convenida. Pasada la comida, Florencia y Cristina fueron a sus respectivos aposentos para arreglar a las niñas. Felisa fue la primera que estuvo

lista debido a su carácter sencillo y sumiso. Estaba encantadora con su vestido azul celeste de muselina, el pelo rizado y atado con un listón del mismo color y un ramo de margaritas blancas en el pecho. Florencia quiso arreglar a Laura de la misma manera, por lo cual tomó del guardarropa un trajecito rosa de la misma tela, guarnecido de encajes y que la sentaba a las mil maravillas, pero la vanidosilla niña rehusó ponérselo, diciendo a su mamá que si no la vestía un traje de seda no iría a la reunión. Intervino Felisa asegurándole que así estaría muy guapa y eclipsaría a las demás niñas; mas ella con acento imperioso la contestó:

—He dicho que vestida de gasa no voy; y no iré.

—Niña orgullosa y vana—, le dijo Florencia— te prometo que desde hoy no habrá para ti más seda que la manta y el percal. Esas telas serán todo tu lujo mientras no te corrijas de tu loca vanidad.

Felisa asistió a la reunión y fue agasajada por todas las niñas; en tanto que Laura, severamente reprendida, pasó llorando el resto de la tarde. Florencia cumplió su palabra; y cuando algunos años después, notando el cambio de su hija Laura, le preguntaban sus amigas qué la había curado, ella contestaba sonriendo:

—La manta y el percal.

³⁰ Refrán que significa esforzarse inútilmente, aplicar esfuerzos que no dan resultado.

³¹ Estado de algo que ha alcanzado su madurez o perfección, ocasión o momento oportuno.

³² Término usado en la época para referirse a una pequeña merienda o reunión festiva, especialmente infantil, en la que se ofrecían bebidas y golosinas a los invitados.

Tilín, tin, tin, tilín. —¡Pronto, niñas! —dijo la señorita Virginia a sus alumnas, quienes se hallaban de recreo en los corredores del Colegio—, ¿no habéis oído el timbre? Ya es hora de clase.

Las niñas formadas fueron entrando al salón de estudio y ocupando sus respectivos lugares, contentas y risueñas, y levantando esa algarabía infantil que les es tan natural. ¡Todas...! No, he dicho mal; un grupo de cuatro niñas fue a ocupar su banca, con los ojos llorosos y demostrando en sus caritas tristes que el recreo les había servido de disgusto y no de placer. Terminada la hora de clase, una niña de nueve años de carita antipática y medio burlesca, se acercó cautelosamente a la profesora y le dijo en voz baja:

—Señorita, aquellas cuatro niñas (señaló a las llorosas), se han pasado la clase platicando, aconsejándose de mí y haciéndome gestos.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó aquella.

—Porque las he visto, señorita.

—¡Muy bien, Oliva! Vienes a acusar a tus compañeras de distracción a la clase, cuando tú has hecho lo mismo —dijo en tono reprobivo Virginia.

—Es... que... —tartamudeó Oliva—, como están enojadas...

—Algo les harías.

—Sí, señorita, afirmó Taide, una niña de doce años que estaba en la primera banca; las ha malquistado³³ a las cuatro con sus chismes y enredos, inventando mentiras que les contaba reservadamente a cada una; y lo peor es que en esos enredos ha envuelto personas de respeto, como lo son los padres de las niñas y otras personas de sus amistades

—¡No es cierto...! Pregunte usted.... —dijo Oliva sollozando.

La profesora le impuso silencio; llamó a las acusadas, quienes confirmaron lo dicho por la juiciosa Taide, y reprendió severamente a la chismosa. En seguida, abriendo su pupitre, sacó de él un madejón de seda hecha una tupida maraña; y entregándoselo a Oliva, le dijo:

—No te irás hoy a comer hasta tanto no desenredes este madejón de seda, advirtiéndote que no has de romper ni un solo hilo de él. Y volviéndose a Taide, le ordenó vigilar a Oliva hasta que terminase su tarea. Ésta, toda avergonzada y confusa, se sentó en una banca y dio principio a la tarea impuesta, pero

³³ Enemistado.

era tal el enredo del madejón, que por más luchas que hacía para salir airosa con él, no conseguía otra cosa que hacerlo mayor. Taide sonreía observándola y le decía a menudo.

—Cuidado con la hebra, no la revientes porque ayunas.³⁴ —Después de algún rato, acercose la señorita Virginia, y viendo el madejón en peor estado, dijo a Oliva:

—¿Ves lo que es un enredo y qué difícil es desenredarlo? Así como el que tienes en las manos son los enredos de los chismosos; una vez fraguados no se pueden poner en claro, y cuando esto se consigue han quedado rotos los hilos del cariño, de la amistad y de la confianza, a fuerza de pinchazos con el alfiler de la duda. Pon tu buena voluntad, Oliva, para curarte de tan odioso defecto; reflexiona que al chismoso se le tolera, pero no se le estima ni se le aguanta. Oliva llorando ofreció a la profesora no volver a sembrar la discordia entre sus compañeras, obteniendo por aquella vez el perdón de su falta.

³⁴ Expresión que, figurativamente, puede leerse con doble sentido lúdico, sugiriendo precaución en acciones delicadas o potencialmente comprometedoras.

La tarde era deliciosa; tarde saturada de perfumes y delicadas emanaciones; apacible y llena de esos mil deleitosos rumores que esparce el viento para recogerlos más tarde entre sus alas de gasa. Valentín, gracioso niño de tez morena, sonriente y caprichosillo, cerró un libro de estampas que tenía abierto, junto al costurero de su mamá, y echó a correr hacia el escritorio donde su buen padre se ocupaba en aquellos momentos de poner en orden unos papeles. El chiquitín se le echó encima, sin más ni más, y le dijo con zalamería:³⁵

—Papacito bonito, ¿me vas a llevar al llano para que vuele el papalote que me hizo Anselmo?

—¿Pero dónde está el viento para que vuelen ese enorme papalote? —le contestó su padre cariñosamente.

³⁵ Actitud excesivamente amable y adulatora con fines de halagar o agradar a alguien.

—¡Vamos, vamos, papá, en el campo hace viento, ya lo verás!

—Pero, hijo, si estoy muy ocupado y...— No concluyó la frase porque el niño corriendo le había dejado con la palabra en la boca, regresando pocos momentos después, haciendo caballo del bastón de don Antonio y fustigándole con su sombrero. El buen señor no tuvo otro remedio que acceder a los deseos del rapazuelo.³⁶

En el zaguán,³⁷ derecho como la estatua del comendador,³⁸ aguardaba Anselmo a su amito³⁹ con el papalote en las manos. Valentín estuvo a punto de tirar al coloso,⁴⁰ al colgarse de sus largas piernas para manifestarle su alegría por aquella obra maestra, cuyo centro ostentaba la redonda cara de un sol rojo circuida⁴¹ de radios simétricos, que él recibió con gran contento. Una vez en el llano, don Antonio buscó dónde sentarse; y Valentín dio a su papalote toda la cuerda. Pronto aquel pliego de papel envirilado y pintarrajeado evolucionó en los aires, ondulando su nudosa cola.

³⁶ Niño pequeño astuto y con iniciativa.

³⁷ Espacio que está situado en la entrada de una casa, justo después de la puerta de entrada.

³⁸ Caballero de una orden militar que posee una encomienda.

³⁹ Diminutivo de amo. Se usa para referirse de manera afectuosa al hijo de la figura de autoridad del hogar.

⁴⁰ Estatua de grandes proporciones.

⁴¹ Rodeado o cercado.



—¡Mira, papá, decía el chicuelo, qué alto sube...! ¡Cómo se balancea! ¡Su sol se ve chiquitito...! ¡Vamos, le sopla el viento de la fortuna como al tío de Anselmo! Oye, papá, dijo después de un rato, ¿quieres explicarme qué es eso del viento de la fortuna?

—Sí; recoge tu papalote y te lo diré.— Obedeció Valentín y fue a sentarse al lado de su padre, quien se expresó de esta manera.

—El vulgo, hijo mío, llama “viento de la fortuna” a la suerte o buen éxito que corona los negocios

emprendidos; pero raciocinando⁴² bien, este “viento de la fortuna” no es más que el resultado del tino, la fe y la constancia en el trabajo. Así como el papalote manejado con tacto y prudencia sube hasta donde se quiere y puede, sin estar expuesto a enredarse en los árboles ni a caer en las azoteas, toda empresa iniciada con la palanca de la fe y llevada a cabo con discernimiento y buen sentido, tiene que dar felices resultados. Jesucristo decía a Pedro, durante su vida mortal: “Con la fe puedes cambiar los montes”.⁴³ Yo te digo ahora, con el impulso de la fe, de la probidad⁴⁴ y de la constancia en el trabajo, se puede cambiar la suerte. Pero puesto que el sol aún no se pone y el tiempo es tan bello, voy a referirte dos cuentecillos que te serán útiles.

⁴² Hacer uso de la razón para saber y opinar acerca de algo.

⁴³ Alude a Mateo 17:20, donde Jesús afirma que la fe, aunque pequeña como un grano de mostaza, puede mover montañas.

⁴⁴ Honradez o integridad.

LA CARTERA

Aún no hace muchos años que para transportarse de un lugar a otro no había más medios de locomoción que los que ofrecieran los coches de mulas, caballos, asnos, carretas y carros; sin contar los propios pies, vehículo económico de la gente pobre.

Una de tantas veces en que la Diligencia de Lagos⁴⁵ salía para Guadalajara, tomó asiento en ella don Benito López Carvajal, rico hacendado de Jalisco, cuyos negocios de campo le tenían casi siempre de camino.

Era dicho señor muy comunicativo: así fue que apenas hubo tomado asiento en el apolillado coche, cuando ya se le vio conversar amigablemente con un señor grueso y amable que caminaba a su lado. Con alegre cara y animación creciente, poníale al tanto de

⁴⁵ Servicio de carruajes públicos que conectaban la ciudad de Lagos de Moreno, en el estado de Jalisco, con otras regiones.

sus negocios que, según su decir, marchaban viento en popa; le ponderaba la riqueza de sus plantaciones de caña, la belleza de sus trigales y el verdor y crecimiento de sus maizales.

Entre Ciénega y Zapotitlán,⁴⁶ en el periodo álgido⁴⁷ de aquella amena conversación, abrió Carvajal su cartera para enseñar a su compañero de viaje unos papeles que se relacionaban con sus negocios: eran unas facturas. A tiempo devolverlos a la cartera, un pasajero señaló un hermoso venado que atravesaba el campo; y él, como todos los demás viajeros, quiso verlo, y sacando la cabeza por la portezuela, distraídamente apoyó la barba en las manos, y la cartera se deslizó sin que él lo echase de ver, pues creía tenerla ya en el bolsillo.

Un labriego que con su morral al hombro atravesaba el camino en aquellos momentos, la levantó; y no dudando fuese de alguno de los pasajeros de la diligencia, dio voces sin resultado alguno, pues que aquella se perdía ya a lo lejos, entre el polvo del camino. Pero la parada no estaba distante; allí se detendrían a comer los que en ella iban, y el labriego que lo sabía, apretó el paso seguro de llegar a tiempo.

⁴⁶ Ciénega se ubica en la Ribera del Lago de Chapala, es una de las doce regiones del estado de Jalisco, México. // Zapotitlán, municipio del estado de Puebla, se ubica en el sureste del territorio poblano en la región mixteca.

⁴⁷ Periodo crítico o culminante, particularmente en procesos orgánicos, físicos, sociales o políticos.

Los viajeros estaban aún sentados a la mesa, cuando don Benito notó la pérdida de su cartera.

En vano la buscó repetidas veces en todos sus bolsillos, la cartera no apareció. Lo que más lamentaba el buen señor no eran los valores que contenía, sino los papeles de gran importancia que en ella guardaba. Cuando más preocupado hacía comentarios sobre lo ocurrido, presentóse el labriego sombrero en mano sudoroso, colorado el rostro y agitado, y saludando con bondad dijo:

—Sus buenas mercedes me dispensarán si los interrumpo... si me atrevo...

—Habla, bueno hombre, estás dispensado—contestó Carvajal, alentando una débil esperanza.

Entonces, desenvolviendo aquél un pañuelo azafranado,⁴⁸ adelantó la cartera, diciendo:

—Cerca de Ciénega he encontrado esto, y suponiendo fuera de sus mercedes, he corrido hasta aquí... El corazón de don Benito dio un vuelco de alegría, y levantándose de su asiento tomó la cartera y estrechó la callosa mano que se la presentaba, diciendo:

—Acabas de hacerme un gran servicio trayendo esta cartera. Quizá otro no lo hubiera hecho. ¿Cómo te llamas?

—Narciso, señor, vivo en Ciénega y trabajo honradamente en lo que se presenta, y a Dios gracias

⁴⁸ Color anaranjado o rojizo.

nunca nos falta una tortilla que comer, porque mi Petra y mi hijo Nicanorcillo también trabajan. Carvajal tomó de la cartera un billete de a cien pesos y ofreciéndolo al honrado labriego,⁴⁹ le dijo:

—Narciso, esto no es pago de lo que has hecho, porque hay acciones que no tienen precio, y ésta es una de ellas. Si algún día necesitas de mí, búscame en Guadalajara, donde todos me conocen. Narciso, rico con aquella dádiva,⁵⁰ tornó a Ciénega contento y satisfecho de haber cumplido con un deber, cuya recompensa labraría su bienestar, como sucedió más adelante.

EL HACHA Y EL LAZO

Hace algunos años habitaba en la municipalidad de Arispe,⁵¹ estado de Sonora, una familia humilde compuesta del matrimonio Santiago y Eufrasia y de sus dos hijos Próspero y Gil. Era Santiago obrajero; mas sus telares casi siempre mostraban callados y silenciosos la desnudez del trabajo, pues cuando no faltaba la hilaza, faltaba la lana, el cáñamo o la tintura. Así es que aquella honrada familia pasaba la pena negra con la escasez de lo necesario. Próspero, el mayor de los muchacos, trabajador como nadie, ayudaba a su padre a buscar el pan, en todo lo que podía, y gracias a él no faltaba leña qué quemar ni maíz con qué hacer una tortilla.

⁴⁹ Agricultor o campesino.

⁵⁰ Donación u obsequio.

⁵¹ Es un pueblo que se localiza en el centro del estado de Sonora, México, en la región de la Sierra Madre Occidental.



No así Gilillo, a quien sólo gustaba la vagabundaría con muchachos de su temple.⁵² Asistía a la escuela de cuerpo presente, sin que le entrara ni la o por lo redondo. Sentado en la banca con los pies tirantes, mascullaba una lección que jamás sabía. Holgazán, indolente y mal averiguado, sólo servía para

⁵² Temperamento.

aumentar las penas de sus padres. A menudo decía Santiago a su mujer:

—Este Gilillo nos quitará la vida si Dios no lo remedia.

Bien pronto sucedió lo que el buen hombre decía. Eufrasia agotada por tantas penas como a cada paso le ofrecía la vida, cayó un día en cama para no levantarse más: una fiebre maligna la llevó al sepulcro en breves días. Santiago tuvo la desgracia de contagiarse y morir ocho días más tarde, bendiciendo antes a sus hijos.

Pocos días después, Próspero vendió lo poco que tenían para pagar las deudas de su padre y aquellas que él mismo había contraído para asistirlo en sus últimos días; y con unas cuantas monedas que le sobraron, emprendió con su hermano el camino de Hermosillo, donde creyó más fácil buscarse la vida. Habían caminado dos días, días que les habían parecido una eternidad por no estar acostumbrados a viajar. Mal alimentados, con los pies estropeados y el cuerpo rendido, determinaron tomar un rato de descanso, la tarde del segundo día.

Detuviéronse al pie de un encino, tomaron un pedazo de carne salada y tendiéndose después sobre la yerba, se durmieron. Pero cuando más reparador era su sueño, fue interrumpido por unos clamorosos gritos que pedían auxilio; Próspero, compasivo como era, se levantó al escucharlos y fuese corriendo al punto de donde partían; Gilillo por miedo o por curiosidad lo siguió. A poco andar, vieron unas

lenguas de fuego⁵³ que parecían lamer las ramas de unos árboles y un penacho⁵⁴ de humo ennegrecido y espeso qué se levantaba en espiral.

—Está ardiendo una choza, dijo Gilillo.

Próspero no le contestó: la había visto; antes de que su hermano se diera cuenta de ello, llegó al lugar indicado y abriéndose una brecha entre las llamas, se precipitó en la hornaza, apareciendo poco después con un anciano en los brazos. Le tendió bajo unos árboles y tomando agua de su calabaza, le roció la cara y le friccionó, hasta hacerle recobrar los sentidos.

—Gracias, mis jóvenes amigos, dijo el anciano a los hermanos, al volver en sí; el incendio de mi choza me ha dejado más pobre que antes. ¡Pero no importa! Aún puedo manifestaros mi agradecimiento con algo que se ha salvado. Esperad aquí. Dicho esto, el anciano tomó por una vereda, volviendo a los pocos momentos con un pequeño bulto que les entregó, diciendo:

—Para ti, Próspero, el hacha; y para ti Gilillo, el lazo. El obsequio en sí no vale nada; pero si hacéis buen uso de él podrá proporcionaros el bienestar y la fortuna.

⁵³ Hace referencia a las llamas de fuego en sentido figurado, donde el movimiento y expansión del fuego está descrito de forma animada.

⁵⁴ Masa de aire sobresaturado de vapor o contaminantes, comúnmente emitida por una chimenea. El término también alude al adorno de plumas utilizado tradicionalmente por diversos pueblos originarios de Mesoamérica.

Dichas estas palabras, desapareció el viejo, dejando atónitos a los muchachos. Pasado el primer momento de estupefacción, soltó Gilillo una sonora carcajada y dijo a su hermano arrojando el lazo a sus pies:

—¡Bello obsequio! Y eso que por poco te asas por sacarle vivo; ¡bien hago en no ser tan caritativo!

—No hables así, Gilillo.

—¿Pues cómo? A ti te da una hacha para que te cortes el pescuezo; y a mí un lazo para que siga el ejemplo de Judas; pero como no quiero ahorcarme, ahí está el lazo, guárdalo si quieres, que yo no lo necesito. Y te diré que después de esta soberana⁵⁵ aventura, me vuelvo a mi pueblo. “Más vale malo por conocido...”

—¿Tan pronto olvidas los consejos de nuestro padre?

—Mi padre no ordenó que fuera a Hermosillo; así, adiós y buena suerte, dijo Gilillo emprendiendo el regreso.

—Ella te acompañe —contestó tristemente Próspero, viéndole alejarse. Cuando le hubo perdido de vista, se dijo: he quedado solo, ¿qué haré...? ¿Regresaré o seguiré adelante...?

Un ruido como de pisadas sobre la yerba vino a sacarle de sus reflexiones: giró la cabeza hacia el punto de donde partía, y vio que era producido por

⁵⁵ Sorprendente o extraordinaria.

una manada de caballos salvajes que se dirigían a la pradera. Asaltóle la idea de apoderarse de uno de ellos; y mientras pastaban fue a ocultarse tras un arbusto con el lazo dispuesto para la caza.

No esperó mucho tiempo: los animales pasaron tan cerca de él, que el certero lazo cayó en el cuello de uno de aquellos solípedos,⁵⁶ haciéndole prisionero. Las zancadas y reparos del cuadrúpedo eran tan terribles que, para evitar su fuga, ató al arbolillo con media vuelta la extremidad del lazo que quedaba en sus manos, después de lo cual, el bruto, en la imposibilidad de huir, se fue calmando poco a poco. Era necesario amansarlo, y valiéndose de un árbol cuyas ramas bajas podían servirle de apoyo contra la resistencia del caballo, le llevó allí, le ató fuertemente con su lazo al tronco y colgándose de las ramas trató de ponerse sobre su lomo. Esta operación la repitió varios días hasta que consiguió domarlo.

Entretanto, había cortado con el hacha algunas ramas gruesas y largas que fue enterrando hasta formar un cercado seguro para guardar el caballo, y empleando las fibras de algunas plantas textiles se había provisto de otras cuerdas sólidas. Así habilitado dio caza a otros cuatro caballos que después de algunos días cargó de leña para llevarlos a Hermosillo en

⁵⁶ Animal cuadrúpedo provisto de un casco en las patas como el caballo, el asno o la cabra.

unión del primero, que le servía de cabalgadura, y venderlos ahí con todo y carga.

Éste fue el principio de la fortuna de Próspero. Dedicado, primero, a la cacería de caballos y más tarde al comercio de maderas, se labró un bienestar que le hizo feliz, teniendo además la fortuna de casarse con una mujer rica y llena de virtudes. Un día se presentó a las puertas de su casa un hombre miserable y tembloroso pidiendo una limosna, por amor de Dios, para continuar su camino. El corazón de Próspero dio un vuelco: aquella voz no le era desconocida. Sin poderse contener exclamó.

—¿Será él...? ¡Gilillo!

—¡Próspero...! ¿Eres tú?

—¡Bondad divina...! ¡Ven, hermano, a mis brazos...!

Ambos cayeron el uno en brazos del otro. En este momento apareció delante de ellos el viejo de la choza incendiada, a quién no habían vuelto a ver. Próspero, al verlo, le abrazó con efusión, diciendo con alegría:

—Mi generoso bienhechor, no os iréis sin decirme vuestro nombre para que le bendiga toda mi vida. —Gilillo confuso, no osaba levantar los ojos.

—Ante el mundo me llamo Wilfrido —contestó el viejo—; ante Dios soy “El Trabajo” —y añadió, clavando sus ojos en Gilillo: Te he dado como a tu hermano el talismán de la fortuna y le has desperdiciado, y ha venido sobre ti la desgracia.

—¡Quiero regenerarme! —exclamó Gilillo, cayendo de rodillas.

—Es tarde, murmuró Wilfrido; has perdido los mejores años de tu vida y estás enfermo y tembloroso.

Dicho esto, desapareció el anciano y Próspero conmovido dijo a Gilillo, mientras le introducía en su casa:

—El hacha y el lazo están guardados; te lo cedo: haz buen uso de ellos, y aún puedes ser feliz.

LA GOTA DE AGUA

El anciano don Vidal y su nieto Ricardo hallándose de veraneo en una casa de campo, una cálida mañana de julio, se dirigieron por una vereda desconocida a un sitio delicioso, en el cual serpeaba⁵⁷ un arroyuelo cristalino rumorando dulcemente entre los gallardos berros⁵⁸ y las rastreras gramas.⁵⁹ Multitud de florecillas silvestres tapizaban sus orillas muradas⁶⁰ por altas rocas, en cuyas junturas⁶¹ crecía la yerba y por sobre de las cuales se descolgaban algunas guías vestidas de campánulas y de hiedras. Embelesados los paseantes con tan hermoso pasaje se adelantaron por la barranquilla, la que un poco

⁵⁷ Moverse formando curvas como una serpiente.

⁵⁸ Planta que se sitúa en lugares aguanosos con varios tallos y flores blancas y pequeñas.

⁵⁹ Planta medicinal con su tallo cilíndrico y rastrero que tiene hojas cortas, planas y agudas con flores en espigas filiformes.

⁶⁰ Viene de murar, cercar.

⁶¹ Cuando se mezclan una cosa con otra.

más arriba se abría y ensanchaba formando una pequeña explanada, y ya cansados se sentaron en un macizo⁶² de piedras a unos veinte pasos del arroyo. Al cabo de un rato, el chic chac de una gota de agua que caía muy cerca de ellos llamó su atención. Pronto se dieron cuenta de que de una peña alta que tenían a la espalda se desprendía, a intervalos cortos, una gota de agua cristalina que iba a rebotar en una piedra azulosa y más baja que la primera.

—¡Qué linda gota, papá, parece un diamante por la pureza de su transparencia! ¿De dónde procede?

—Esa gota, hijo mío, es producida por la filtración del agua a través de las capas terrosas y permanecerá cayendo tanto tiempo cual sea el que dure filtrándose el agua que la produce. Por lo que se ve, la aparición de esta gota data de pocos días.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Ricardo con curiosidad.

—Porque la piedra en que cae no presenta todavía huella alguna en su superficie.

—Pero, ¿puede acaso dejar huella de su caída una gota de agua como ésta tan pequeña y tan flexible?

—Sí, poco a poco y con lentitud hará un hoyo en esa piedra, y si persistiera cayendo muchos años llegaría a perforarla.

—¡Oh, qué maravilloso es eso! Quisiera verlo, papá.

—El verano próximo vendremos aquí, y entonces juzgarás por tus propios ojos lo que es el trabajo de un golpe constante, cualquiera que sea el objeto que lo produzca.

Pasada la temporada, la familia regresó a la capital, como era costumbre. Ricardo no olvidaba lo ofrecido por su abuelo, y esperaba con ansia la vuelta de la estación para ir a ver el trabajo de la gota de agua. El tiempo da vueltas como un huso; al finalizar la primavera del siguiente año, don Vidal y su familia regresaron a su casa de campo.

Una mañana, mientras tomaban el desayuno, en torno de una mesa que albeaba⁶³ por la blancura de sus manteles, dijo el abuelo a su nieto:

—Hijo, hoy vamos a ver qué ha podido hacer en un año que hemos dejado de verla, nuestra amiga, la gota de agua.

Gozoso el niño, corrió en busca de los sombreros y del bastón del abuelo, y tomando ambos el mismo sendero del año anterior, pronto estuvieron en el sitio indicado. Con ligeras modificaciones llevadas a cabo por la naturaleza, todo permanecía allí estacionario: arroyuelo, rocas, plantas, flores, etcétera. Al llegar al macizo de peñas, pudieron observar que la gota continuaba cayendo, y con gran sorpresa de Ricardo, vieron en la piedra azulosa un hoyuelo redondo y liso como de un decímetro de profundidad.

⁶² Protuberancia de terreno usualmente rocosa.

⁶³ Blanqueaba.

—Pero, ¿cómo ha podido ser esto, papá?

—Con su constante golpe, hijo mío, el cual hace el efecto de un martillo o mazo, a cuya acción las moléculas comprimidas van cediendo poco a poco. El trabajo es lento y débil, pero seguro. Esto debe enseñarte que el hombre con la constancia y la fe puede hacer todo lo que quiere y realizar las obras más estupendas que tomen vida en su cerebro. Graba en tu corazón esta máxima: “La constancia y el trabajo todo lo vencen”.

EL VAGABUNDO

Después de pasar la tarde en amena conversación, don Antonio y su hijo Valentín, muy contento el segundo por los bellos cuentos que le contara su papá, regresaron a casa ya muy tarde.

Se extendían las sombras en torno suyo envolviéndolo todo en un sudario⁶⁴ y comenzaban a lucir las estrellas su disco de oro, prendidas a la cortina azul del firmamento; las avecillas se habían refugiado en las altas frondas⁶⁵ y sólo se escuchaba de cuando en cuando el pesado vuelo de algún pájaro trasnochador y el graznido de la lechuza o del búho en alguna azotea ahumada⁶⁶ por el tiempo; el caserío de la ciudad se presentaba a su vista como un semiborrado bosquejo, en cuyo centro se elevaba el campanario de la parroquia semejante a un fantasma gigantesco.

⁶⁴ Paño que se utiliza para limpiar el sudor del rostro.

⁶⁵ Conjunto de hojas o ramas que forman espesura.

⁶⁶ Color gris oscuro debido al humo.

Habían atravesado algunas callejas terrosas de mal embanquetado, como lo son en lo general las de las ciudades de tercer orden, cuando a la mortecina luz de un farol (no se conocía todavía la luz eléctrica en aquella población) vieron que un muchacho harapiento y sucio, como de nueve años de edad, se acurrucaba en el dintel⁶⁷ de una puerta cerrada, la que por el polvo y las telarañas que la cubrían demostraba que la casa a que pertenecía no tenía habitantes.

—Papá, preguntó Valentín, ¿por qué se acuesta ese muchacho en el marco de esa puerta?

—Ese muchacho debe ser uno de tantos vagabundos como hay, que dejan su casa por no trabajar y que viven del robo y de la mendicidad —contestó su padre.

—¿No será tal vez un desgraciado que no tenga, como yo, una mamá que le espere y le quiera?

—Probablemente no la tiene, hijo mío, los vagos son seres muy desgraciados porque no saben estimarse y huyen del trabajo, que es el único que ennoblece al hombre. Prefieren la vida errante, sin objeto, al cariño de la familia, convirtiéndose así, de miembros útiles que debieran ser para la sociedad, en miembros inútiles y corrompidos que millares de veces tiene que mutilar la justicia.

⁶⁷ Pieza horizontal que se coloca en la parte superior de las puertas y ventanas que se apoyan en los extremos que son destinados a soportar carga.

—Me da lástima, voy a darle un centavo —dijo el niño. Y seguido de su papá se acercó al muchacho, quien, con la agujereada gorra en las manos, se puso en pie al verlos y recibió el centavo diciendo:

—¡Gracias! Compraré un pan; ¡hoy no he comido en todo el día!

—¿Por qué duermes aquí? —le preguntó Valentín.

—Porque no tengo casa, ni padre, ni madre; ¡soy sólo en el mundo! Y al decir esto, dos lágrimas rodaron por sus oscuras mejillas. Valentín, volviendo hacia don Antonio su carita triste, le dijo:

—En nuestra casa hay un gran corredor, papá... El buen señor comprendiendo la idea del niño y conmovido con tanta desgracia, preguntó al vagabundo:

—¿Cómo te llamas, hijo?

—Juvencio... —murmuró el muchacho.

—Pues bien, Juvencio, mi hijo Valentín será desde hoy tu protector. Vamos a casa; si sabes aprovechar el beneficio llegarás a ser feliz, aprendiendo algún oficio de qué vivir honradamente.

Aquella noche soñó Valentín con los ángeles; tal es el poder de la caridad con los huérfanos.

Piedad fue obsequiada por su tía Margarita con una preciosa planta, diciéndole al entregársela: —Como eres tan afecta a las flores he mandado poner en este macetero un piecito de aquella camelia blanca que tanto te agrada. Si sabes cultivarla y cuidar de ella, tendrás en la primavera flores muy lindas.

Gustosísima la pequeña, dio las gracias a su tía Margarita, y abrazando su encarnado⁶⁸ macetero, le llevó a su casa. Después de mostrarlo placenteramente a su mamá, lo colocó en un sitio a propósito para que recibiera el sol de la mañana, por ser el más benéfico para las plantas.

La regaba ella misma todos los días con agua fresca del estanque, la limpiaba de los insectos que pudieran perjudicarla y cuidaba de apuntalarla para que sus ramas crecieran rectas. Cuando se estiró un

⁶⁸ De color rojo.

poco, la pasó a una maceta más grande que le dio su mamá, quebrando el macetero pequeño para no lastimarla ni ventear sus raíces.

Dice un adagio:⁶⁹ “Quien no ve chico, no ve grande”; verdad inconclusa. Piedad, después de haber visto su plantita pequeña con media docena de hojas tiernas en un tallo endeble y delicado, la vio grande, vestida de ramas cuyas hojas verdes parecían de raso por lo lustroso y terso, exuberante y bello, por la rica savia que circulaba por sus tallos; y más tarde, después de asistir a su transformación con todo el esmero y vigilancia de un experto jardinero, acechó con avidez los capullos que se desfloraban en botones. La niña cubrió con algodón los botones para preservarlos de las heladas, cosa que le aconsejó su tía.

Una mañana, con infantil alegría, fue corriendo a la alcoba de su mamá y batiendo palmas, le dijo:

—¡La primera flor!, ¡la primera flor! Mamá, ¡ven a verla qué linda está!, sus pétalos son tan blancos como la nieve!

—¿Te has vuelto loca? —le preguntó su mamá Emilia, sonriendo.

—Loca de gusto; ¡ya verás qué primor de camelia, ya verás qué contenta que se va a poner tía cuando la vea!

Emilia complacida con la alegría de su hija, salió al corredor y se deleitó contemplando una hermosísima “alba plena” que gallardamente se mecía al vientecillo de la mañana.

—¿Ves, mamá, qué linda está? ¡Oh!, yo quisiera tener mi cara tan blanca como sus hojas, dijo Piedad con coquetería.

—Hijita, la mujer no debe preocuparse nunca por la belleza del rostro que es tan efímera como la de esta flor, sino por la hermosura del alma, que es aquella que persiste aún más allá del sepulcro; así, pues, procura con todas tus acciones y con el cumplimiento de todos tus deberes, imprimir en tu alma la blancura de la camelia.

—Y dime, mamá, ¿no sería bueno ofrecer a la Virgen del Oratorio mi primera flor?

—Me darás en ello gran gusto; obrando así, demuestras tu amor a la Madre de Dios, que es quien viste los campos de flores, borda los cielos de estrellas, enriquece los mares de pececillos y puebla los aires de avecilla.

La piedad en la mujer es tan hermosa como en el hombre el valor: éste gana las batallas con el arrojo y el acero; y la mujer las gana con la fuerza moral que le infunde la piedad.

⁶⁹ Sentencia usualmente moral y breve.

A las tres y media de la tarde, el aya,⁷⁰ Manuel y María, niños pequeños de nueve y seis años, respectivamente, se dirigieron a la Alameda,⁷¹ atraídos por la belleza del tiempo.

Era Mariana una antigua criada de la casa, quien desde muy joven había entrado a servir a la familia de don Daniel Velasco, padre de su actual amo, del mismo nombre, a cuyo servicio pasó cuándo hubo muerto el primero. En tal virtud, después de tantos años de buen servicio, se la consideraba en la actualidad como a un miembro de la familia; y en atención a lo mucho que quería y cuidaba a los niños, como también a su edad, la habían destinado a ellos en clase de aya.

⁷⁰ Alguien que se encarga de custodiar a niños o jóvenes y cuidar de su crianza y educación.

⁷¹ Parque poblado de árboles (usualmente álamos), pero pueden ser de cualquier otra especie.

La niña María era de un carácter angelical: dulce, sumisa y compasiva, amable y cariñosa, se hacía querer de todos. No así Manuel, que era considerado como el diablillo de casa por su mal corazón y su conducta siempre reprehensible. Tenía un verdadero gusto en molestar a todos, sobre todo a los chicos de su edad, para los cuales no tenía un átomo de compasión.

Al llegar a la frutería de Santa Clara, compró Mariana unos perones⁷² que repartió a los niños. La niña María procedió desde luego a separar el más grande y chapeado para su mamá. Pero no había contado para la realización de ese buen deseo, con la intervención de su hermano. Este goloso, “con un ojo al plato y otro al gato”, como dice un conocido refrán, devoraba con los ojos el perón que guardaba la niña, mientras se comía los suyos; después de lo cual, aprovechando una distracción de María, le arrebató el perón y le dio enseguida un soberano mordisco.

La pequeña se soltó llorando, y entre sus lágrimas clamaba dirigiéndose al aya:

—¡El perón de mamá!, ¡el perón de mamá!

Y Manuel la parodiaba burlonamente repitiendo:

—¡El perón de tu hermano!, ¡el perón de tu hermano!

⁷² Fruto de forma redonda, consistencia firme con cáscara delgada de color verde o amarillo de sabor agri dulce y olor fresco y suave.

Mariana le reprendió su mal proceder, enjugando el llanto de la niña, a la que ofreció comprarle al regreso otros perones más lindos para su mamá.

Después de esto, continuaron las maldades de Manuel con los pobres muchachos que encontraba. Ya le tiraba una pedrada a uno; ya le arrebató a otro el sombrero aventándole lejos; al de más allá le daba un pescozón;⁷³ y al de más acá, un empellón⁷⁴ que lo hacía besar la tierra; Mariana y María procuraban atraerlo al orden, sin poder conseguirlo.

Al llegar a la mariscala,⁷⁵ se les acercó un pequeño vendedor de merengues. Manuel le arrebató uno de ellos, y como el muchacho le reclamase, le tiró una zancadilla⁷⁶ que lo hizo rodar por el suelo con todo y mesilla de dulces. Mariana, ayudada de María, levantó lo poco bueno que halló entre la pedacera, y consoló al vendedor que lloraba amargamente, entregándole el importe de lo echado a perder.

—¡Niño malcriado! —dijo el aya a Manuel, quien había palidecido al ver las consecuencias de su falta, regresaremos a casa para que tu papá te castigue como mereces!

⁷³ Golpe en el cuello o cabeza.

⁷⁴ Empujón que se da con el cuerpo para desestabilizar a alguien y moverlo de lugar.

⁷⁵ Lugar donde se venden dulces u otros productos, especialmente en contextos rurales.

⁷⁶ Cruzar el pie mientras una persona está caminando para hacerle perder el equilibrio y caer.

En vano Manuel la ofreció enmendarse con tal de que no lo acusara con su papá; María, compadecida, unió sus ruegos a los de su hermano; la inflexible aya, tan luego como llegó a casa, puso en conocimiento de don Daniel cuanto había hecho el niño en el interrumpido paseo. El rígido señor castigó a su hijo con tres días de encierro, diciéndole:

—Estos tres días comerás solo, no te sentarás a la mesa con nosotros ni tendrás más compañía en tu pieza que tus libros de estudio.

Manuel lloró, suplicó, pidió perdón, y asido a las ropas de su mamá juraba y perjuraba la enmienda. Genoveva, enternecida, intercedió por su hijo, pero Daniel le dijo con entereza:

—La medicina para los enfermos y el castigo para los culpables, deben aplicarse a tiempo.

LAS CAMPANAS

La noche de aquel día en que Manuel Velasco fue absuelto del castigo impuesto por su papá, era hermosísima; noche templada y plateada por una luna llena que se deslizaba tranquila y dulce por el mar azul turquí⁷⁷ de los cielos. Mariana y los niños se dirigieron a la terraza, y allí sentados en una amplia estera⁷⁸ entraron en amena conversación.

—Mati —dijo la niña María—, refiérenos alguno de los hermosos cuentos que sabes.

—Sí, sí, añadió Manuel, uno de aquéllos que dices te contaba tu abuela bajo los ahuehuetes⁷⁹ de Chapultepec, cuando eras tan pequeña como nosotros.

⁷⁷ Azul muy oscuro.

⁷⁸ Una especie de alfombra que se utiliza para cubrir el suelo, hecha con tejidos gruesos de esparto, juncos y palma.

⁷⁹ Tipo de árbol originario de América del Norte que suele cultivarse para jardines.



—Allá va el cuento, niños míos; pero estad muy atentos para que os aprovechéis de su enseñanza. Sobre todo tú, Manuelito, que acostumbras conducirte tan mal. El aya⁸⁰ comenzó de esta manera.

⁸⁰ Alguien que se encarga de custodiar a niños o jóvenes y cuidar de su crianza y educación.

—En un rincón del viejo Oriente, cuyo nombre no hace al caso, hubo un rey tan tirano, que sus vasallos, al estar en su presencia, temblaban como azogados⁸¹ y daban diente con diente.⁸² Se llamaba Tigrio, y sus súbditos, en ausencia, le denominaban *Tigre*; nivelándole así a tan terrible fiera, cuyos instintos poseía por lo sanguinario y feroz de su corazón.

Este rey tenía una esposa muy bella y muy buena llamada Rosa Blanca, por lo alabastrino⁸³ de su tez. Rosa Blanca, que no podía ver lágrimas sin enjugárselas, hubiera dado su vida por la felicidad de su reino. ¿Pero, qué podía hacer por sus vasallos, ella que también era una víctima de la real injusticia? Una mañana, estando el rey en uno de los balcones de su real palacio, acertó a pasar por la calle un joven imberbe,⁸⁴ montando un hermoso alazán⁸⁵ de pura sangre. Uno de los oficiales de la guardia, la cual se hallaba debajo del balcón en que estaba el rey, dijo al verle pasar:

—¡Hermoso animal! ¡No hay uno igual en las caballerizas de su Majestad! —Al escuchar tales palabras, sintiose el rey humillado, y ordenó que aquel joven fuese conducido a su presencia.

⁸¹ Consecuencia por absorber vapores del azogue o mercurio.

⁸² Temblores constantes que hacen castañear los dientes.

⁸³ Blanquecino.

⁸⁴ Lampiño.

⁸⁵ Caballo de pelaje rojizo o canela.

—Di, ¿cómo te llamas? —le preguntó ceñudo e irritado Tigrio.

—Me llamo Fidel y soy súbdito leal de Vuestra Majestad.

— ¡Leal...! ¡Y tienes y posees un caballo mejor que los míos...! Puedes irte, el caballo pasa a mis cuerdas desde ahora.

—¡Oh, señor, exclamó Fidel arrodillándose: dejadme ese caballo y os serviré de rodillas! ¡Me ha salvado la vida en los combates y es la única herencia de mi padre! —El tirano por toda contestación, le mandó poner en un calabozo, cargado de cadenas.

Al día siguiente, hallándose Tigrio otra vez en el balcón, pasó un cazador seguido de una jauría de perros, entre los cuales descollaba un hermoso galgo de piel manchada.

—¡Qué lindo perro, dijo el oficial de guardia; no hay uno igual en las perreras de su Majestad!

Tigrio, doblemente irritado, hizo subir al cazador y le dijo airado:

—¿Cómo es que te atreves a poseer un perro mejor que los que yo poseo? Puedes irte, ese galgo será desde hoy el mejor de los que llenan mis perreras. —Vetino, que así se llamaba el cazador, se arrodilló ante el rey, exclamando:

—¡Oh, gran rey!, tomad todos mis perros a cambio de ése! ¡Soy viudo y pobre, y cuando voy al trabajo es el que cuida de mis pequeños hijos!

Indignado el monarca con su resistencia, le hizo encerrar en otro calabozo, mientras el galgo⁸⁶ era llevado a formar parte de la jauría real.

A la siguiente mañana, tomó el rey el balcón en los momentos en que pasaba una linda joven, seguida de una cabra tan blanca como la leche, la cual llevaba al cuello un collar con una campanilla que parecía de oro, y oyó que el soldado de guardia decía:

—No tiene el rey una cabra tan gallarda ni tan blanca como la de Ninfa.

Más furioso que nunca, el soberano hizo venir a la doncella a su presencia y le dijo:

—Ninfa, un vasallo nunca debe tener mejores cosas que su señor; esta hermosa cabra me pertenece; ¡prosigue tu camino! Dicho esto, mandó que la cabra fuese llevada al pesebre real. Aterrada la joven, se echó a llorar, y cayendo a los pies del rey, exclamo:

—¡Oh, rey!, ¡vos no permitiréis que mi anciano padre perezca!, esa cabrita lo alimenta con su leche, hace tres años; piedad para él, está paralítico y muy enfermo. Vos tenéis hermosas cabras y nosotros no poseemos más que ésta!

¡Súplicas y lágrimas!...todo fue inútil. Ninfa corrió la misma suerte de Fidel y de Vetino.

Ninfa era muy querida de todo el pueblo por su piedad filial, así fue que, al extenderse la noticia de su desgracia, la indignación fue general. La reina

⁸⁶ Se refiere a un perro de un tipo de raza.

Rosa Blanca, sabedora del injusto despojo que se le había hecho y de su prisión, envió al anciano padre de la joven a una de sus doncellas para que lo cuidase, y un par de cabras que lo alimentasen, en tanto que Ninfa recobrara su libertad y su cabra.

Entretanto, un viejecito encorvado llamado Artenio, al cual se atribuía un poder sobrenatural, se había presentado a Tigrio echándole en cara sus injusticias y amenazándole con terribles castigos si no las reparaba de alguna manera. Ordenó el rey a sus chambelanes⁸⁷ que le prendieran para mandarle matar por su atrevimiento, pero el viejo se les hizo invisible.

Dos días después, de la noche a la mañana, apareció frente al palacio del rey un castillo murado de arquitectura sin igual; sus altos torreones⁸⁸ tocaban las nubes, sus techos eran de cristal, sus almenas de plata y sus muros ostentaban preciosos arabescos⁸⁹ y grifos dorados. Una ancha escalinata de mármol entre dos surtidores de agua circuidos de plantas aromáticas y delicadas flores conducía a las habitaciones ricamente decoradas y pavimentadas de mosaico. Encantado el rey con tan maravillosa obra, trasladóse a él con su corte y su servidumbre.

⁸⁷ Hombres de procedencia noble que sirven al rey, usualmente para darle noticias.

⁸⁸ Grandes torres que sirven como defensa de una plaza o castillo.

⁸⁹ Adornos hechos con líneas curvas que se entrelazan y repiten, formando un diseño decorativo.

Al llegar la noche del día en que tomó posesión del palacio que, en su orgullo, consideró un don del cielo, se sintió presa de un pesado sueño y se retiró a su alcoba, ordenando se le guardara silencio, por lo que todos, excepto la guardia, se metieron en sus camas.

Mas he aquí que cuando todos roncaban, las campanas en las torres, los timbres en las mesas, los cencerros en el cuello de los animales y todas las campanillas del reino soltaron sus lenguas en formidable repiqueteo. ¡Qué estruendo!, ¡qué desconcierto!

Tigrio, furioso, increpó injustamente a los que le rodeaban y viendo que Rosa Blanca dormía tranquilamente, la despertó diciéndole con aspereza:

—Pero... ¿no oyes, que así duermes como un lirón?⁹⁰

—En mi alcoba todo está quieto —contestó la reina, y continuó durmiendo.

El rey hizo amontonar en las bodegas y covachas,⁹¹ campanas, campanillas, cencerros⁹² y timbres de toda la ciudad, y se guardó personalmente las llaves.

⁹⁰ Roedor con pelaje espeso de color gris oscuro con blanco que viven en los montes y pasan todo el invierno durmiendo.

⁹¹ Cuarto pequeño o cuchitril.

⁹² Pequeña campana que se utiliza para el ganado y suele atarse alrededor del cuello de las reses.

A la noche siguiente, se acostó tranquilo, muy ajeno de que a la misma hora se repetiría la barahúnda⁹³ infernal de la noche anterior, con más fuerza y mayor estrépito.

Esta vez, el rey, fuera de sí, por la cólera que le atormentaba, ordenó encender los hornos y fundir todos aquellos bronce, causa de su desgracia, y al amanecer todos los metales conspiradores corrían líquidos por las cañerías llenando los recipientes.

Con tal medida, creyó el monarca terminadas todas sus desdichas; pero a la noche siguiente, vajillas, cristales, espejos, muebles, todo crujía con infernales ruidos, y una campanilla finísima a la cabecera de su lecho, con su retintín sonoro, amenazaba dejarle sordo. ¡Era la de la cabra de Ninfa! ¿Quién había puesto allí aquel animalillo?

Confuso y aturdido, se levantó el rey, resuelto a dejar inmediatamente aquel palacio. Iba a traspasar los umbrales de su alcoba, cuando erguido y de pie, se presentó a su vista el anciano Artenio.

—¿Cómo has entrado? ¿Quién te ha permitido llegar hasta aquí? —preguntó airado Tigrio.

—Mi poder, ¡oh rey!, que es tan grande y tan eterno como el mundo —contestó Artenio.

—¿Quién eres...? —balbuceó el rey.

—Soy el remordimiento que persigue al que obra mal: el que atiende a mi voz halla el camino

del perdón abierto, el que la desoye, ve castigada su soberbia. Ahora escucha y arrepiéntete; esas campanas que te atormentan son mis voces, y aunque dejes este palacio, aunque fueres a ocultarte al fondo de los mares, allí te seguirán, porque son la consecuencia de las lágrimas y de la sangre que has hecho derramar.

Si quieres pasar feliz los días que te restan de vida, sé bueno; repara el mal que has hecho abriendo los tesoros de la caridad a tu pueblo.

Dicho esto, Artenio desapareció, y el rey, arrepentido, hizo abrir las cárceles donde gemían los inocentes, restituyó lo que había usurpado por la fuerza, y ayudado de Rosa Blanca hizo la felicidad de su reino hasta el fin de sus días.

—¡Hermoso cuento! —exclamó Manuel; me cuidaré de las campanas del remordimiento, no haciendo mal a nadie.

⁹³ Alboroto o escándalo.

En una hermosísima mañana del mes de abril, la señorita Gabriela se ocupaba de limpiar sus macetas y asear las plantas que contenían, despojándolas de las hojas secas y de los insectos que pudieran perjudicarla. La pequeña casta⁹⁴ quiso tomar parte en tan agradable faena, y se dirigió a un tiesto⁹⁵ de violetas azules y blancas cuyo follaje verde y brillante la atrajera. Al acercarse a ellas exclamó con alegría:

—¡Qué de flores tienen las violetas, mamá! Si hay para dar y hasta para tirar.

—Es su tiempo, hija mía; la primavera llega siempre cargada de flores.

Quedose la niña pensativa como si algo muy importante la preocupase, y después de un rato preguntó a Gabriela con interés y vivacidad:

⁹⁴ Nombre femenino originario de España, se utilizaba en la época colonial que significa “pura” o “libre de culpa”.

⁹⁵ Macetero.

—Oye, mamá, ¿quieres decirme por qué estas florecitas tan perfumadas y lindas no se yerguen como las dalias y las azucenas, sino que tienden a ocultarse entre las verdes hojas?

—Mi bella hijita, dijo Gabriela, Dios en su sabiduría infinita hace que tropecemos a cada paso, con saludables modelos y útiles ejemplos, valiéndose para ello de todas las cosas creadas que nos cercan; y para que así nos perfeccionemos en la virtud y sepamos distinguir lo bueno de lo malo. En la dalia y la camelia, flores hermosas pero sin aroma, tenemos significada la vanidad que es tan perjudicial, sobre todo a la dicha de la mujer: en la blancura de la azucena, amamos la pureza, en el nardo, el candor, y la rosa de pétalos nacarados,⁹⁶ cuya esencia es tan estimada, nos atrae a la caridad que es la fuente de todo bien. Ahora bien, estas pequeñas florecitas que tanto llaman tu atención son el símbolo de la modestia y de la humildad, y enseñan a la mujer a no hacer alarde de sus gracias, a no hacer ostentación de su belleza, en una palabra, a huir de la vanidad y la soberbia.

—¡Cuán bueno es Dios que nos ha puesto tan bellos modelos en el mundo! —exclamó la niña.

—Y aún más bueno, hija mía, por habernos dado el raciocinio para comprenderlos y la voluntad para imitarlos. Si quieres ser estimada, sé humilde y modesta como las violetas.

⁹⁶ Tornasolados.

EL GRANO DE TRIGO

La yunta⁹⁷ de bueyes azafranados,⁹⁸ con el pesado yugo⁹⁹ al cuello y arrastrando el arado, iba rasgando la tierra en surcos paralelos. El campo aquel había sido preparado de antemano por el fuego, encargado de reducir a cenizas las ramas de los arbolillos, derribadas por el hacha del labrador; las breñas,¹⁰⁰ los zacates y las hierbas; cenizas que constituiría un buen abono en el terreno del laborioso Donato.

Su hijo mayor, llamado Pascual, iba depositando la semilla en el surco abierto, provisto de un gran cesto, mientras su padre dirigía la yunta. En tanto el pequeño Abundio, que contaba apenas siete años de edad, correteaba azuzando¹⁰¹ a los bueyes con el sonoro “ot, ot” de los campesinos, y arrojando al surco

⁹⁷ Par de bueyes u otros animales de ganado.

⁹⁸ Anaranjado o rojizo.

⁹⁹ Artefacto de madera que se usa para el arado.

¹⁰⁰ Tierra quebrada entre peñas y llena de maleza.

¹⁰¹ Incitando.

algunos puñados de semilla que arrebatava del cesto de su hermano.

Al medio día, sudorosos, tostados por el sol y sintiendo la necesidad de reparar sus fuerzas, se dirigieron a la sombra de un copado camichín,¹⁰² encendieron lumbre con unas ramas secas y calentando el bastimento¹⁰³ que llevaban en un morral, comieron con extraordinario apetito un trozo de cecina, unos huevos y unos frijoles, todo con su respectivo chile, y refrescado con jarros de agua tomada de un cercano arroyo. Después de saciada el hambre, y cuando iban a levantarse para continuar la pesada faena, Abundio, que no estaba quieto un momento, presentó a su padre una espiga de trigo que se había encontrado tirada en el campo.

—Hijo mío, ya la espiga está vacía, dijo Donato al pequeño; los pajarillos han madrugado más que tú y se han comido los granos.

—¡Aún queda uno!— dijo el niño escudriñando la espiga; míralo, padre, está muy grande.

—Y muy hermoso, añadió el buen hombre. Este grano, bien cultivado, podría hacer la fortuna de su dueño.

¹⁰² Árbol que se distribuye en el norte del país hasta la parte tropical de Sudamérica. Alcanza hasta los 15 metros de altura y produce frutos en forma de vainas.

¹⁰³ Provisión o suministro.

—Entonces haré mi fortuna porque es mío; lo voy a sembrar, ¿quieres?

—¿Por qué no?, pero no sólo tienes que sembrarlo sino que también tendrás que atenderlo con tus cuidados.

Abundio sembró el grano junto a la labor de su padre, formándole un abrigo de ramas de espino para preservar su fruto del pico de los pájaros; y algún tiempo después, recogió de la planta hermosas espigas, cuyos granos volvió a sembrar con una constancia digna de elogio. Su padre, que previó en él todas las dotes de un buen agricultor, se propuso guiarle y ayudarle con su experiencia. Los productos de aquel grano de trigo fueron aumentando año tras año. Se vendía el grano, se equiparaban los gastos ocasionados y se guardaba el sobrante ya vendido en una “Caja de Ahorros”. Así pasó el tiempo, y el niño llegó a la mayoría de su edad. Entonces le dijo Donato:

—Abundio, eres ya un hombre y voy a entregarte una fortuna que has elaborado con un grano de trigo. No olvides que la economía y el orden son dos guardianes del capital, quien viene a ser como un prisionero de aquellos. Si se descuidan agentes tan importantes, el capital desaparecerá sin que sea posible volverle a capturar.

Abundio no olvidó nunca los consejos de su padre: supo ensanchar sus negocios con su actividad y trabajo, y labrarse una fortuna que le hizo feliz.

Durante la injusta guerra que sostuvieron los americanos contra México para apoderarse de Texas,¹⁰⁴ parte integral de nuestra República, muchos fueron los niños que lucharon en su defensa, y de ellos, muchos los que heroicamente perecieron y fecundizaron el árbol santo de nuestra libertad con su ardorosa sangre.

Así como al lado de los brillantes astros que tachonan¹⁰⁵ el firmamento, aparecen estrellas que a la simple vista no se conocen, así también al lado de los héroes cubiertos de inmarcesible¹⁰⁶ gloria, cuyo nombre escribe la historia en sus páginas con caracteres de oro, otros héroes desconocidos hacen proe-

¹⁰⁴ Estado del sur de Estados Unidos que formó parte del territorio mexicano hasta 1836, cuando declaró su independencia; en 1845 se incorporó a Estados Unidos, hecho que contribuyó al estallido de la guerra entre México y Estados Unidos (1846-1848).

¹⁰⁵ Que cubren casi por totalidad una determinada área.

¹⁰⁶ Inmarchitable.

zas de valor al lado de los primeros, y pasan ignorados para el mundo, como una ráfaga de luz, como una exhalación, y van a dormir el sueño eterno del sepulcro y del olvido. El niño de que voy a ocuparme pertenece a estos últimos.

Durante las fortificaciones de Cerro Gordo,¹⁰⁷ lugar elegido por los mexicanos para defender la integridad nacional, Mario, niño de doce años, con la curiosidad innata a su edad, cuantas veces podía escaparse de su casa situada no muy lejos de allí, iba a observar los trabajos de los patriotas con alegría infantil.

Al comenzar el ataque del 18 de abril¹⁰⁸ no pudiendo regresar a su casa, sin exponerse a recibir una bala, buscó dónde ocultarse. Desde su escondite presenció aquella lucha épica que sostuvieron los mexicanos en defensa de su territorio, y que tuvo por desenlace una afrentosa derrota; desde allí se dio cuenta de la toma de Cerro Gordo y del ultraje con que fue arriado el pabellón mexicano para levantar en su lugar el pabellón de las estrellas. A la vista de este acto ignominioso, la ira se apoderó de su alma, y en su odio exclamó con energía:

¹⁰⁷ Sitio estratégico en México donde se libró una batalla importante durante la Guerra de Reforma y la intervención estadounidense, conocido por su difícil terreno montañoso.

¹⁰⁸ Fecha relevante durante la Guerra de Reforma en México (1857-1861), un conflicto entre liberales y conservadores por el control político y las reformas liberales. El 18 de abril alude al ataque militar en el que se perdió el control del Cerro Gordo.

—¡Ah, malditos!, ¡si yo fuese hombre y pudiese levantar un ejército...!

Esta patriota frase fue cortada por el estallido de un tiro, cuyo fogonazo le deslumbró, y por la caída de un cuerpo cerca del sitio que ocupaba. Un soldado, teniendo abrazada una bandera mexicana, herido por la espalda en su desordenada fuga, estaba tendido a diez pasos. Mario, sin medir el peligro que su imprudencia podía acarrearle e inspirado sólo por su patriotismo, fue hacia él, se apoderó de la bandera y echó a correr por lo más intrincado del campo con su preciosa carga hasta llegar a una montosa¹⁰⁹ barranquilla, donde se detuvo jadeante y sudoroso.

—¡Oh, bandera mía! —exclamó con entusiasmo viril—, ¡sólo muerto yo, te arrebatarán de mis manos!

Allí pasó la noche, satisfaciendo el hambre que le atormentaba, con algunos frutos y raíces; palpiándole el corazón cada vez que el viento removía la hojarasca o se hacía sentir el paso de algún animal o soldado que huía perseguido por el enemigo.

Por algunas frases recogidas a los fugitivos, supo que el grueso del ejército derrotado se dirigía a Orizaba.¹¹⁰ Con las estrellas todavía muy altas, emprendió Mario su camino a la ciudad indicada, a la cual, después de mucho andar, hambriento y con los pies

¹⁰⁹ Montañoso.

¹¹⁰ Ciudad del estado de Veracruz, México. Fue un punto estratégico en rutas comerciales y militares durante el siglo XIX.

hinchados, llegó con su precioso lábaro.¹¹¹ Pero, ¡oh, desencanto!, Santa Ana había continuado su marcha hacia el rancho de El Volador.¹¹² Fuele preciso seguir adelante y así lo hizo.

Ya en aquel lugar, penetró al campamento y solicitó hablar con el general, quien en aquellos momentos decía con amargura a los jefes republicanos que le rodeaban:

—¡Todo se ha perdido...!

—¡Menos esta bandera! —contestó el muchacho, presentando su hermoso trofeo.

Mario contó el episodio que conocemos, y admirados y conmovidos los veteranos que le rodeaban, le llenaban de elogios, abrazándole con efusión.

—¡Eres un valiente, muchacho —le dijo el general—, y la Patria sabrá recompensarte!

—Estoy recompensado —contestó Mario—, con la alegría que me causa el haber cumplido con un deber de patriota.

Mi padre que ahora pelea contra los invasores, me ha enseñado que el pabellón mexicano es el símbolo de nuestras libertades patrias, y por lo mismo, le debemos respetar, amar y morir en su defensa si fuere necesario.

Después de dos días regresó Mario a su casa, con la satisfacción y la alegría de haber servido a su patria salvando una bandera.

¹¹¹ Estandarte.

¹¹² No se ha localizado ninguna fuente geográfica ni histórica de este rancho. Pudo ser un rancho privado de pequeña escala, cuyo nombre no quedó consignado en crónicas.

— ¡Corre!, ¡corre! —decía la pequeña Marta a su hermanita Lucinda—, ¡corre!, ¡corre!, alcanza a esa mariposa de alas azules mientras doy caza a aquella de alas plateadas que se ha posado en el rosal.

—Me gusta más la de las alas de oro —contestó la pequeña Lucinda corriendo tras una mariposa dorada a los besos del sol muriente.

—¿Quién te entiende? Hace poco te encantaba una mariposa blanca porque sus alitas parecían de gasa; después la amarilla porque se te figuró una maravilla en el viento; luego la azul, que era un pedazo de cielo; y ahora sales con que la de oro es la más linda.

Así charlaban las hijitas de Adriana, mientras ésta, sentada en un banco de piedra, tejía un ruedo de funda, no lejos de ellas.

Aquella tarde la huerta de D. Braulio, donde pasaba esta escena, estaba deliciosa. A más de la infinidad de flores que mecían al vientecillo fresco



su perfumada corola de pétalos sedosos y brillantes; una nube de mariposas, semejando flores aéreas hacia derroche de galas en sus revoloteos y correrías, de los nenúfares¹¹³ a las rosas, de las rosas a los tulipanes, de los tulipanes a los jazmines, etcétera.

Las pequeñas corrían por las callejas y por entre las plantas, deseosas de asir por las alas uno de aquellos frágiles animalillos, que como ellas iban y venían sin dejarse atrapar. Al fin, rendidas, encar-

¹¹³ Planta acuática cuya hoja flota y posee flores blancas, terminales y solitarias.

nadas como unas guindas,¹¹⁴ jadeantes y sudorosas, fueron a sentarse al lado de su madre.

—¡Qué cansada estoy! —dijo Lucinda a su hermana.

—Y todo por nada —contestó la viva de Marta; hemos corrido toda la tarde tras de las mariposas sin apoderarnos de una sola.

—¡Cómo ha de ser...!, si apenas están aquí cuando ya las vemos por allá; y más tarda una en acercarse a ellas, que ellas en levantar el vuelo: son muy descontentadizas,¹¹⁵ ¿verdad, mamá?

—Sírvanse de espejo, hija mía —contestó Adriana—, para conocer tu propio defecto; eres tan voluble como ellas, en tus gustos y en tus afectos: el hombre o la mujer que no fijan su pensamiento son el juguete de la fortuna y jamás verán sentarse a su mesa la felicidad de un deseo satisfecho.

Ahora bien, como la volubilidad no es otra cosa que viento de ilusiones, cabe aquí deciros por vuestro bien, que las ilusiones son como las mariposas, ligeras y volubles; éstas brillan un instante, su vida es corta y sus galas efímeras; aquéllas revestidas de encantos y de promesas, revolotean un rato en el campo de la imaginación y se

¹¹⁴ Fruto similar a la cereza, de color rojo intenso, el cual se usa metafóricamente para describir las mejillas encendidas de las niñas tras correr y jugar.

¹¹⁵ Que fácilmente experimenta descontento, insatisfacción o disgusto.

desvanecen al soplo de la realidad. Si queréis ser felices, no deis a esas quimeras de la mente más importancia que aquella que un buen raciocinio puede concederles.

LA BARCA

Esa tarde, corría, saltaba y se tumbaba en la movediza arena, la turba de muchachos. La algarabía¹¹⁶ que levantaban con sus gritos y risas era infernal y ensordecedora para los habitantes de las casuchas inmediatas.

El sol se encontraba muy cercano a su ocaso, y su luz mortecina y tibia doraba ya muy débilmente los picachos de los montes y los altos campanarios del Puerto. Languidecían las flores como agobiadas por el sueño y las aves daban al viento sus últimas estrofas, vecinas a los nidos.

¡El mar!, el mar inmenso y tranquilo, rugado¹¹⁷ apenas su límpido¹¹⁸ oleaje, semejaba un ancho espejo de marco bruñado, sólo visible en algunos pun-

¹¹⁶ Bullicio que se produce cuando varias personas hablan al mismo tiempo que es confuso.

¹¹⁷ Se refiere a las olas plegadas del mar cuando está en movimiento, similares a las arrugas.

¹¹⁸ Limpio.

tos. Diversidad de peces azulosos y plateados daban coletazos en el líquido cristalino y abrían sus fauces desdentadas y redondas.

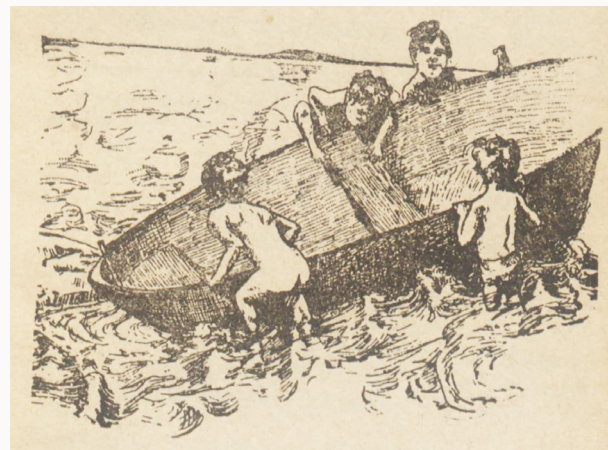
No lejos del sitio donde jugaban los muchachos, a orillas del mar, veíase amarrada la barca de un pescador, la que como el cebo de un anzuelo atraía a los chicos a aventurarse por él. Uno de ellos, el más grande, cuyas insinuaciones todos atendían, en un arranque de entusiasmo propuso a sus compañeros de juegos desatar la barca, meterse en ella y correr la suerte dando por el mar un corto paseo. La idea propuesta fue tentadora, y los más ligeros de cascos¹¹⁹ la aplaudieron con frenesí, en tanto que los tímidos o medrosos¹²⁰ guardaron silencio y los indiferentes movieron los hombros como diciendo: ir o no ir, me es igual.

Uno de los muchachos, llamado Calixto, más sensato y juicioso que los otros, se dirigió al promotor, diciendo:

—Aarón, ¿has reflexionado bien lo que propones? La barca no es nuestra para disponer de ella, la noche se acerca, el viento arrecia y carecemos de licencia para emprender esta aventura. Además, he oído decir a mi padre que el mar es muy traidor; y por consiguiente, no estaremos exentos de un mal percance. Sigamos jugando en la playa donde no corremos más peligro que el de revolcarnos en la arena.

¹¹⁹ Persona de poca reflexión y prudencia.

¹²⁰ Miedoso o cobarde.



—¡Eres un marica! —dijo otro de la rueda, increpando a Calixto; quédate con tu miedo que muy bien la pasaremos sin ti.

—Pues bien, me quedo, dijo Calixto: no por miedo, sino porque lo que vais a hacer es malo.

Aarón interrumpió la discusión, diciendo:

—¡Adelante los resueltos!, síganme.

—Adiós, moralista —dijo Patricio a Calixto, acompañando la despedida con silbidos que fueron secundados por otros de los muchachos, y echó a correr hacia la barca.

—¡Id!, ¡id!, ¡ya os arrepentiréis! —grito Calixto sentenciosamente.

A estas palabras, la bola de muchachos quedó dividida en dos bandos: uno, siguió a Patricio y Aarón; el otro, quedó con Calixto. El primero se dirigió

a la barca, soltó las amarras y se aventuró a correr los riesgos del mar; el segundo quedó en la playa viendo partir a sus compañeros y arrojando al aire sus gorri-llas entre risas y silbidos.

—Estaremos aquí hasta que vuelvan, dijo el prudente Calixto a sus compañeros, no sea que tengan más tarde necesidad de nosotros.

Patricio había ayudado muchas veces a su padre en la pesca; y conocía algo el manejo de las pequeñas embarcaciones, por lo que fue aclamado comandante de la barca. Pronto ésta, empujada por la resaca que cada vez era más fuerte, se deslizó mar adentro con gran regocijo de los pilluelos que la ocupaban, y que reían, gritaban y charlaban hasta desgañitarse.¹²¹ Entretanto, la marea subía y subía, y la barca cabeceaba sobre las olas; la marejada¹²² era fuerte, pero no se dieron cuenta del peligro sino cuando una terrible sacudida derribó a unos sobre los otros y estropeó a varios contra el maderamen¹²³ de la embarcación.

Comprendiendo entonces la magnitud del peligro que les amenazaba, se espantaron; y con las caritas cadavéricas, llorando y temblorosos, se asían los más pequeños a las ropas de los más grandes, quienes no sabían cómo salvar la situación deses-

¹²¹ Esforzarse excesivamente al gritar, a tal punto de lastimar la garganta o sentirla desgastada.

¹²² Estado alterado del mar con movimiento fuerte de las olas.

¹²³ Conjunto de maderas que forman la estructura o armazón de un objeto o construcción, en este caso, la embarcación.

perada en que se hallaban. Sabido es que cuando el espanto se apodera del hombre, pierde la moral, y con la moral, la lucidez y la facultad de la acción; los muchachos se encontraban en este caso, y Patricio, el más avisado de ellos, no hallaba entonces una idea salvadora.

—¡Estamos perdidos! —exclamó Demetrio, otro de los muchachos—, debíamos haber atendido las advertencias de Calixto.

—Tarde lo piensas —contestó el orgulloso Patricio—; pero aún puedes echarte al agua para ir con el mandria.¹²⁴

—No irrite a Dios —dijo Aarón—, que aunque turbulento tenía buen fondo.

El sol hundiéndose en el mar aparentemente, esfumó sus últimos rayos; y pronto la noche con su manto de estrellas y su séquito de sombras tomó el imperio de la tierra. La angustia crecía a bordo de la barca y los chicuelos hacían votos a la Madre de Dios protectora de los náufragos, cuando un ruido de remos que se acercaban alentó sus esperanzas, y poco después una barca grande, fuerte y bien tripulada procedió a su salvamento y les condujo al puerto. ¿De qué parte les había llegado tan inesperado socorro? ¿Quién se había interesado por ellos?

Calixto, el muchacho previsor y prudente, viendo lo fuerte de la marejada, pues las olas se levanta-

¹²⁴ Inútil u holgazán.

ban a grande altura y se estrellaban con estrépito a impulso de una brisa tenaz y poderosa, comprendió el peligro que sus amigos corrían, faltos de experiencia y de tino para la defensa, y ordenó a los que le acompañaban fuesen a dar aviso de lo ocurrido al padre de Patricio, hombre capaz de proceder luego al salvamento de ellos. En un momento cundió¹²⁵ la noticia del naufragio posible, entre las familias de los chicos; y mientras el pescador corría al mar y se metía en la barca de salvamento, la playa era invadida por parientes, curiosos y amigos.

Una vez en tierra los muchachos, y cuando los primeros transportes de júbilo, al encontrarse otra vez entre sus deudos y amigos, hubieron pasado, acercose a ellos un anciano venerable, abuelo de uno de los chiquitines que habían quedado con Calixto, y señalándoles a éste, les dijo con acento tembloroso por la emoción:

—¡Abrazadle!, y no olvidéis nunca que os ha salvado la vida con la previsión de su buen raciocinio y la nobleza de su alma; le habéis injuriado, y ha tomado desquite salvando vuestras vidas: es una ley del Crucificado hacer el bien al que nos hace mal, y él ha sabido cumplir con esa ley.

Todos los muchachos rodearon al generoso Calixto, entre ellos Patricio, pidiéndole perdón por su mal proceder, del que verdaderamente estaban arrepentidos.

¹²⁵ Se propagó.

LA JAULA DE ORO

Los pequeños párvulos, sentados cada cual frente a la mesita cuadriculada, contemplaban muy complacidos y satisfechos una jaula que con sus cajas de sólidos acababan de construir, siguiendo el modelo de la señorita Celia, quien después de explicar el uso que de la jaula se hacía, dijo a los pequeños:

—En premio a vuestra atención, voy a contaros un bonito cuento.

—¡Un cuento!, ¡un cuento! —exclamó el pequeño auditorio, batiendo palmas y disponiéndose con infantil alegría a escucharle.

—¡Atención! —dijo Celia, comenzando su narración de esta manera:

“Más allá de los mares, en un reino lejano y muy hermoso, hubo una vez una princesita linda y amable, a quien por sus bellos ojos azules y su cutis de alabastro dieron sus padres el nombre de Celeste. Su boca nacarada cuando se abría dejando ver dos hileras de blancos y pequeñísimos dientes, parecía un estuche de perlas; sus mejillas, dos rosas frescas; y su



pelo blondo¹²⁶ y sedoso, una cascada de oro. El rey Gumaro, su padre, la adoraba y la complacía en sus menores deseos.

Un día le ofreció un mercader al rey, su padre, un ruiseñor cuyo canto no tenía igual. Era una maravilla, y Gumaro, después de pagarlo a precio de oro, lo llevó a su hija que era apasionada por los pájaros.

Encantada Celeste con aquel presente, hizo venir al mejor joyero del reino. Era éste un hombre muy alto, enjuto¹²⁷ de carnes y ya entrado en edad; llamábase Largo, y su habilidad en el arte le había valido un prestigio de que se mostraba envanecido.

—Te he llamado, díjole la princesa, para que hagas a este ruiseñor una jaula que no tenga igual en el mundo.

¹²⁶ Rubio.

¹²⁷ Delgado o flaco.

—Su alteza la tendrá como la desea —contestó Largo haciendo una genuflexión¹²⁸ en que su enorme cuerpo delgado formó un ángulo agudo.

Ocho días después, días que a Celeste le parecieron un siglo, se le presentó Largo con una jaula maravilla de arte y de riqueza; los hilillos que formaban su tejido eran de oro finísimo y menos gruesos que un cabello, y en sus cruces despedían brillantes fulgores las piedras más ricas talladas en miniatura.

Celeste pagó al joyero una fuerte suma; metió al volátil en la preciosa jaula, después de besarle en el piquillo, y colocando aquella jaula en una hermosa jardinera que adornaba su alcoba, dijo al prisionero con infinita ternura:

—¡Amor mío!, ¡bien mío!, ya tienes una habitación suntuosa, ¡más espléndida que la mía...! ¡Cómo te envidiarán los demás pájaros cuando acierten a mirarte! ¡Cómo querrían hallarse en tu lugar...! Vamos, picaruelo, canta, canta... pero todavía no; espera que llame... y uniendo la acción a la palabra, corrió hacia una mampara de cristal, descorrió el portier¹²⁹ de raso azul pálido y gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Serafin, Serafin...!

¹²⁸ Acto de sumisión o reverencia que se hace doblando la rodilla bajándola al suelo.

¹²⁹ Cortina gruesa que se coloca ante las puertas de las habitaciones, en particular aquéllas que dan a los pasillos, escaleras u otros espacios menos privados de una casa.

Se presentó corriendo un niño rubio de cinco años hermoso como un querubín; era su hermano, su pequeño hermano, que bautizado por una hada había recibido el don de entender el lenguaje de los animales. Celeste le acarició y le atrajo hacia la jaula, diciendo al habitante de ella:

—Ya puedes cantar, pajarito mío, ya somos dos los que venimos a escucharte: ¡canta! ¡canta...!

Así diciendo, saltaba la niña sobre sus menudos piececillos calzados de raso y perlas, en tanto que Serafín absorto y silencioso miraba la jaula de oro.

Mas, cosa extraña, a pesar de los mimos y de las locas alegrías de su dueña, el ruiseñor no cantaba. No hacía más que brincotear en los barrotes y meter el piquito por los claros del alambrado, buscando su libertad.

—¡Canta, canta! —repetía la niña—, pero el pajarillo no quería obsequiar sus deseos, y seguía brincando.

—El pajarillo no cantará, hermana mía —dijo Serafín—, porque, aunque la jaula que le guarda es de oro, no deja de ser para él una prisión. Si canta algunas veces, será para lamentarse de su esclavitud y desahogar sus penas.

Al caer la tarde, la garganta del pajarillo se desfloró en tristísimas notas que más parecían sollozos de un corazón agonizante que alegrías del alma.

—¿Qué dice el pajarillo, hermano mío? —preguntó Celeste.

—Dice que le mata el dolor y que preferiría el árbol del desierto a su jaula de oro, y el gusanillo del enebro, al alpiste de palacio.

—¡Tonto! —dijo la primera—, en el campo tendrías que buscar el grano y aquí sólo tiene que estirar el piquillo para encontrarle!

Este diálogo se repetía cada vez que el pájaro cantaba, con gran descontento de su preciosa dueña.

Una melancólica tarde de invierno, la princesa tuvo que asistir con el rey su padre a una recepción que daba la corte. Serafín que, por una ligera indisposición, se había quedado en palacio, oyó cantar al pajarillo, quien con acento dulce y quejumbroso se expresaba de esta manera:

—“¿De qué sirve que mi jaula sea de oro y piedras preciosas si no deja de ser una cárcel donde mi vida se consume como una lámpara de aceite y falta a mis alas el aire para cruzar el espacio?

“¡Oh, mi amada libertad! ¡Todo lo daría por dormir a tu sombra y calentarme a tu sol!”

El niño no pudo resistir a tanto dolor; sus ojos se llenaron de lágrimas y le asaltó la tentación de dar la libertad al cautivo. El pajarito continuó:

—“¡Cuán grato me fuera arrullar en los copados árboles, mecido por el viento; mojar mis plumas y apagar mi sed en el margen del arroyuelo, y buscar el grano en la dulce poma¹³⁰ y el insecto que bulle

¹³⁰ Podría referirse a una especie de manzana pequeña y redonda.

entre la hojarasca o en los pétalos colorados de las flores...!”

Serafin no oyó más, levantó su mano febricitante¹³¹ y descorrió la dorada puerta. El ruiseñor entonces abandonó la jaula y elevándose por los aires se posó en lo alto de un torreón de palacio. Era libre y su canto a la libertad se desbordó en notas divinas que semejaban una cascada de perlas.

—¡Oh! —dijo Serafin—, ¡mi hermana llorará por mi culpa!, ¿qué es lo que he hecho? Pero ya era tarde para arrepentirse.

A la madrugada del día siguiente regresó Celeste del baile y como llegara cansada y con sueño se metió inmediatamente a la cama; mas al levantarse (el sol ya muy alto) fue su primera atención para el pajarillo, a cuya jaula se acercó con un rico bizcocho. Su dolor no tuvo límites al encontrarla vacía, y adivinándolo todo increpó duramente a su hermano que procuraba enjugar sus lágrimas.

En tanto, nuestro pajarillo volaba alegremente ensayando su vuelo en las azoteas, pues no dejaba de sentirse algo torpe; allí estuvo a punto de caer en las garras de un gato que le acechaba bonitamente, como más tarde lo estuvo de servir de presa a un enorme gavián. ¿Pero qué le importaba? ¡La libertad es un tesoro que bien vale la pérdida de la vida por gozarla un instante!

¹³¹ Débil o temblorosa.

Algunos días después en que la nieve caía en abundancia tendiendo un blanco sudario sobre los desolados campos, el animalito sintió que su cuerpecillo temblaba y se estremecía, que sus ojillos se empañaban, sus alas se agarrotaban y faltaba el aire a sus pulmones. Sintiendo que se le escapaba la vida, hizo un esfuerzo supremo y cantó; cantó para despedirse de la vida y de su amada libertad, con una ternura infinita.

No había terminado su doliente ária,¹³² cuando sintió el calor de unas manos que le acariciaban y el fuego de unos besos que le devolvían la vida. Aquellas manos le metieron en un cesto blando, entre telas algodónadas y calientes y le trasportaban más tarde a un aposento recamado de oro y saturado de esencias, templado al calor de una elegante estufa.

Celeste y Serafin se constituyeron sus enfermeros, ¿y cómo no? ¡Ellos le habían recogido mientras cantaba en el jardín de palacio a donde le llevara su destino!

¡En vano apuró la princesa todos los recursos de la ciencia y los que su imaginación le sugiriera para salvarle...! Todo fue inútil; después de unas cuantas horas el infortunado ruiseñor, el rey de la jaula de oro, cerró los ojillos, estiró las patitas y abrió las alas quedando rígido en la algodónada camita.

¹³² Composición musical para una sola voz, común en óperas, caracterizada por su expresión melódica y emotiva.

Celeste lo depositó en una urna de cristal, le cubrió de flores perfumadas y le ciñó una corona de laurel, mientras Serafín con sus reales manos se ocupaba de cavar la sepultura que le serviría de última morada, al pie de un rosal cuajado de flores blancas.

—¡Pobre pajarillo! —exclamaron los párvulos consternados—, ¡si no ha dejado la jaula de oro no se hubiera muerto tan pronto!

—Niños míos —dijo Celia a los pequeños—, la libertad es muy hermosa y muy amada; es un don precioso del cielo, cuyo valor inestimable conocemos cuando se nos priva de ella. Por esto es que los pueblos todos la conservan o conquistan a costa de su sangre. El amor a la libertad tiene una pléyade¹³³ ilustre de mártires, honrados y venerados por la posteridad.

El árbol de la libertad que cobija con su magna sombra a los mexicanos ha costado millares de vidas y ha sido fecundado con sangre de héroes, cuyos nombres son nuestro orgullo y nuestra gloria.

¡Si amáis a vuestra patria, honrad a sus mártires: ¡a los mártires de la libertad!

EL ANILLO

Como todos los días, entró Florilla con su cesto de flores a la casa de la señora Iturbe, quien nunca dejaba de comprarle las más hermosas y frescas para el Oratorio.

—Hoy traigo —dijo la niña bajando su cesto al suelo—, muy bonitos ramos de crisantemas y de jazmines, vea usted, señora.

Ernestina Iturbe, después de escoger algunos ramilletes, dijo a la pequeña vendedora:

—Flora, ¿no te gustaría quitarte de la calle viniendo a servir a mi casa?

—¿Cómo no?, pero dice mi madre que no sé hacer nada.

—Ya te enseñarás no sólo a cumplir con tus obligaciones, sino que si te aplicas y no eres perezosa, te pondré en un colegio y sabrás leer. Di a tu madre que venga a verme.

—Le diré, señora. ¡Oh, qué buena es usted!— dijo la pequeña, echándose a la cabeza el cesto, jubilosa y sonriente.

¹³³ Es un grupo de personas que pertenecen a una misma época.

La señora Iturbe conocía a Flora y a su madre hacía algún tiempo. La niña le vendía flores diariamente y la madre iba a menudo a su casa para desempeñar algún trabajo extraordinario que se le ofreciera. La honradez de la madre y la viveza de la hija hicieron nacer en su alma el deseo de mejorar su posición, educando a Flora en otro medio que le proporcionase un trabajo más lucrativo y decente.

La tarde de ese mismo día se presentó Justina a la señora Iturbe y ambas se convinieron. Flora tendría un pequeño sueldo como recamarera de Elvira, hija única de Ernestina; y cumplido su corto trabajo iría a la escuela más inmediata a instruirse en los ramos que le fueran más útiles para la vida.

La pequeña sirvienta se hizo amar en pocos días de todo el personal de la casa, por su carácter dulce y comedido, su aplicación al trabajo y su respetuosa amabilidad.

Sólo Elvira mostraba ojeriza a su camarera, sólo ella la trataba con altanería y desprecio. Y era la causa de esto, que Ernestina a menudo, al reprenderle su desaplicación, le ponía a Flora por modelo.

Elvira con todo su tiempo disponible para el estudio, buenos profesores y elementos de sobra, no adelantaba nada; en tanto que Flora yendo a la escuela unas cuantas horas del día y no disponiendo de los elementos necesarios, aventajaba rápidamente a sus compañeras en labores y en estudio; y no sólo a sus compañeras, sino a la misma Elvira que sintiéndose humillada la abrumaba con sus inconveniencias y malos tratos.

Una mañana echó Elvira de menos un anillo de brillantes que le había obsequiado su papá en su cumpleaños; hecha una Magdalena, con el rostro bañado en lágrimas, dijo a su mamá:

—Ayer, al lavarme, lo olvidé en el lavabo, y como sólo Flora entra a mi recámara...

—¡Niña descuidada —le dijo duramente Ernestina—, inculpas a Flora, cuando Dios sólo sabe dónde has perdido ese anillo...!

—Es que la he visto entrar, echarse algo en el bolsillo y salir en seguida. Estoy segura que ella se lo ha tomado.

Ernestina no podía dar crédito a las aseveraciones de su hija; no obstante, llamó a Flora, quien pálida y llorosa negó el hecho que se le imputaba.

Pero como lo terrible de aquel cargo la turbaba y hacía temblar, la duda se apoderó del corazón generoso de Ernestina, quien después de varios interrogatorios a que sujetó a la niña sin resultado alguno, hizo venir a Justina y la impuso de lo ocurrido, concluyendo por decirle que se llevara a Flora.

La honrada mujer rechazó de plano la acusación que pesaba sobre su hija.

—Somos muy pobres —dijo a la señora Iturbe—, pero puede usted preguntar a las casas donde entramos, si algo les hemos robado. Esto no es más que una calumnia que nos dejará en la mayor miseria, señora; pero Dios es justo y algún día se sabrá la verdad. Justina y Flora dejaron aquella casa que les había sido tan querida, después de esta dolorosa

escena. Como no había prueba del delito, no se las pudo consignar, o quizá Ernestina tuvo la loable¹³⁴ idea de evitar a la pobre niña semejante vergüenza.

Seis meses habían transcurrido desde estos acontecimientos: el frío diciembre arrojaba su manto de nieves sobre los campos y colgaba sus hilos de escarcha en las tostadas ramas de los desnudos árboles. Cerca, muy cerca ya, la alegre fiesta de Navidad; esa fiesta grandiosa de las leyendas místicas en la cual, hasta los niños más infelices, tiritando de frío, sueñan con los ángeles y sonríen alegremente. La casa de Ernestina era sometida a un aseo general. Año tras año, la señora Iturbe acostumbraba invitar a sus amistades para celebrar las posadas, con todo regocijo y animación.

¡Cuánto movimiento!, ¡qué ir y venir de amos y criados! Se lavaban y maqueaban¹³⁵ los suelos; se sacudían los cielos¹³⁶ y las paredes; se limpiaban los espejos y se vaciaban los roperos; en una palabra, todo era removido, todo sufría la inspección policíaca del ama de casa.

Cuando tocó su turno al ropero de Elvira, ésta sufrió fuertes reprimendas por el desorden en que se hallaba: las medias mezcladas en confusión ho-

rrorosa con los vestidos; los pañuelos con las sábanas; los abanicos con las enaguas y camisones; los juguetes y listones, etcétera, en una mescolanza que no se entendía.

De entre toda aquella amalgama, sacó Ernestina una caja que contenía horquillas, peinetas, fistoles,¹³⁷ perfumes y otras mil baratijas de que Elvira ya ni se daba cuenta. Ernestina vació su contenido en una mesa y, ¡oh sorpresa!, el anillo de brillantes estaba allí!

—Acércate, Elvira —dijo la señora indignada— ¿conoces este anillo?

Elvira cadavérica y temblorosa, sintiendo las punzadas del remordimiento, se soltó llorando por toda contestación.

Su mamá le echó duramente en cara su calumnia; y no sólo esto, sino la divulgación que había hecho del robo, y que había cundido por toda la sociedad, extendiéndose de boca en boca, como una mancha de tinta.

—¡Eres una infame! —añadió—, con tu calumnia has arrojado sobre la hija y la madre la desconfianza y el desprecio; les has robado el bienestar y las has sepultado en la miseria y el abandono. ¡Cuántas lágrimas de esas infelices han caído sobre ti que les has arrebatado la honra, el único patrimonio del pobre...!

¹³⁴ Admirable.

¹³⁵ Barnizaban.

¹³⁶ Tela o lienzo colocado en los techos en el siglo XIX para cubrir vigas y aislar el interior.

¹³⁷ Alfiler que se usa para prenderse flores, listones, entre otras cosas como adorno.

—¡Perdón, mamá, perdón! —clamó Elvira sollozando...— ¡No sé cómo vino a dar aquí este anillo...!

—Te lo diré ya que no lo sabes: te quedaba flojo, metiste la mano en la caja para tomar algo, y...

Elvira cayó de rodillas ofreciendo a Ernestina reparar el mal que había hecho.

—Yo también lo repararé —dijo Ernestina levantando a su hija—, porque he obrado con mucha ligereza y con gran injusticia; debí cerciorarme, registrarlo todo, antes de condenar.

Aquel mismo día, Flora fue repuesta en su empleo y Justina encargada otra vez de la ropa de la casa.

—Ésta es la mejor manera de vindicar vuestra honra ultrajada —les dijo Ernestina— y de desvanecer las dudas que siembra a su paso la calumnia.

La señora Iturbe con motivo de las Posadas contó a todas sus relaciones el hallazgo del anillo. Era preciso, aun a costa de la humillación de su hija, corregir a ésta y reparar el mal causado; lo que consiguió plenamente.

Algún tiempo después murió Justina; y Flora, hija adoptiva de Ernestina, llegó a ser la mejor amiga de Elvira.

LOS POLLUELOS

—Tía, tía —repetían los niños Arturo y Nieve corriendo hacia Leonor, hermosa joven de veinticinco abriles,¹³⁸ como dicen los poetas—, ¡tía, tía, ya nacieron los polluelos, ven a verlos: unos son negros, otros blancos, otros amarillos...!

—Aguardad un poco que ya iré —la joven contestó guardando una ropa que había entregado la planchadora aquella mañana.

Pero como los niños no la dejasen en paz con la bulla que levantaban, brincando y charlando, dejó su ocupación y siguió a los pequeños al gallinero.

Pi, pi, pi, hacían los polluelos saliendo de entre las plumas de la gallina o metiéndose bajo sus alas abrigadoras. Los niños batían palmas, se asían al vestido de Leonor y saltaban sobre sus menudos pies exclamando con alegría infantil:

¹³⁸ Años.

—¡Qué lindos!

—¡Qué bonitos!

—¡Parecen de seda!

—Oye, tía, ¿quieres que tome uno en mis manos? —preguntó Arturo.

—No, cielo mío, porque la gallina es brava y podrá picarte creyendo que vas a hacer daño a su hijuelo. Lo mejor que puedes hacer es pedir a Martina un poco de arroz para que se lo des y te vaya conociendo la gallina.

Nieva, que esto oyó y era más grandecita, echó a correr, llegando la primera a la cocina. Arturo entonces se soltó llorando, y sus lágrimas se redoblaron cuando Nieva, haciéndole visajes¹³⁹ burlescos apareció con el plato del arroz.

Leonor abrazó al niño y consolándole con caricias y besos, dijo a Nieva:

—Te has conducido muy mal haciendo llorar a tu hermanito, y para reparar tu mal proceder vas a darle el arroz.

La pequeña con los ojos llenos de lágrimas alargó el plato a su hermano, quien al ver que aquélla lloraba, le dijo melosamente:

—Entre los dos les daremos de comer, ¿quieres? Ten el plato: un puñado les echas tú y otro yo, hasta que se acabe el arroz.

¡Adiós lágrimas! Los dos niños sonrientes y placenteros dieron de comer a los pollitos; y Leonor complacida del giro que había tomado aquella nube levantada en el cielo azul de los niños, les dijo con voz acariciadora.

—Habéis obrado como buenos hermanos: sed siempre así, porque Dios manda que los hijos de unos mismos padres estén siempre unidos por los lazos del cariño; y siempre consecuentes y tolerantes, se ayuden y consuelen en las vicisitudes de la vida.

¹³⁹ Gestos o muecas.

— Al asistir ayer a la misa de función, he disfrutado la satisfacción de presenciar una bellísima acción, cuya heroína ha sido una niñita de las que me escuchan. Veo con regocijo que la buena simiente de mis enseñanzas no ha caído en tierra dura —dijo la madre Carmen, con acento cariñoso.

Todo el grupo de educandas sonrió con agasajo y se removió en sus asientos, esperando la última palabra del preámbulo que cada cual interpretaba a su manera; y buscando con los ojos a la protagonista que, por ignorar de qué se trataba, no daban con ella.

Sor Carmen, observadora consumada, y más que observadora, curiosa, guardó un rato de silencio, complaciéndose en el interés con que eran esperadas sus palabras. Después continuo:

—Como no lo habréis olvidado, el templo estaba completamente lleno y todas las bancas ocupadas. Una pobre anciana octogenaria avanzaba trabajosamente por entre los fieles, buscando un asiento que no



encontraba. Dirigióse a una banca ocupada por algunas señoras elegantes, las que si se hubieran replegado un poco, habrían hecho lugar a la pobre anciana. Mas al contrario de esto, se extendieron aún más, quizá para no estar en contacto con la pobreza.

La anciana siguió adelante por entre un grupo de hombres que rodeaban el púlpito,¹⁴⁰ y un pobre muchachito viendo que la podían tirar, la tomó de la mano y la ayudó a pasar al crucero, donde la niña de quien hice mención se levantó de la banca, cediéndole su lugar.

—¡Ah!, sí, sí, señorita —dijo Eloísa, otra de las niñas—, esa niña fue Valeria, yo estaba junto de ella.

¹⁴⁰ Estructura elevada, utilizada en las iglesias o templos para que el padre suba y predique la palabra a una congregación.

Valeria sonrosada como una amapola acabada de abrir, inclinó la carita y guardó silencio, mientras los ojos de todas sus compañeras se fijaban en ella como si nunca la hubiesen visto. ¡Tal es el poder de la bondad: sin buscarlas, se atrae todas las miradas!

Encantada la madre con la modestia de la niña que realzaba aún más su caridad con la anciana del templo, le dijo, atrayéndola a sí:

—Perlita mía (porque eres una perla), tu conducta observada con la anciana es digna del mayor elogio; Dios haga que tus compañeras, siguiendo tu ejemplo, sean siempre compasivas con los ancianos, quienes faltos de vigor, achacosos y enfermos, necesitan, como el niño, del apoyo y de la compasión de los demás. ¡Desgraciado de aquel que no se compadezca de la vejez! Cuando su cabeza se ponga blanca con la nieve de los años y su paso trémulo apenas le sostenga, no encontrará quién le tienda una mano, porque Dios lo ha dicho: “Con la vara que midas, serás medido”.

—Madre —dijo Julia, una de las niñas más grandes del grupo—, mamá conoce a esa anciana y me ha contado su historia: es muy triste.

—Puesto que la sabes, hija mía, cuéntala, creo que las niñas tendrán gusto en conocerla. Todas asintieron con alegría, y Julia tomó la palabra de esta manera:

¡SOLA!

Se llama Angustias; y juzgo que su nombre está en armonía con los sufrimientos de su larga vida. Cuando joven no carecía de todo aquello que hace la vida fácil y amable, porque sus padres pertenecían a la clase media acomodada; eran laboriosos y honrados y la amaban, como a su hija única, con toda la ternura de su alma.

A los veinte años tuvo la desgracia de casar con un capitán de artilleros llamado Francisco Illescas, hombre vicioso y de mal carácter que en pocos años derrochó todo el haber de su esposa, huérfana ya.

El mal trato que la desgraciada Angustias recibía aumentó con la muerte de sus padres; y con el mal trato aumentaron también sus penas y desdichas.

Francisco, entregado al desorden, la abandonaba semanas enteras con sus dos pequeños hijos: Cosme y Hermila, a quienes muchas veces no tenía ni con qué alimentar; y los que crecían en aquel hogar triste y miserable, como plantas sin sol.

Contaban los niños, respectivamente, siete y cinco años de edad, cuando una noche fue asesinado su padre en una cantina. El desastroso fin de su marido fue para la pobre mujer un golpe rudo, contra el cual buscó y encontró fuerzas en el santo cariño de sus hijos, para los que trabajaba sin descanso en la costura.

Haría dos años que era viuda, cuando asoló a la ciudad la epidemia de la escarlatina.¹⁴¹ Esta terrible fiebre cebada¹⁴² en los niños de toda edad y condición, llevó el luto y la desolación a todos los hogares; algunos de los cuales, segados y barridos por la enfermedad, vieron desaparecer uno tras otro todos los pequeñuelos que antes crecían bajo su techo, al abrigo del amor paternal.

Angustias, llena de terror, evitaba a sus pequeños todo contacto con el exterior, tomaba todas las precauciones que estaban a su alcance para salvar su pobre casita del contagio. ¡Inútiles esfuerzos!

Una mañana se despertó Cosme con calentura, durante la noche se había quejado algo; pero su madre creyó sus quejas efecto de pesadilla. Mas cuando al amanecer se dio cuenta de que ardía en calentura, un triste presentimiento le oprimió el corazón: su hijo se moría.

¹⁴¹ Enfermedad que produce erupciones, es muy contagiosa y se caracteriza por vastas manchas rojizas en la piel.

¹⁴² Se dice de una enfermedad que se ensaña o golpea con fuerza a un grupo, en este caso, a los niños.

Llevó a Hermila a casa de una vecina para que no se contaminase de la fiebre, y quedó al lado de Cosme, atendiéndole como sólo una madre sabe atender a los pedazos de su alma. No obstante, sus cuidados, el niño murió, y este golpe no vino solo... ¡quince días después expiraba Hermila, y Angustias quedaba sola en el mundo! Fue tan terrible su pesar que cayó enferma y perdió la razón.

Entonces, una señora que siempre le daba trabajo y conocía sus desventuras, la llevó a su casa; y rodeándola de cariñosos cuidados, después de ponerla en manos de un buen médico, consiguió su completo alivio.

La señora Consuelo le había cobrado cariño y no quiso que se le separara; cariño que Angustias correspondió doblemente, y en cierto modo la hacía feliz. Pero Consuelo padecía de una afección cardíaca que la llevó en temprana edad al sepulcro; los herederos dispusieron de sus bienes, y Angustias al traspasar los umbrales de aquella casa bienhechora, exclamó en un arranque de dolor:

—¡Sola otra vez y desvalida, rodaré por la tierra como la hoja desprendida del árbol!

Al concluir Julia su relato, todas las niñas estaban enternecidas, y la Madre Carmen aprovechando aquel momento, les dijo:

—¡Sola! Esta palabra, hijas mías, encierra todo un poema de dolor; ¡sola!, falta de afectos que hagan dulce la vida, negación de ternuras, de amorosos cuidados y desvelos que son el patrimonio san-

to de la familia, porque sólo en su seno se fecundan.

La soledad del alma puede compararse a un desierto donde jamás brota una flor, a una noche negra en cuyo cielo no brilla una estrella.

La ancianidad sola y desvalida es la que más merece que la caridad lleve un rayo de sol a su existencia, ¡una sonrisa que la alegre, una palabra cariñosa que la consuele!

EL POLVO DEL CAMINO

Habíase presentado el galano abril vaciando su canastilla de flores sobre los campos y ofreciéndonos risueño y locuaz el baño ruso con sus calores primaverales; aguardaban a la puerta de los colegios las vacaciones de primavera; pronto los alumnos de ellos iban a desbandarse como parvada de golondrinas, aunque fuera por poco tiempo; unos quedarían en la capital, otros visitarían sus pueblos o haciendas, donde se les esperaba con ansia y regocijo, aquéllos irían a saborear los encantos del hogar acomodado; éstos a participar las penurias y lágrimas del hogar pobre, mientras que los más desheredados de la suerte buscarían trabajo para subvenir a necesidades apremiantes; ¿qué son ocho días?, ¡un soplo!, pero un soplo que, bien empleado, nos puede valer mucho.

El Viernes de Dolores, un grupo de esa gran colmena estudiantil, de esa juventud alegre, traviesa y

decidora que, con los libros bajo el brazo, marcha denodada¹⁴³ al combate de las ciencias, seguía por la ancha carretera que conduce a la Hacienda de la Cañada, propiedad entonces de don Tomás Valencia, quien encabezaba la partida de jóvenes a que nos referimos, y que además de dicho señor se componía de sus dos hijos Octavio y Salvador, su sobrino Gustavo y dos amigos de aquéllos, Alfredo y Federico: total seis. Algunos mozos seguían un poco atrás la alegre cabalgata.

Todos eran jóvenes, casi niños, pues el mayor que era Octavio no cumplía aún los veinte años; les unían además los lazos de esa amistad fraternizadora y expansiva de los colegios que semejante a un perfume nos deleita y embriaga; y la que más tarde transformada en recuerdo dulce, nos sonríe al través de las vicisitudes de la vida y de los años.

Las primeras horas de la mañana les fueron gratísimas; soplaba un vientecillo fresco, y el sol que acababa de levantarse tras las crestas de los montes era tibio y alegre.

El paisaje que la naturaleza presentaba les tornaba alegres y decidores;¹⁴⁴ aquí y allá grupos de árboles corpulentos y achaparrados extendían sus nu-

dosas ramas; el “colorado”,¹⁴⁵ el “tepehuaje”,¹⁴⁶ el “palo dulce”¹⁴⁷ y el “enebro”,¹⁴⁸ cuyas hojas batidas por el viento llevaban a los oídos ese fru, fru tan delicioso de los campos; los pitirrojitos,¹⁴⁹ los grises¹⁵⁰ y los azuleros¹⁵¹ volaban sorprendidos al paso de los viajeros, y chirriaban los zanates¹⁵² de cuello amarillo, levantando una incesante algarabía.

De cuando en cuando cruzaba rápidamente el campo algún conejo o liebre escapados de su madriguera. Todos estos detalles y otros muchos que sería profuso describir excitaban su hilaridad y su alegría. Oíanse sus risas, gritos y charlas en confusa mezcla con el chasquido de la cuarta, el trotar de los caballos y el repiqueteo de las espuelas al aguijonear los hijares de los jamelgos¹⁵³ que montaban.

¹⁴⁵ Árbol mexicano conocido por su follaje rojizo, como el Colorín, con flores rojas y uso ornamental.

¹⁴⁶ Árbol leguminoso mexicano de madera dura y follaje verde, usado en sombra y ornato.

¹⁴⁷ Árbol de hojas finas y flores blancas que da vainas oscuras con una semilla.

¹⁴⁸ Arbusto leñoso que crece en zonas frías y montañosas.

¹⁴⁹ Pájaro pequeño, de pecho rojizo y canto melodioso.

¹⁵⁰ Aves pequeñas de plumaje gris, como gorriónes o calandrias jóvenes.

¹⁵¹ Aves de color azul grisáceo común en México y Centroamérica.

¹⁵² Aves negras muy comunes en México, los de cuello amarillo se distinguen por una mancha dorada en la nuca.

¹⁵³ Caballo flaco y desgarrado.

¹⁴³ Con decisión y entusiasmo.

¹⁴⁴ Que se le da hablar fácilmente y con gracia.

¡Mas las deliciosas horas de la mañana pasaron como todo pasa en la vida! A las once, el sol era abrumador y sus rayos caldeando la llanura, la vestían de un gris verde ceniciento: los pájaros se habían refugiado entre las frondas levantiscas de los árboles, y las plantas y matorrales estaban cubiertos de polvo. Nuestros protagonistas, agobiados por el calor, aflojaron las riendas a las cabalgaduras, y ya al paso se entregaron al solaz¹⁵⁴ de la conversación.

Cada cual sacó a relucir sus hazañas y travesuras y comentó las peripecias de su vida estudiantil, poniendo en juego chistes picantes; a esto, sucedió la crítica de sus profesores y compañeros; no hubo uno de aquellos ausentes que no sacara su rebanada en tal mordacidad: aquel era un tonto con ribetes de pretencioso; éste, un calavera y atronado sólo atendido por el dinero; el otro, un tacaño miserable; el de más allá, un ridículo elevado por la suerte; el de más acá, vengativo y sin educación, etcétera.

Entre tanto, la tierra suelta del camino levantaba al trotar de los caballos un polvo fino y sutil que se les introducía por los ojos, la boca y la nariz, haciendo estornudar a unos y llorar a otros.

—¡Maldito polvo! —exclamó Octavio, no deja a uno ni hablar.

—Y vamos —añadió Salvador—, que para ello no nos falta el humor.

—Mucho menos tratándose de comer prójimo —murmuro Alfredo.

—Y si es profesor, mucho mejor... —dijo Federico que la daba de poeta.

—¡Oh, ese bocado es un manjar de los dioses y ya le saborearemos más tarde!

Don Tomás que iba a la retaguardia y no había perdido palabra de la conversación de los estudiantes, les dijo:

—Torced a la izquierda, a la sombra de aquellos árboles almorzaremos y descansaremos un rato.

Poco después, los caballos pastaban al cuidado de los mozos; y al lado de una buena lumbre don Tomás y los jóvenes almorzaban con gran apetito una gallina en arroz y unos huevos cocidos.

Antes de volver a montar para continuar su marcha tomaron cada uno su pañuelo para sacudir el polvo de que estaban llenos sus vestidos.

—Por más que me sacudo —dijo Salvador—, no puedo desempolvarme.

—Ni yo, ni yo, vocearon algunos otros.

—Ni ninguno, añadió don Tomás. El polvo se introduce en los tejidos y costuras, de donde no se desaloja completamente, sino después de algún tiempo, y cuando ha dejado ya sucia la tela.

Como el polvo del camino que hoy os molesta, es la murmuración, y aún peor, pues de boca en boca levanta una polvareda que mancha y asfixia, cuando no mata la reputación ajena.

¹⁵⁴ Consuelo o placer.

El daño que se hace con la lengua es tanto más odioso cuanto que siempre se hace por la espalda y no de frente. Comprendieron los colegiales la alusión y pusieron freno a la maledicencia.

EL HUERTO AJENO

Era Susana una pobre viuda sin otro patrimonio que sus manos para el trabajo, y un miserable jacal por cuyas junturas se colaba el viento “como Pedro por su casa”. Esta buena mujer tenía un hijo de diez años llamado Marcelino, holgazán y mal inclinado, el cual, en lugar de ayudarle a buscar el pan, la atormentaba con sus vagabunderías, origen de mil disgustos con los vecinos.

El jacal en que vivían colindaba con una huerta de árboles frutales, cuyo dueño llamado León tenía allí mismo su habitación.

León era un hombre de carácter irascible,¹⁵⁵ pendenciero y violento, capaz de cometer cualquier crimen cuando le cegaba la ira. Empero su carácter bilioso y temible tenía un dique salvador capaz de contenerle y aun de volverle a la reflexión: era éste

¹⁵⁵ Adjetivo para describir a una persona propensa a enojarse con facilidad, de temperamento colérico o violento.

el genial dulce de Pascuala, su mujer. Pas, como la llamaba León en sus horas de calma, era prudente, tolerante y enemiga de malquistarse¹⁵⁶ con nadie. Con frecuencia decía al irascible marido:

—Conservemos la paz con nuestros vecinos; en el mundo tenemos necesidad los unos de los otros.

Sin esta excelente mujer hubiera cometido el huertero mil desaciertos que le hubieran costado la libertad y hasta la vida.

Susana amonestaba a su hijo todos los días el respeto a la propiedad contigua, cuyo dueño sería capaz de matarle en la primera fechoría que le hiciera; pero a pesar de esto, el muchacho suspiraba por las peras y manzanas que se balanceaban en lo alto, cerca de la barda.

Una noche, mientras su madre extendía unas tortillas y las cocía en el comal caliente, el muy rapaz se dio maña para apoderarse de la codiciada fruta: escaló la barda sigilosamente y jalando las ramas que estaban a su alcance, cortó lo que pudo hasta llenar los bolsillos, el seno de la camisa y el sombrero. Ocultó el robo a las miradas de Susana y tuvo ración refrescante para tres o cuatro días.

El primer asalto a la huerta estaba dado: los otros le serían más fáciles. Marcelino continuó robando los frutos con buen éxito y sin que su madre lo maliciara.

Al cabo de algunos días encontró León ramas quebradas y flores y frutos tiernos tirados bajo un manzano; y dirigiéndose a su mujer le dijo.

—¿Ves todo esto, Pas!

—Sí que lo veo... Anoche ha de haber soplado viento fuerte...

—¡Qué viento ni qué “ojo de hacha”!¹⁵⁷ ¡Ladrones tenemos que poner en cintura...!

—Esto, León, es hecho por ardillas o ratas, no te canses... —dijo la buena mujer, queriendo calmar a su marido.

—¡Ardillas o ratas! —exclamó León apretando los puños—. Esos animales mordisquean la fruta y la dejan caer a medio comer... Aquí no hay nada de eso —dijo levantando algunos frutos verdes intactos—, ¡por Cristo!, ¡o mato al ratero, haciéndole pagar caro las peras que se ha comido, o dejo de llamarme León!

Esa noche, armado de un grueso palo, se puso León en asecho del asaltante, a la sombra de unos arbolillos; y Pascuala, como la buena sombra, se colocó, sin advertírselo, inmediata a él.

La noche era oscura: el huerto no recibía más luz que la que difundía un empañado farolillo sujeto a un clavo, en el corredor de la pequeña habitación de los esposos. Reinaba un silencio profundo, interrumpido, de cuando en cuando, por el graznido de

¹⁵⁶ Indisponerse o enemistarse.

¹⁵⁷ Expresión coloquial que se usa para negar rotundamente algo, con un tono de incredulidad o rechazo.

alguna lechuza o la caída de alguna hoja seca. Nada denunciaba que los dueños de la huerta estuviesen todavía levantados.

A las nueve y media, la cabeza de Marcelino asomó por la barda, echó en torno suyo una mirada escudriñadora, y satisfecho saltó arriba: se descolgó al peral, que se balanceó al peso de su cuerpo, estiró el brazo y... ¡zas!

León, con una risita que a haberla visto hubiese helado la sangre en las venas de Marcelino, se acercó de puntillas, y al estirar aquel el brazo para coger las ricas peras, le asestó tan terrible golpe, que el muchacho dando un grito vino al suelo, donde por poco se estrella la cabeza.

Ya se disponía el terrible León a varearlo como si fuese lana, cuando Pascuala intervino cubriendo al pilluelo con su cuerpo y diciendo a su marido:

—Déjalo, con ese garrotazo que le diste tiene para no volver más a la huerta, ¡pobre muchacho!

—¡Maldita mujer!, siempre te has de meter en mis asuntos —exclamó aquel furioso.

—Mejor es que yo lo haga y no la justicia —replicó ella, con una calma inalterable.

—¿Pero no ves que es un ladrón?

—¿Ladrón yo? —gimoteo Marcelino, que todo magullado y maltrecho se había parado—, ¿ladrón por unas peras?...

—Para el caso lo mismo es pera que vaca, vociferó el huertero. Largo de aquí y agradece a mi mujer que no te aplané las costillas

Marcelino ocultó a su madre la malhadada¹⁵⁸ aventura, y se prometió no volver a asaltar el huerto ajeno.

¹⁵⁸ Desafortunada, marcada por la mala suerte o un destino negativo.

Hubo una vez en una ciudad europea un rico judío llamado David, joyero de profesión. Era tan inteligente en la materia que de lejos tierras le consultaban sobre el valor y pureza de las piedras finas, engarces,¹⁵⁹ filigranas¹⁶⁰ de joyas, etcétera. Este famoso judío tenía dos hijas gemelas de doce a trece años de edad llamadas Estrella y Flor de Nieve. ¡Cosa rara en los gemelos!, las niñas no se parecían. Las dos eran bellísimas: tenía la primera tez de alabastro,¹⁶¹ pelo y ojos negros como la noche; la segunda, ojos de un azul profundo, pelo dorado y mejillas sonrosadas. Y así como sus rostros no podían confundirse, sus caracteres también diferían notablemente. Estrella era

¹⁵⁹ Técnica para fijar piedras preciosas o gemas en una joya, asegurándolas mediante pequeños soportes o un marco metálico.

¹⁶⁰ Trabajo delicado y ornamental realizado con hilos finos de oro o plata, formando dibujos entrelazados de la joya.

¹⁶¹ Expresión para describir una piel blanca, suave y translúcida, semejante al alabastro, una piedra fina y luminosa.



altiva hasta el orgullo; Flor de Nieve, dulce y modesta. En el Colegio nadie se sobreponía a la primera, quien, justo es decirlo, además de su carácter y hermosura, su clara inteligencia le ayudaba a conservar su primacía sobre todas sus compañeras. La segunda, por el contrario, aunque tan inteligente como su hermana, gustaba en ser la última en todo, debido a la convicción íntima de su poco valer, cualidad inestimable que la realzaba y le abría las puertas de un cariño sincero a los ojos de sus maestros y condiscípulas.

Un día festivo, por la tarde, las hijas del joyero salieron al campo, acompañadas de su aya¹⁶² Céfora;

¹⁶² Persona que se encarga del cuidado y educación de los niños en casa, especialmente en familias acomodadas.

detuviéronse en un bosquecillo de almendros y sicomoros,¹⁶³ a cuyo pie serpeaba un arroyo cristalino, cuyas claras linfas¹⁶⁴ lamían apaciblemente las gramas¹⁶⁵ y musgos de la orilla. Sentose el aya al borde del arroyo, mientras las niñas echando a correr por el bosque llegaron a una gruta formada por espesas lianas y flores trepadoras. Admiraban tan hermoso sitio, cuando saliendo de la gruta se les presentó una hermosísima señora. Vestía ésta una amplia túnica de tela indefinible por la riqueza de su tejido, abrochada con una estrella de brillantes sobre el hombro izquierdo y dejando desnudos los ebúrneos¹⁶⁶ brazos; su menudo pie calzaba sandalias de oro, y en su frente ancha y despejada brillaba una diadema de piedras preciosas. Jugaba su mano izquierda con una varita de plata, símbolo de su poder, pues aquella linda señora era Nerea,¹⁶⁷ el hada benéfica de todos aquellos contornos.

¹⁶³ Tipo de higuera cuyas frutas son similares a los higos comunes, pero con algunas diferencias en tamaño y textura.

¹⁶⁴ Figura poética que evoca el agua clara y pura.

¹⁶⁵ Nombre común de ciertas hierbas o pastos finos que crecen en praderas y riberas.

¹⁶⁶ Expresión poética que enfatiza la blancura, delicadeza y pureza de los brazos, comparándolos con el marfil.

¹⁶⁷ Nombre que remite a la ninfa marina de la mitología griega, asociada con la bondad y la protección.

Las pequeñas, temerosas de haber llegado hasta allí, iban a retroceder, más ella adelantándose les dijo con mucha amabilidad:

—Sabía que vendríais, y he salido a encontraros.

—Sois muy bondadosa, hermosa señora —dijo galantemente Flor de Nieve.

—¿Acaso nos necesitáis? —preguntó Estrella con altanería.

Pero Nerea pareció no oír tal pregunta, y acariciando la blonda¹⁶⁸ cabeza de Flor de Nieve dijo:

—Soy el hada Nerea, habito estos bosques y tengo gusto por la belleza; pero sabed, lindas niñas, que nunca dejo de premiar la virtud donde la encuentro y de castigar la maldad donde se levanta.

Y tomando en seguida, de una amplia bolsa azul celeste casi perdida entre los pliegues de la túnica, dos preciosos estuches, los entregó a las niñas diciéndoles:

—Vuestro padre que es un joyero de gran fama os mostrará su contenido.

Nerea desapareció a la vista de las aturdidas gemelas que, acosadas por la curiosidad, no tardaron en presentarse a su padre. Contáronle su extraño encuentro con el hada y le entregaron los estuches. David abrió primero el que pertenecía a Estrella, y mostrándole una gran perla, le dijo:

—He aquí una bonita perla, imitación de la verdadera, que, aunque bien trabajada carece de valor.

—Estrella enrojeció de cólera ante aquel presente, pero guardó silencio en espera del resultado del estuche de su hermana, el cual abierto dejó maravillado al joyero.

—¡Qué hermosa perla! —exclamó—, ¡qué grande!, ¡qué rica! ¡Ésta sí es un verdadero tesoro!

Ante estas exclamaciones, lágrimas arrancadas por la humillación llenaron los ojos de Estrella. El hada se ha burlado de mí —pensaba—, ¡qué vergüenza cuando mis amigas lo sepan...!

Flor de Nieve, enjugando los ojos de su hermana, le dijo cariñosamente:

—No llores, hermanita mía, no llores; cambiaremos estuches; tú tendrás la verdadera perla y yo me quedaré con la falsa.

—Pero... —balbuceó Estrella.

—Te la cedo de muy buena voluntad; lo mismo me da conservar una que otra, porque lo que de ella aprecio no es el valor, sino el agasajo, el cariño que ella me recuerda.

David asombrado con el desprendimiento de su hija Flor, dijo a Estrella:

—Ya que tu hermana es tan generosa, acepta, hija mía, lo que te propone.

Estrella entonces alargó la mano, tomó el estuche ofrecido, le cerró con su llave de oro y le metió en una caja de cristal asegurada con otra llave. Guardó esta caja en un ropero, quedando así su te-

¹⁶⁸ Alusión al cabello rubio o claro.

soro resguardado por tres llaves. Pero a la mañana siguiente, Estrella, que había soñado con la hermosa perla, abrió el estuche para complacerse con ella y... ¡oh, sorpresa!, ¡la perla de mar había desaparecido cediendo su lugar a la falsa! Creyendo entonces que el cambio fuese una jugarreta que le hacía su hermana, llevó la queja a su padre, quien tomando de entre sus joyas una perla muy fina engarzada en oro, le dijo:

—Toma esta perla que vale tanto como la de tu hermana y dame esa otra para venderla.

Esta vez, la joya fue guardada bajo candados de seguridad, pero a la mañana siguiente Estrella vio con ira que la perla había sido nuevamente cambiada. David, al saberlo, la puso en una caja de seguridad y dijo a su hija:

—Duerme tranquila; por esta vez nada podrán tus enemigos.

Al día siguiente, no sólo la perla había desaparecido de la caja sino también el estuche. Desconsolada Estrella se abrazó a Flor de Nieve diciéndole con acento de reproche:

—Hermana mía, ¿qué he hecho a Nerea para merecer tan grande humillación?

En este momento, como brotada de la tierra, surgió a la vista de las niñas el hada portentosa y dirigiéndose a Estrella, le dijo:

—Un día, en mi agreste¹⁶⁹ morada he premiado en Flor de Nieve la modestia, la amabilidad y la complacencia, con una perla de inestimable valor; y he castigado en ti la altanería y el tonto orgullo de que estás llena, con una perla falsa. Sírverte para lo futuro tan dura lección y conquistarás otras perlas mucho mejores; la estimación y el aprecio. Aprende a conocer por ti misma, que de nada sirve la hermosura del rostro si se carece de la belleza del alma

Dicho esto, Nerea desapareció dejando tras sí un perfume de violetas que envolvió entre sus ondas al grupo encantador que formaban las dos hijas del judío David: la una llorosa como mañanita de verano, la otra sonriente y dulce como alborada de primavera.

¹⁶⁹ Rural o campestre.

— ¡Lidia, Lidia!, ¡ese alfiler...! Ya te he dicho mil veces que no te lo pongas en la boca porque es peligroso. Entiende, niña; puede irse para dentro y causarte la muerte. Esto decía Rosaura a su pequeña Lidia todos los días, sin conseguir que la obedeciese y se despojase de aquel mal hábito que había adquirido para desgracia suya.

Siempre que de los labios de su madre salía tan prudente advertencia, la monina¹⁷⁰ hacía un gracioso mohín y quitándose de la boquita coralina el alfiler o la aguja, echaba a correr como loca cervatilla, haciendo mil visajes¹⁷¹ y volviendo de cuando en cuando hacia atrás la angelical carita sonrosada como el oriente de una mañana de octubre; pero apenas se encontraba a la mano tal adminículo,¹⁷² ya tirado o

¹⁷⁰ Término que se refiere a una niña, en un contexto cariñoso.

¹⁷¹ Gesto expresivo del rostro, puede ser natural o exagerado.

¹⁷² Objeto que sirve de ayuda en caso de necesidad.

prendido en las batas y cojines del costurero o del tocador, cuando olvidando las amonestaciones de Rosaura, llevaba de nuevo el alfiler a los labios. Entonces las pequeñas que jugaban con ella le decían:

—¡Lidia, Lidia!, obedece a tu mamá que tanto te aconseja no ponerte los alfileres en la boca; Dios castiga la desobediencia.

—¿Qué me ha de suceder?, tantas veces que me los he puesto y estoy viva. Mamá se asusta de todo por lo mucho que me quiere, pero...

—Por lo mismo que te quiere mucho debes obedecerla —dijo la niña Acacia, quien era obediente y dócil como la cera.

Un día la coquetuela Lidia ataba un ramito de violetas para prendérselo al pecho, y mientras esto hacía tenía en la boca el alfiler con que debía sujetárselo. De repente un fuerte hipo que la vino la hizo dar un grito ocasionado por una punzada interior; ¡se había tragado el alfiler!

Rosaura medio loca de dolor, hizo venir los mejores facultativos de la ciudad para que extrajesen el alfiler que atravesado en la garganta no la dejaba respirar y le producía espasmos dolorosísimos. ¡Todo fue inútil! La pequeña no pudo resistir la terrible operación: su carita se tornó violácea, sus labios se pusieron blancos y cerrando sus azules ojos expiró en medio de convulsiones horrorosas.

Tendiéndola en su camita cuajada de flores, y al ver su triste suerte, todos lloraban: las auras y los arroyuelos gemían; las palomas exhalaban sus tristes

quejas; las rosas inclinábanse al suelo doblando el tallo. ¡Lidia ha muerto!, cantaban en los corredores las golondrinas y los gorrones; ¡Lidia ha muerto!, suspiraban las brisas y los céfiros;¹⁷³ ¡Lidia ha muerto!, rumoraban las hojas otoñales barridas por el viento; y ¡Lidia ha muerto!, repetían todos los ecos en fúnebre concierto...

Y ella tendida en su camita blanca, con una colcha de flores que la envolvía de la cabeza a los pies, parecía decir a sus amiguitas que lloraban:

—¡Miráos en este espejo: he sido una niña desobediente y por eso me veo tendida en este lecho de muerte!

¹⁷³ Viento suave y apacible.

Eran los dos niños muy buenos amigos, como lo eran los padres de ambos: las dos familias de nuestros protagonistas. Bernardo y Ramón vivían en una hacienda de caña de la cual era administrador el padre del primero, y contador el del segundo. Educábanse bajo la dirección de un mismo profesor, y esto, unido a la comunidad de la vida cuando se está bajo el mismo techo y en la soledad del campo, donde no hay más distracciones que las que ofrece la naturaleza, donde el espíritu no se espansa¹⁷⁴ más allá de la familia, daba lugar a que estuviesen siempre unidos, siempre juntos. Los dos tenían ante sí el modelo de las buenas costumbres en sus padres y recibían de ellos esmerada educación. ¡Qué de esperanzas halagadoras!, ¡qué de ilusiones doradas y risueñas aleteaban en el corazón de aquéllos para lo porvenir, viéndoles cre-

¹⁷⁴ Forma arcaica del verbo *expandirse*, significa “extenderse” o “dispersarse”.

cer rectos y dóciles como dos arbolillos en tierra sana y fértil! ¿Tendrían que ser desgraciados? ¡No, nunca!, ¡quién había de pensar en semejante cosa...!

Una tarde, ya bajo el sol, los dos jovencitos se dirigieron a la gran huerta de la hacienda; los naranjos y en flor esparcían su delicado aroma; lucían los cafetos sus frutos nacarinos y las rosas parecían languidecer a luz de un sol muriente; giraban las mariposas en torno de los cálices abiertos, tendiendo las abanicadas y frágiles alas pintadas de mil colores, en tanto que los gorrones y las golondrinas mezclaban su aturdidora algarabía al canto de los zenzontles, mulatos y huitlacoques.¹⁷⁵ Por las callejuelas de la huerta corrían los niños alegremente con las caritas encendidas, charlando y riendo a veces, a veces brincando. Ocurrióseles jugar al ladrón y al policía; Ramón tomó el primer papel y Bernardo el segundo. Se acordó éste de que en la asistencia de su papá había una pistola vieja toda oxidada, ya arrinconada como objeto inútil. Fue por ella y empuñándola hizo puntería en su amigo, jugó el gatillo, se oyó una detonación y la caída de un cuerpo...

Al oír la detonación del arma, los infortunados padres de los niños se presentaron en el lugar del acontecimiento, seguidos de los criados y demás empleados de la casa. ¡Triste espectáculo! ¡Ramón sin

¹⁷⁵ Ave conocidas también como *cuitlacoques*, similares a los zenzontles.

vida yacía en un charco de sangre, la bala traidora le había atravesado el corazón! Isaura, su buena madre, e Isabel, madre de Bernardo, se abrazaron al cadáver medio locas de dolor; en tanto que el homicida se abrazaba llorando y pidiendo perdón a las rodillas de los angustiados padres.

¡Escena tan desgarradora no puede ser descrita...!

¡De allí en adelante, Bernardo fue el niño más desgraciado! Su conciencia le reprochaba a todas horas el crimen cometido y hacía sonar a sus oídos estas terribles palabras: Caín, Caín, ¿qué has hecho de tu amigo, de tu hermano?

Su sueño lacerado de visiones le negaba el reposo, y las sombras de dolor que oscurecían el semblante de sus pobres padres le causaban tormento. Así, agobiado con el pesado yugo de sus remordimientos, perdió la salud; su vida fue extinguiéndose como una lámpara sin aceite; hasta que la parca compadecida de su infortunio puso fin al Vía Crucis de su dolorosa vida. Y sin embargo, en aquel homicidio no había tomado parte la voluntad: había sido sólo un accidente causado por la irreflexión del niño y el descuido lamentable de su padre.

Pero Dios ha dicho al hombre en el Código divino del Decálogo¹⁷⁶: “No matarás”; y el que falta a esta ley sagrada, tarde o temprano será castigado severamente.

¹⁷⁶ Conjunto de los diez mandamientos bíblicos.

— ¡Graciela, Graciela, levántate que el sol está muy alto! —decía Angelina a su perezosa hija, una mañana del mes de julio—, pero la niña, sin hacer caso, iba de un lado a otro en su catre, tendida a la bartola¹⁷⁷ como si fuese la media noche. Angelina, en sus afanes de ama de casa, iba y venía, y en sus vueltas y revueltas continuaba amonestando a su hija para que dejara la cama, lo que al fin hizo la remolona con gran pesar suyo.

Esta perniciosa costumbre de levantarse tarde era ya un hábito en Graciela, y con tal hábito iba perdiendo poco a poco los colores de sus mejillas que se tornaban amarillentas. Toda desaseada, ojeyosa y lánguida, sentábase a la mesa en espera del desayuno; después de lo cual, sus miembros laxos repugnaban todo trabajo; el estudio no era para ella; la aguja, la pinchaba los dedos; la escoba, le lastima-

¹⁷⁷ Estar tumbado o sin hacer nada, despreocupándose.

ba las manos; ¿para qué trabajar si había criadas que lo hicieran?, ni para que estudiar si no había de ser letrada...? El día a que aludimos, la perezosilla llegó al colegio bastante tarde.

—Has perdido dos clases —le dijo Aurora, su maestra—, si continuas así nunca dejarás de ser una ignorante.

—Es que el desayuno no está temprano —dijo toda confusa la niña.

—Es que la pereza te ata a la cama —dijo la profesora, bajando con sus niñas al jardín, donde iba a darles una clase de botánica.

Detúvose Aurora al pie de una aralia¹⁷⁸ fresca y lozana, llamando la atención de sus alumnas sobre la belleza y partes de la planta.

—¿Qué animal más feo! —exclamó Graciela señalando con el dedo una crisálida¹⁷⁹ que colgaba de una rama, un tanto desnuda de hojas.

—Eso es una crisálida —la dijo Gloria, una de las niñas que estaban a su lado—, muy pronto, cuando volvamos al jardín, quizá nos toque ver salir de ese asqueroso cucurucho¹⁸⁰ una elegante y bella mariposa. Aurora que observara el diálogo de ambas niñas, volviöse hacia ellas y les dijo:

—¡Mirad!, por la rama de más abajo se arrastra una oruga igual a la que se ha encerrado en ese cucurucho, ¿la veis?

—¡Sí, sí! —exclamaron las niñas en coro—, es muy fea, señorita.

—Es fea mientras no se transforma; pero una vez que se ha metamorfoseado en mariposa, ¿qué cosa más linda que ella? ¿Si las flores fueran susceptibles de envidia, envidiarían la preciosa filigrana¹⁸¹ de sus alitas, los ricos matices que la visten, el impalpable polvillo en que refleja el sol sus dorados rayos! Tomad lección, niñas mías, en este precioso insecto que despierta con la alborada:¹⁸² de animal despreciable, feo y repugnante que era, se torna en gala de los jardines y de los campos. Así vosotras, ignorantes e inútiles, si os hacéis crisálidas de la ciencia, si aprovecháis sus enseñanzas, llegaréis a ser galanas mariposas en los jardines de la sociedad, y luciréis las filigranas del talento, únicas que nos acompañan toda la vida.

La lección, aunque en plural, iba dirigida a Graciela, quien, dócil y avergonzada por haber empleado tan mal el tiempo, se propuso aprovecharla. Y es fama, que ya más grande, decía a sus hijitas:

¹⁷⁸ Planta con flores pequeñas y blancas con frutos negruzcos.

¹⁷⁹ Envoltura que protege al insecto durante la metamorfosis.

¹⁸⁰ Objeto cónico, como un capullo o envoltura.

¹⁸¹ Trabajo muy fino y delicado; en el texto, describe la textura y belleza detallada de las alas de la mariposa.

¹⁸² Amanecer, en el texto, momento en que el insecto despierta y comienza su transformación.

—No hagáis daño a las crisálidas porque de ellas salen las mariposas; de la misma manera que dentro de las asperezas del estudio sale la mujer que honra a su patria y es el dije preciado de la sociedad.

EL VESTIDO NUEVO

Por la calle de Mesones, en nuestra hermosa capital, vivía hasta hace poco tiempo una familia de la clase media. Esa familia se componía de don Guillermo Bello, excelente señor empleado en una compañía minera; la señora su esposa Carolina Cuesta y dos hijas, Berta y Rosario, de quince y catorce años, respectivamente. Don Guillermo no contaba más que con su sueldo de cien pesos para subvenir al sostén de ella, y aunque aquella suma era relativamente corta bastaba a cubrir lo necesario, gracias a la buena distribución de la esposa.

Carolina era una de esas mujeres que saben sujetar sus gastos a lo que tienen, procurando economizar algo para las necesidades apremiantes o gastos extraordinarios que en una casa nunca faltan. Esta previsión de ella fue la que en muchas circunstancias sacó adelante al esposo de serios compromisos.

El día en que las niñas dejaron el colegio, e instruidas en lo más esencial para la mujer que no sigue una carrera profesional, Carolina quiso dedicarlas a

la vida práctica del hogar. Así fue que un sábado llamándolas a su presencia, les dijo:

—Hijas, desde mañana, vais a haceros cargo de la cocina y de la recámara: tú, Berta, como mayor, vas a estar de cocina durante esta semana; y tú, Rosario, desempeñando la recámara. Os turnaréis semanalmente, en el servicio de ambos puestos. La que esté de cocina llevará el gasto, y será dueña de las economías que sin perjuicio de lo acostumbrado en casa hiciere.

Justo es decir que las dos jóvenes fueron laboriosas y desempeñaron siempre a conciencia sus deberes, pero Carolina notó desde luego que entre sus dos hijas había una enorme diferencia respecto a la distribución de fondos, orden y vigilancia. Berta era la perfecta ama de casa: cuidadosa y ordenada, procuraba no desperdiciar hoy lo que podía servir mañana; no fiaba a los criados las llaves de la despensa, cubría con precisión los gastos, llevaba cuenta exacta a la lavandera y planchadora, se imponía de las compras de la cocinera con minucioso celo, y al fin de semana tenía como resultado de su buena dirección alguna pequeña economía para sus necesidades particulares.

Rosario, por el contrario, nada económica, descuidada y aturdida, se olvidaba de tomar cuentas a la criada y de guardar las llaves. Compraba hoy sin necesidad lo que había comprado ayer; descuidaba la buena conservación de las existencias sobrantes, etcétera, y al fin de semana, si algo le quedaba, eran deudas que cubrir en su próxima semana de gasto.

Entretanto, llegó el mes de junio; y con el mes de junio la alborozada fiesta del “Corpus”; esa fiesta cristiana y santa en que la fe nos dice que Cristo bendice los campos para que produzcan más ricas y abundantes mieses,¹⁸³ y en la que el cristianismo hace derroche de lujo en sus templos.

Berta, dos semanas antes, se acercó a Carolina pidiéndole permiso para salir a comprar un vestido nuevo para estrenar aquel día.

—Puedes ir —le dijo su buena madre, y te aseguro que el estreno de ese vestido te va a servir de gran satisfacción por venir del producto de tus economías. Y volviéndose a Rosario la preguntó:

—Y tú, ¿no me pides licencia? Rompe también tu alcancía...

—No la tengo, mamá —contestó Rosario poniéndose encarnada como una guinda¹⁸⁴ y conteniendo las lágrimas que asomaban a sus ojos.

—Ya me lo figuraba, hija mía, porque he estado palpando en ti, por desgracia, el modelo del ama de casa descuidada y sin orden alguno. Sírvete de lección la pena que te causará presentarte en el templo y en el paseo con un vestido viejo, cuando todas tus amigas llevan vestido nuevo. Ten presente que la mujer, en cuyas manos está puesto el gobierno y dirección del hogar, tiene como una de sus grandes

¹⁸³ Cosechas de granos, cereales o espiga.

¹⁸⁴ Cereza.

responsabilidades no sólo la justa distribución del capital, sino también su aumento o conservación por medio del buen orden y de una razonable economía.

El Jueves de Corpus, quince días después, Berta asistió a la solemne procesión de catedral con un vestido nuevo sencillo y elegante, en tanto que Rosario, no queriendo ser menos, se encerró en su casa, haciéndose propósitos de ser en lo de adelante más cuidadosa y económica.

LOS DIAMANTES

En un pueblo pequeño, cuyo nombre he olvidado, hubo una vez tres hermanos de familia humilde, llamados respectivamente al orden de su nacimiento: Martín, Claudio y Fortunato; los cuales, al quedar huérfanos y sin patrimonio alguno, determinaron dirigirse a México en busca de mejor suerte. A este fin se provieron de un bote para el agua, un costalillo y un cayado o palo grueso para apoyarse y defenderse de algún ataque imprevisto, si se presentaba el caso, lo que bien podría suceder. Un día, cuando aún brillaban en la bóveda azul algunos luceros, gozosos y llenos de esperanzas, tomaron el camino que debía conducirles a la ciudad.

Al atardecer de ese día, cuando el sol despedía sus últimos rayos en las abruptas montañas y los pajarillos cantaban melancólicamente en torno de sus nidos, viéronse detenidos por tres caminos; es decir, el que seguían se les presentaba en aquel punto dividido; los tres eran anchos y trillados igualmente por



el paso del hombre y tránsito de animales. ¿Qué hacer? ¿Cuál de aquellos tres caminos seguir? Perplejos quedaron, y con razón, puesto que a tal hora no había por todo aquello alma viviente que les indicase cuál de ellos debían tomar.

Martín, el hermano mayor, propuso buscar un sitio donde pasar la noche y esperar el nuevo día para resolver lo que debía hacerse.

Hiciéronlo así, y bien pronto quedaron dormidos al pie de unos altos ahuehuetes. Estaban en lo profundo de su sueño cuando se les presentó un hombrecillo de cabeza cana y paso tardo, el cual sonriendo dulcemente les dijo:

—Soy el genio protector de estos sitios, donde ningún mortal deja de ser probado en la virtud y recompensado por ella. De los tres caminos que habéis visto, tomaréis cada uno de vosotros, uno: los tres conducen a la ciudad. Ahora bien, en vuestros costalillos encontraréis una pequeña caja de nogal, cuyo contenido podéis ver una sola vez, pues sólo volveréis a abrirlas a la puerta de la catedral, cuando estéis reunidos y donde el primero de vosotros que llegue esperará a los otros dos.

Dicho lo anterior, desapareció el misterioso hombrecillo, y nuestros caminantes, volviendo de su pesado sueño, se encontraron poseedores de una pequeña caja que se apresuraron a abrir. Martín se encontró un rico diamante de aguas; Claudio, un diamante negro de gran precio; y Fortunato, ¡oh decepción!, su caja no contenía más que un feo guijarro del río. Los primeros no se cansaban de ver las mil luces de sus diamantes, y soñando venderlos a un alto precio se burlaban de Fortunato, el cual, impasible y contento, guardó la caja, diciendo:

—De algo ha de servirme.

Después de esta escena, al presentarse el nuevo día tomaron cada cual su camino, despidiéndose antes.

Martín, que seguía el primero, después de andar toda la mañana al rayo del sol, se sintió tan cansado que se tendió a orillas del camino, a la fresca sombra de unos encinos. De pronto, cuando sus ojos iban a cerrarse, vio venir por el sendero opuesto un pobre

viejo demacrado y débil apoyándose en un palo nudoso. Como el camino era barroso y estaba húmedo, adelantábase con dificultad resbalando a cada paso que daba. Con gran trabajo acercábase ya al punto donde Martín se hallaba, cuando cayó al suelo quedando tirado cuan largo era. El joven, viendo levantarse al viejo todo enlodado y maltrecho, no pudo contener una carcajada, exclamando después:

—¡Vaya un viejo tonto! ¿No sería mejor que se estuviese en su casa? ¡Bien merecido tiene el porrazo que se ha llevado!

El viejo le dirigió una mirada de reproche y continuó andando hasta desaparecer en un recodo, en tanto que Martín, cediendo al sueño, se durmió.

Claudio, a quien tocara el camino de en medio, se encontró la tarde del segundo día en un pueblecito de indios. Al cruzar una callejuela de casuchas pobres y separadas entre sí por bardas de adobe y cercados de piedra, detuvo el paso casi atropellado por una turba de muchachos que corría tras una pobre anciana, tirándole pequeñas piedras y llamándola “vieja hechicera”, “bruja”, etcétera. Claudio entusiasmado con la barahúnda¹⁸⁵ levantada por la bola de muchachos, se les unió coreando los insultos. Corrió tras la anciana y azuzando¹⁸⁶ a unos perros que iban cerca, se los echó encima, causando la hilaridad

¹⁸⁵ Confusión ruidosa y desordenada.

¹⁸⁶ Incitando.

de toda aquella turba de pilluelos. Por fortuna, una puerta abierta dio paso a la infeliz, salvándola de sus perseguidores, y Claudio muy satisfecho de su hazaña continuó su camino.

Fortunato, después de haber caminado sin incidente alguno el primer día y parte del segundo, llegó a orillas de un río que corría rumoroso sobre un lecho pedregoso, formando sus aguas al saltar, cascadas en miniatura que encantaban la vista. Sus márgenes floridas, bordadas de sauces y madroños, le invitaron a sentarse un rato, lo que hizo empleando para ello la raíz de un tronco añoso. No hacía gran rato que descansaba y se deleitaba con la belleza de aquel sitio, cuando se le acercó un anciano encorvado y tembloroso.

—Buen joven —le dijo—, al otro lado del río tengo una hija enferma, ¿no podríais prestarme vuestra ayuda para pasarle?

Levantóse el joven y por toda respuesta se puso en cuclillas, diciendo al viejo:

—Tomaos fuerte de mi cuello y no temáis, buen viejo. Y al decir esto empuñó el bastón y atravesó el río, llegando felizmente a la orilla opuesta, donde para tomar el camino plano había que ascender una corta subida del terreno, por lo que tomando al anciano de un brazo, le prestó su apoyo hasta ponerlo en el camino plano.

—Buen joven —le dijo el anciano al despedirse—, lo que habéis hecho con un pobre viejo decrepito y enfermo no quedará sin recompensa.

Un día después, a la caída de la tarde, llegó Fortunato a las puertas de la catedral, donde hacía algunas horas le aguardaban impacientes sus hermanos.

—Seguramente te has ocupado en charlar y dormir por el camino —le dijeron al verle.

—He hecho otra cosa mejor: he pasado a un anciano del río y le he puesto en el camino de su casa, evitándole con mi ayuda ahogarse en el río o rodar en el mal terreno.

Soltaron sus hermanos una sonora carcajada, diciendo:

—¡Ya íbamos a ocuparnos de eso!

Pasada la burlesca explosión, tomó Martín la misteriosa cajita, y dirigiéndose a sus hermanos, les dijo:

—Vamos a terminar el negocio de los diamantes, después de lo cual seremos ricos.

Aunque con algún recelo, pues mientras más cerca estamos de la dicha más tememos que se nos escape, abrió la caja, y ésta, ¡oh desesperación!, no con tenía más que un guijarro, a cuya vista con ira mal comprimida, exclamó.

—¡El miserable...!, ¡se ha burlado de mí...!

Claudio temblando, y con la palidez de un cadáver, hizo a su vez saltar la tapa de la suya, que no contenía más que un pedazo de carbón. Y apretando los puños, juró vengarse.

Fortunato, impasible como quien nada espera ni teme, abrió la suya; ¡oh sorpresa!, en el fondo de ella brillaba un hermoso y rico diamante, dig-

no de figurar por su tamaño y pureza en la corona de un rey.

El misterioso viejo de los tres caminos surgió de nuevo a la vista de los azorados hermanos, y les dijo:

—A cada cual según sus obras: quien siembra maldad, recogerá lágrimas; quien siembra bien, cosechará sonrisas. Vosotros dos me habéis maltratado y os habéis burlado de mis miserias, cosas que más tarde tendréis que pagar y ahora castigo con la pérdida de un tesoro; Fortunato me ha pasado del río, me ha puesto en el camino, y le premio como veis, con un diamante que será la base de su fortuna, levantada en el “respeto y caridad con los ancianos”.

El primero de marzo, al llegar Graciana a su elegante casa, de misa de diez, encontró en la sala de recibo a su amiga Zenaida que la esperaba. Después de saludarse con la efusión de un cariño íntimo y antiguo, dio Zenaida a Graciana un billete de a cien pesos, diciéndole:

—Por mi conducto, te los envía Luz, mi tía, con un millón de gracias.

—No tiene por qué darlas; cuando se puede servir a una amiga es un deber hacerlo —contestó Graciana, dejando el billete sobre una mesita estorbo¹⁸⁷ que estaba cerca.

A las once se despidió Zenaida; Graciana, dejándola hasta la escalera, se dirigió por los corredores a sus habitaciones interiores.

¹⁸⁷ Forma de describir muebles de pequeñas dimensiones, como una mesita auxiliar, que era común en el siglo XIX para múltiples usos, como colocar una lámpara o un libro.

Era día de pobres y algunos de sus favorecidos se detenían en el zaguán y primeros peldaños de la escalera. Graciana tomó un bolsillo de *peluch*¹⁸⁸ rojo que encerraba, como ella decía, “el tesoro de sus pobres”. Iba a distribuirlo y a saturar su alma caritativa con la alegría derramada por su mano en el corazón del menesteroso; ¡alegría santa, goce supremo, cuya dulzura no tiene semejante bajo los cielos! Pero en el instante mismo en que se dirigía hacia la puerta vino a su imaginación el recuerdo del billete olvidado en la mesita; la sala estaba abierta y no de todos se puede uno fiar.

Corrió en busca del billete, pero el billete había desaparecido. Densamente pálida y temblorosa fue a la puerta; Bernabé, un anciano casi ciego estaba parado muy cerca de ella, y su nieto Agustín, de ocho o nueve años de edad, bajaba corriendo las escaleras a tiempo de asomar Graciana. El pensamiento es muy ligero, y ella dominada por las apariencias, hizo recaer todas sus sospechas sobre el pobre viejo y le echó en cara su ingratitud, pues que hacía más de dos años le pagaba la renta del cuarto que ocupaba.

—¡Por la Virgen bendita, juro a usted que no me he robado ese billete, señora! ¡No, no soy ladrón! ¡Nunca he robado a nadie!

¹⁸⁸ Forma arcaica o abreviada de *peluche*, reflejo del uso coloquial y de la ortografía no estandarizada del español a finales del siglo XIX y principios del siglo XX.

Tales eran las exclamaciones del pobre, pero Graciana indignada no las atendía. Hizo venir a unos gendarmes, y les mostró al viejo como el único responsable del robo.

Ya en el descanso de la escalera, los gendarmes y Bernabé se encontraron con Agustín que regresaba de la calle. Su asombro fue grande al verle entre los guardianes del orden público, y abrazándose a él se les encaró diciendo:

—¿Por qué le lleváis?

—Quita de ahí, pilluelo, tú también le has de haber ayudado a robar el billete.

El muchacho suplicante y lloroso protestó de la inocencia de ambos, sin alcanzar gracia. De repente, con actitud resuelta y simpática, se irguió, y escuchando al viejo con su pequeño cuerpo, exclamó con acento viril:

—¡Soltad a mi padre, es inocente! Quien ha robado el billete soy yo. La señora puede testificarlo porque me ha visto bajar corriendo las escaleras cuando iba a depositarle en lugar seguro.

Al oír tal confesión, Bernabé dio un paso adelante, diciendo al nieto con tanto dolor como ternura: —¡Mi Agustín! ladrón...! ¡No..., mentira! Si él nunca ha robado. No le creáis.... ¡yo...!, ¡yo...! —balbuceo con las lágrimas en los ojos.

—¡Padre!

—¡Hijo mío, tú no lo sabes, yo soy culpable! He robado el billete, merezco ser llevado a la Comisaría.

Continuó una lucha tierna y conmovedora en la que cada cual quería sacrificarse por el otro, en aras de un amor santo y sublime. De entre el grupo de gente que se había detenido a la puerta se escapaban frases conmisericordias, y Graciana que se hallaba observándolo todo desde el barandal de arriba, conmovida y generosa iba a ordenar la libertad del viejo, cuando de entre la masa de curiosos se adelantó un hombre, y entregando a los guardianes un billete, dijo:

—“La ocasión hace al ladrón”. Tras la señora que bajaba, subía yo con un recado, pues soy mozo de cordel,¹⁸⁹ y viendo el billete en la mesa me apoderé de él. Nunca he robado, y entre el deseo y el arrepentimiento, la duda y el temor, no he podido resistir a la lucha del amor filial de ese niño, a su entereza y abnegación por salvar la vida de su padre, viejo y enfermo.

Ante tal nobleza de corazones, Graciana se sintió pequeña, y se propuso ser en lo de adelante más cauta en sus juicios.

—Te perdono —dijo al mozo de cordel—, el mal rato que me has causado, y te protegeré con el trabajo para que no vuelvas a hurtar, porque Dios condena el hurto y castiga a quien le práctica.

¹⁸⁹ Trabajador que se dedicaba a cargar y transportar bultos, encargos o recados a pie, especialmente en ciudades.

Inútil es decir que la limosna de Bernabé y de su nieto tuvo ese día un aumento considerable, y fue sazonada por Graciana con la promesa de ayudar a la educación de Agustín, cuya alma estaba adornada de tan bellos sentimientos.

Eduardo se metió bajo las blancas sábanas de su cama. En el buró, en limpia palmatoria¹⁹⁰ de porcelana, ardía una bujía, a cuya débil luz paseó por el cuarto una recelosa mirada. Algo le atormen-
taba, porque estaba inquieto y sus párpados reseco-
se negaban al sueño. De pronto, oyó que la puerta
de comunicación con la recámara de su madre re-
chinaba sobre sus goznes, y arrebuándose¹⁹¹ con las
cobijas fingió dormir.

Una mujer alta, delgada, de semblante noble y
que a lo sumo contaría treinta y cinco años, se acercó
al lecho de puntillas y creyéndole dormido levantó
la mano derecha y le bendijo, después le besó en la
frente, recogió una punta de la colcha que caía al
suelo y se retiró sin ruido a su aposento, entornando
tras sí la puerta de comunicación.

¹⁹⁰ Platillo con mango empleado para sostener una vela o bujía.

¹⁹¹ Abrigándose.

Eleonora estaba inquieta como su hijo. Un triste presentimiento la torturaba hacía algunos días, ¿por qué?, ella no se lo explicaba. Sentose en un sillón y agitada, nerviosa y falta de sueño, levantó su alma a Dios. Las cuentas de un grueso rosario corrían por entre sus dedos, y sus labios se movían con piedad, pero su pensamiento se alejaba de la oración para reconcentrarse en Eduardo, su hijo único.

Hacia la media noche, el sueño llamó a sus ojos, y ya se disponía a meterse en cama cuando un gemido triste la contuvo.

—¡Mi hijo está enfermo! —exclamó.

Y cubriéndose con un chal, se dirigió precipitadamente a su recámara. El jovencito se debatía bajo la presión de una terrible pesadilla.

—¡Madre!, ¡madre! —gritaba—, no volveré a verte... he huido de tu lado... ¿Dónde estoy? Si pudieras verme... ¡Ah, cómo llorarás por el hijo ingrato...!

—¡Hijo de mi alma! —murmuró Eleonora, abrazándole contra su corazón. ¡Despierta... estás con tu madre...!

Eduardo abrió sus ojos bañados en lágrimas y colgándose a su cuello, le dijo:

—¡Qué horrible pesadilla...! ¡No, no huiré; no te dejaré...! ¡Nunca!, ¿lo oyes?, ¡nunca!, ¡te lo juro, madre, te lo juro!

—¿Acaso pensabas hacerlo? —preguntó Eleonora comprendiéndolo todo.

—A las primeras horas de la mañana, Felipe y yo teníamos que tomar hoy el tren del Norte.

—¡Felipe!, ese mal amigo cuya amistad te he prohibido... ¡Felipe...!, ¡iba a ponerte al borde del abismo...!

En este instante, tres toques suaves dados en la ventana del cuarto anunciaron allí la presencia de Felipe; Eduardo abrió y dijo a su pervertidor:

—Una pesadilla acaba de salvarme del abismo en que iba a hundirme tu amistad; reconozco la locura que me despeñaba,¹⁹² el inmenso dolor y quizá hasta la muerte que ocasionaría a mi madre; y me arrepiento, por fortuna, a tiempo. Vete solo, no cuentes ya conmigo.

Felipe, lleno de ira, dio media vuelta y se alejó bajo el peso de la humillación y de la vergüenza. Había visto a Eleonora detrás de su hijo, como la buena sombra. Ésta, en seguida, emocionada y con voz acariciadora, dijo a Eduardo:

—No olvides, hijo mío, que los malos amigos son causa de perdición; si quieres conservar la estimación de los demás por tu rectitud y buen juicio, huye de ellos como se huye de una serpiente, de un reptil cuya ponzoña ha de causarnos la muerte.

¹⁹² Uso metafórico del verbo *despeñar*, que sugiere una caída violenta y continua hacia el abismo.

PRIMERA PARTE: MARCIAL

La luminaria encendida con piñas secas de oco-
tero¹⁹³ se extinguía; su luz mortecina alumbraba
apenas los cenicientos paredones en cuyas grietas en-
raizaban algunas yerbas polvosas y chamuscadas por
el sol. Mil sombras más o menos densas, producidas
por las asperezas del terreno y los agigantados y año-
sos árboles envolvían a trechos la madriguera de los
plagiarios, cuyos hechos delictuosos tenían en cons-
tante alarma a todos los habitantes de las poblaciones
cercanas.

En una de las cuevas que les servían de refu-
gio, gemían esa noche dos prisioneros, un caballe-
ro como de cuarenta años llamado Diego Aguilar y
su hijo Efrén, simpático niño de nueve a diez años.
¿Cómo habían caído en poder de los salteadores?¹⁹⁴

¹⁹³ Pino nativo de México.

¹⁹⁴ Aquéllos que roban en los caminos despoblados.

Muy sencillamente: ocho días antes, don Diego y su hijo, al atravesar por un campo despoblado, cerca de una hacienda que poseía en el estado de Colima, fue asaltado por los bandoleros y conducido al lugar mencionado en compañía del niño. Ya allí, le exigieron por precio de su libertad una fuerte cantidad que, mediante una carta, recabarían de la familia.

Ésta, que había dado aviso de la desaparición de don Diego y de Efrén a la autoridad, recibió orden del juez de no hacer nada sin consultarle, pues no dudando hubiesen sido plagiados, quería obrar con suma cautela y prudencia para ver si se lograba la captura de los malhechores.

Así fue que la esposa de don Diego, tan luego como recibió la carta en que éste le notificaba reunir la cantidad fijada y entregarla al enviado que se encargaría de recogerla, ocurrió al juez, quien le prohibió entregar el dinero, dando en seguida algunas órdenes secretas a la policía.

En tanto, los prisioneros sufrían las consecuencias de aquella medida. Golpes, injurias, hambre, sed y amenazas de muerte, nada de esto escaseaba para ellos.

Entre los plagiarios había un chicuelo como de la edad de Efrén, de tez cobriza y cuyos ojos vivos y negros revelaban astucia. Los niños se atraen donde quiera que se encuentran: en sus corazones infantiles hay una buena simiente¹⁹⁵ de simpatía que pronto

¹⁹⁵ Semilla.

germina y crece. Marcial, el bandolero pequeño, se había encariñado por Efrén y Efrén por Marcial.

Efrén, como niño que era, gozaba de la libertad de salir de la cueva siempre a la vista de los bandidos; y en estas cortas escapatorias había tenido más de un encuentro con Marcial, cuyas palabras cariñosas y amables enjugaban siempre sus lágrimas.

La mañana del día a cuya noche aludimos, el pobre niño lloraba, sentado fuera de la covacha donde a su padre se le acababa de negar un vaso de agua; Marcial compadecido, bajó al arroyo y llenando un jarro del precioso líquido lo puso en manos de Efrén, diciéndole al oído:

—Espera, Efrén, yo te salvaré a ti y a tu padre; y al irse añadió: esta noche, fingiréis dormir tranquilamente, no lo olvides.

Éste era el motivo porque aquella noche, mientras la hoguera se extinguía y los bandidos beodos,¹⁹⁶ con la mirada turbia y el rostro encendido se dejaban caer en el duro suelo, paralizados por el sueño de la embriaguez, confiando sus prisioneros a un vigilante que hacía guardia y había bebido tanto aguardiente como ellos, don Diego y su hijo tendidos en su prisión, el uno al lado del otro, parecían dormir tranquilamente.

Hacia la media noche, viendo el vigía que los cautivos dormían y sintiendo que sus párpados se cerraban, apoyó la cabeza contra un árbol y se dur-

¹⁹⁶ Borrachos.

mió. Marcial entonces se deslizó cautelosamente, se introdujo a la cueva y rompiendo las cuerdas que ataban las manos y los pies de don Diego, les dijo:

—¡Escapaos ahora que todos duermen aletargados con el vino! ¡Idos pronto, antes que se despierten!

Efrén le abrazó, y su padre estrechándole la mano le dijo, conmovido por tan bella acción:

—Tienes un corazón noble. Dios te recompense lo que haces esta noche con nosotros.

Y aprovechando las sombras, el silencio y lobre-guez de la noche, se pusieron en precipitada fuga, por entre las malezas y los mogotes¹⁹⁷ que cubrían el campo, desierto en aquella hora.

Marcial, con el temor propio a su edad por lo que había hecho, se dirigió luego a su manta murmurando:

—Después de todo, he hecho una cosa buena el día del santo de mi padre; le he evitado hoy hacer la desgracia de esos pobres.

Pronto quedó profundamente dormido y al amanecer, cuando los bandidos se dieron cuenta del suceso, sospecharon mutuamente de todos menos de Marcial, al que sin duda el ángel bueno de los niños cubría con sus alas de armiño.¹⁹⁸

¹⁹⁷ Puede ser una pila de piedras sueltas.

¹⁹⁸ El armiño es un símbolo tradicional de pureza y moderación, ya que se creía que prefería morir antes que ensuciar su pelaje blanco.

SEGUNDA PARTE: EFRÉN

Había cumplido Efrén veinte años. Era un cumplido mozo, un joven estimado por su ameno trato, sus modales finos y su caballerosa conducta. Su padre era por entonces juez de la cabecera del 4º Cantón de Jalisco.¹⁹⁹

Desde el memorable plagio de que fuera víctima, se había separado de la hacienda, retirándose a vivir a Sayula de donde era nativo.

Las revueltas políticas porque atravesaba nuestro país y los odios de partidos²⁰⁰ hacían prosperar a su sombra al vandalismo, que hallaba pasto en los caminos y rancherías.

Un día, le fue presentado por unos rurales un joven de veinte años, fuerte, musculoso, de mirada atrevida y labios gruesos, como el responsable de un asalto acaecido dos días antes en la Cuesta de Sayula, contra unos arrieros; y en el cual había resultado un muerto y dos heridos.

Seguidos los trámites de su causa, se obstinó siempre que se le interrogaba en una negativa tenaz, de que no fue posible sacarle; pero como estaba probado por los arrieros que aquel joven era uno de los

¹⁹⁹ Sayula, división administrativa del siglo XIX que agrupaba varios municipios del sur del estado de Jalisco.

²⁰⁰ Conflictos políticos entre liberales y conservadores que causaron violencia e inestabilidad en México durante el siglo XIX.

asaltantes principales, y además aseguraban haberle visto disparar sobre sus infelices compañeros, la sentencia tenía que ser terrible.

Entretanto, Efrén, escribiente del juzgado, transmitía al papel toda la causa y perturbado por una idea singular, no perdía oportunidad de observar al reo. Su rostro tostado por el sol le traía a la memoria el recuerdo de otras facciones. Y luego el nombre... ¡aquel nombre le quitaba el sueño y le amargaba la comida...! Algunas veces queriendo dar otro giro a su constante preocupación, se decía:

—¡Marcial!... Pero, ¿no hay tantos que llevan ese nombre? Me preocupo sin motivo y desecho tales ideas.

Y con nuevos ánimos, se ponía al trabajo, creyéndose libre del yugo que le imponía su pensamiento; pero a poco, obcecado²⁰¹ por aquella idea, tornaba de nuevo a sus cavilaciones.

Después de varios días, la causa instruida al bandolero tocaba a su término. Don Diego, sentado delante de una mesa, con la pluma en la mano, se disponía a estampar su firma en el pliego que le condenaba a morir, cuando Efrén, deteniendo el brazo de su padre, le dijo:

—Perdonad, padre; vos no podéis estampar vuestra firma en ese papel sin faltar a un deber sagrado, sin faltar...

²⁰¹ Cegado.

—¡Que no puedo! —exclamó don Diego parándose y viendo a su hijo de frente—. ¿Estás loco, Efrén? ¿Qué puede impedirme dejar satisfecha a la justicia?

—La gratitud, padre mío, contestó el joven con dulzura: ese bandolero nos ha salvado la vida y los intereses con ella, hace diez años.

—Salvarnos él, ¿qué dices...? —balbuceó el juez— ¿será acaso...?

—¡Marcial!, sí, ¡aquel pobre muchacho que satisfizo un día vuestra sed y cortó vuestras ligaduras para que tornáseis libre a vuestra casa!

La sorpresa de don Diego fue tan grande que la pluma se escapó de sus manos.

—¡Pero, hijo!, ¿cómo lo sabes?... ¿No te engañas?

—Escuchadme: esta misma mañana, no pudiendo sustraerme a una idea que, desde la vez primera que le vi ante la justicia, me ha dominado, me acerqué a la reja, le hablé y evocando los recuerdos de su niñez, suspiró y me dijo:

—¡Si las buenas acciones tuvieran premio, no me vería hoy condenado a muerte!... ¡Era yo un pobre muchacho de diez años cuando una noche salvé la vida a un señor, plagiado por mi padre, que ya murió, y a su hijo que era como de mi misma edad y por el cual sentí desde la primera vez que le vi profunda simpatía!

Al oír sus palabras impregnadas de un amargo dolor contenido, estuve a punto de descubrirme diciéndole: yo soy; mas me contuve y pude preguntarle sin venderme:

—¿Recordáis el nombre de aquel niño?

—¡Nunca lo he olvidado!

—Entonces...

—Se llamaba Efrén —contestó interrumpiéndome—. No fui dueño de mí, emocionado y trémulo, al través de los gruesos barrotes de la reja, le tendí una mano que estrechó con efusión, diciendo:

—Se muere contento, cuando se estrecha la mano de un amigo, gracias.

—¿Me conocéis?

—Desde la primera vez que oí pronunciar vuestro nombre tuve el presentimiento de que erais el mismo...

—¡Es verdad —le dije—, soy aquel niño...!

—¡Y es vuestro padre quien va a firmar mi sentencia de muerte...! —exclamó—. ¡Oh destino!, he salvado la vida a quien debía quitármela!

Entonces yo, recordando y parodiando sus propias palabras en aquella noche en que protegió nuestra evasión, le repliqué:

—Diez años hace, me dijiste, allá en los escondrijos de una montaña: “aguarda, Efrén, yo salvaré a ti y a tu padre”, hoy me toca decirte: espera, Marcial, mi padre y yo te salvaremos.

Ante aquel noble rasgo de su hijo, don Diego con los ojos húmedos lo atrajo a sí, con infinita ternura, diciendo:

—¡Le has ofrecido bien; en justicia, le somos deudores de la libertad y de la vida, y es nuestro deber pagar tal deuda con igual moneda!

El buen padre cumplió lo ofrecido a su hijo. El juez conmutó la última pena en una pena temporal; y el generoso Efrén aprovechó aquel tiempo de prisión para atraerle al camino del honor y de la probidad.²⁰²

La gratitud, niños míos, es un lazo de flores que une y estrecha los corazones con eslabones de diamantes. No seáis jamás ingratos con quien os prodigue un beneficio, porque la ingratitud hace al hombre repulsivo y despreciable; no deis lugar a que por vosotros, por vuestra ingratitud, se propale²⁰³ el triste axioma:²⁰⁴ “Quien siembra beneficios recoge ingratitudes”. Sed agradecidos, porque la gratitud es un deber y una virtud; y el cumplimiento del primero y la práctica de la segunda son joyas que no desdeña nunca el verdadero talento.

²⁰² Honradez.

²⁰³ Difundir algo, generalmente negativo.

²⁰⁴ Verdad.

— Judith, veo con bastante pena que es usted envidiosilla —decía, una mañana en la academia de dibujo, el profesor Lucio a una niñita delgaducha y presuntuosa que a todo ponía defectos—; observo con disgusto que desatiende su clase por fiscalizar el trabajo de sus compañeras.

La niña, a quien tal discurso se dirigía, frunció las cejas, hizo un mohín²⁰⁵ que tanto tenía de impertinente como de despreciativo; y toda nerviosa, dejó correr el lápiz sobre el dibujo, sin preocuparse gran cosa del modelo que copiaba. De cuando en cuando, echaba una mirada desdeñosa al trabajo de su vecina, quien con gran atención y cuidado daba los últimos retoques a un lindo busto.

—Si no tiene usted un poco de más cuidado y dedicación, nunca hará nada bueno; y lo sentiré por sus padres que tanto se empeñan y sacrifican por su adelanto.

²⁰⁵ Puchero.

—Hago lo que puedo —contestó con altanería la envidiosa Judith.

El profesor no se dio por entendido de la contestación, y pasando adelante se detuvo ante la niña del busto, que hemos designado como vecina de Judith.

—¡Muy bien, Sarita!, le dijo complacido; si continúa usted siendo tan aplicada, le pronostico que llegará a ser una artista de fama, una excelente pintora. Dé una ligera corrección a las sombras y quedará listo su trabajo para presentarle en la próxima exposición, donde no dudo obtenga un premio.

Al escuchar Judith tal panegírico,²⁰⁶ se puso livida y mordiéndose los labios con ira reconcentrada, dijo para sí:

—¡Eso es injusto!, yo he hecho mejores dibujos que ése, y no he merecido un elogio semejante del señor Lucio. ¡Bah!, cuestión de interés, ¡como Sara es rica...!

Al día siguiente, después de quitar los papeles de china que cubrían el restirador, defendiéndole del polvo y de las moscas, vio Sara con dolor que su dibujo estaba rayado de carbón, manchado y sucio, y conteniendo apenas sus lágrimas, le mostró al profesor el trabajo echado a perder.

Comprendió don Lucio inmediatamente quién era la autora de aquella maldad y cuál el móvil que la había inspirado; por lo cual, dirigiéndose a Judith,

ceñudo y duro, le echó en cara su mal proceder, hijo sólo de la envidia que carcomía su alma.

La culpable negó al principio; mas al fin se dio por vencida e inventó, para salir del paso, que aquello había sido un accidente, hijo de su curiosidad.

—Toda falta se purga con el castigo —le dijo el profesor: queda usted expulsada de la clase por ocho días.

Al escuchar tales palabras, Judith, desecha en llanto, temiendo el enojo de su papá, demasiado severo con sus hijos, imploró el perdón de don Lucio, quien se mostraba inflexible a sus ruegos. Sara, entonces, olvidando el agravio y escuchando sólo los impulsos de su corazón generoso, unió sus súplicas a las de la culpable, ofreciendo reponer el dibujo estropeado con otro nuevo.

Tan noble conducta atrajo sobre Sara la admiración de sus compañeras y ablandó al enérgico profesor, quien otorgando su perdón a Judith, dijo a sus alumnas:

—Aprended de la niña Sara, cómo se vengan las almas nobles, y no olvidéis jamás que la envidia es un fruto amargo que envenena la dicha de quien tiene la desgracia de saborearle nutriéndose con él.

²⁰⁶ Sermón que expresa admiración por algo o alguien.

EL OJO DE LA CERRADURA

La casa era de vecindad: el primer patio comunicaba con el segundo por un pasillo angosto, al que daban las puertas de entrada de las habitaciones 6 y 7, que en lugar de abrirse para adentro, lo hacían para fuera.

En la primera de ellas vivía la señora Mónica, viuda de un militar y enferma de un reumatismo crónico, acompañada de su hija Domitila, niña con once años, cuya educación, debido a los males de Mónica, había sido muy descuidada, por cuya razón la pequeña había adquirido malos hábitos; siendo uno de ellos, y el principal, la desordenada curiosidad de saber todo lo que pasaba en el vecindario, para lo que no omitía ni preguntas ni espionajes.

Conocer la vida ajena, averiguar lo que se decía, era para ella el pan de cada día. Este grandísimo defecto la hacía repulsiva a todos los que la conocían y que por lo mismo se cuidaban de ella como de un apestado.

Su pobre madre sumida en un sillón o recostada en una cama, no se daba cuenta de sus acciones sino cuando llevaban hasta su cuarto alguna queja. Entonces la reprendía con acritud²⁰⁷ y ella ofrecía no volver a hacerlo, pero, apenas excitada su curiosidad, tornaba a las andadas.

En la habitación núm. 7 vivía un matrimonio mal avenido que, “por quítame estas pajas”,²⁰⁸ armaba un escándalo con sus alteradas discusiones. Don Rufo, hombre irascible²⁰⁹ y pésimamente educado, no entendía nunca de razones y vociferaba como un desequilibrado cuando se veía contrariado o le llegaba el mal humor. Macrina, su esposa, era muy poco prudente para evitar tales arrebatos, después de los cuales todo lo componía con llorar.

Estas frecuentes grescas²¹⁰ a puerta cerrada tenían un testigo constante. Domitila había establecido su punto de observación en la puerta de entrada: el ojo de la cerradura era el ventanillo por donde fisgaba el interior, dándose así cuenta de todo lo que allí pasaba, pues mientras miraba aguzaba el oído, gozándose en apreciarlo todo.

²⁰⁷ Aspereza.

²⁰⁸ Forma de decir que una discusión es insignificante y no merece la pena, la atención o el conflicto que está generándose.

²⁰⁹ Persona propensa a irritarse o enfadarse.

²¹⁰ Alboroto.

Poco a poco, fue propalando²¹¹ entre sus amiguitas lo que oía y veía; los detalles de las escenas íntimas no fueron ya un secreto; los díceres tomaron cuerpo como las burbujas de jabón y de boca en boca llegaron a oídos de don Rufo y de su mujer.

—¡He de saber quién espía nuestros actos —dijo don Rufo a Macrina—, y prometo que quien sea me la tiene que pagar!

—Y harás muy bien —contestó ella—, no pagamos casa para que nos vigilen.

Don Rufo se puso en asecho de lo que buscaba, y al fin un día acertó a ver una pupila interceptando la luz que entrara por el ojo de la cerradura. Frotándose las manos con alegría y fue a decir a Macrina:

—Ya verás, mujercita mía, qué bien tomo el desquite de esa pícara muchacha que, por lo visto, no tiene de qué ocuparse. Acabo de verla pegada al ojo de la cerradura... Ya verás, ya verás...

Al día siguiente, por la tarde, don Rufo puso cebo²¹² a la curiosidad de Domitila con un fuerte altercado. Ésta, sin prever lo que le aguardaba, corrió a la puerta como acostumbraba hacerlo; mas apenas colocada en su observatorio, la puerta empujada por dentro bruscamente, dio a la infeliz tan fuerte golpe en la cara, que cayó de espaldas arrojando por la nariz dos hilos de sangre. Al grito que dio, acudie-

²¹¹ Divulgando.

²¹² Algo que se usa para engañar o incitar a una persona a actuar.

ron las vecinas y medio desmayada la condujeron al lado de su madre, quien en el paroxismo²¹³ de su dolor buscaba a don Rufo para echarle en cara su mala acción, pero ya éste se había encerrado en su habitación.

¡Bien amarga y terrible fue la lección que curó a Domitila de su mal hábito! Largo tiempo padeció de la nariz, que al fin le quedó deformada.

La curiosidad, niñas mías, es una mala consejera que acarrea disgustos y pesares.

²¹³ Exaltación.

CAJA OCULTA

Aquel día era de feria. Celebrábase en el pueblo la fiesta titular del Santo Patrono, y los vendedores de agua fresca, dulces, baratijas y frutas de la estación voceaban, armando confusa algarabía, para atraerse a los compradores de ambos sexos que pululaban por la plaza y que en su mayor parte pertenecían a la población flotante llegada de las haciendas, fábricas y pueblecillos inmediatos. El señor Franco, vecino de la población, dio a cada uno de sus dos hijos, Jacinto y Perico, una moneda de cincuenta centavos para que las gastasen en lo que mejor les pareciera.

En un santiamén acabó Perico con el capital, volviendo a su casa regocijado, con la cara tostada por el sol y los bolsillos repletos de lo que había comprado.

Obsequió a los de casa con algunos caramelos y manzanas, después de lo cual, a dos carrillos se puso a engullir un incitante perón de Aguascalientes.

Le devoraba satisfecho y ansioso cuando se presentó Jacinto con las bolsas vacías, serio y abstraído,

con aspecto más bien de viejo que de niño. Se sentó frente a su hermano mirándole sin hablar, y quizá en su interior, envidiándole aquella alegría que no le era dable compartir. Perico en una de sus volteretas, pues no estaba quieto un instante, se le acercó mordiendo el chapeado perón que hizo agua la boca de Jacinto, quien no pudiendo resistir el deseo, dijo a su hermano:

—Tu perón está rico, déjame darle una mordida.

—¡Una mordida! Compra uno si quieres, para eso te dio papá dinero. Eres tan hambriento que apuesto a que no has gastado un centavo.

—Apuestas bien porque no soy desperdiciado como tú: mira.

Al decir esto, mostraba a Perico entre sus dedos la reluciente moneda.

—Eres un tacaño —díjole Perico—, el dinero no es para guardarlo sino para gastarlo; digo, si necesitamos hacerlo, que si sobra, es otra cosa. Pero ya que tal haces, ayuna.

Esto diciendo, se retiró Perico, dejándole sólo en aquella su triste figura.

Poco después, el señor Franco al volver de la calle se halló frente al silencioso Jacinto y le dijo:

—¡Hola! ¿Ya estás de vuelta? ¿Has gastado ya los tecolines²¹⁴ como tu hermano?

—Yo, papá, no soy tan despilfarrado como él, y luego... no tengo apetito por nada.

²¹⁴ Monedas o dinero en pocas cantidades.

Perico saltando a la palestra²¹⁵, dijo entonces:

—Miente, papá; acaba de rogarme le deje dar a mi perón una mordida; yo le he dicho que compre uno si quiere, pues para eso tiene su dinero que le diste.

—Y has dicho bien, hijo; aunque un hermano no debe negar nada a su hermano.

La noche de ese mismo día, después de la cena, se escabulló del lado de sus padres, procurando no ser visto por nadie. Perico, que era el diablillo de la casa y estaba aguijoneado por la curiosidad que le causaba desde hacía algunos días la extraña conducta de su hermano, apenas notó su falta cuando se echó en su busca. No encontrándolo en las habitaciones se dirigió a la huerta de la casa, que era pequeña y contenía algunos hermosos árboles frutales, entre ellos un granado en flor.

La noche era bastante oscura y la puerta estaba entreabierta, por lo que penetró a ella sin ser visto ni oído. A pocos pasos se contuvo, ocultándose tras unas matas: había visto a Jacinto al pie del granado cavando la tierra con un pequeño azadón. Pronto le vio extraer del agujero abierto una pequeña caja de madera de ocote, observarla con atención y dejar caer dentro de ella algo que produjo un retintín metálico. Después, la volvió a su lugar y llenó el hoyo de tierra

²¹⁵ Intervenir de manera activa y visible en un asunto de interés público.

que pisoneó²¹⁶ para borrar toda huella. Perico entonces dejó su escondite, pensativo por lo que viera.

En la mañana del siguiente día, regresando Perico del Colegio, le detuvo Evaristo, hijo de una pobre viuda a quien él ayudaba con su corto trabajo, para informarse dónde podría encontrar a Jacinto.

—¿Qué le quieres? —le preguntó Perico.

—Devolverle cuatro reales que me prestó hace ocho días.

—Dámelos —dijo aquél—, y se los entregaré cuando vaya a comer.

Evaristo le puso en la palma de la mano cinco reales, y Perico con su genial viveza le preguntó:

—¿Por qué si te ha prestado cuatro, le devuelves cinco?

—Porque con esa condición me los prestó.

—“Cero y van dos” —dijo para sí Perico—, entierra y cobra réditos. Es necesario que mi padre lo sepa.

Con esta idea, al llegar a su casa fuese derecho al escritorio de su papá y sin preámbulo alguno le contó lo que había visto al pie del granado²¹⁷ y su encuentro con el pobre Evaristo.

El señor Franco quedó aturdido con tal revelación y más al contar con mano propia los sesenta y dos centavos, cuyo sobrante significaba un día menos en el “óbolo de la viuda”.²¹⁸ Jacinto, además, era su hijo mayor y contaba ya dieciséis años.

Si él moría, ¿qué no sufriría la familia que quedase a expensas de tan miserable avaro?

—Que nadie en casa sepa esto —dijo a Perico—, vamos a la huerta.

Ya en aquel lugar removi6 la tierra, y su indignación creció de punto al encontrar la caja que guardaba desde hacía mucho tiempo el dinero que daba a Jacinto, aumentado con pequeñas usuras.²¹⁹

Éste, que apenas llegaba a su casa iba a la huerta para cerciorarse de la existencia de su tesoro, quedó aterrado al encontrarse ahí con su padre, quien, con la caja en las manos, al verle entrar le arrojó a la cara lleno de cólera estas palabras:

—¡Eres un miserable a quien debería arrojar de mi presencia como se arroja una vil sanguijuela que se alimenta de sangre! ¡Pero eres mi hijo, y antes de hacerlo te castigo: el contenido de esta caja, que ya es algo, en mi presencia tú mismo vas a repartirlo entre

²¹⁶ Apretar o compactar la tierra para nivelarla o eliminar huellas.

²¹⁷ Árbol de tronco liso y retorcido con flores rojas, cuyo fruto es la granada.

²¹⁸ Alude a un pasaje bíblico (Marcos 12:41-44 y Lucas 21:1-4) en el que una viuda pobre da como limosna pocas monedas, que aunque escasa es la cantidad, representa todo lo que tiene. En el texto, por el contrario, se usa irónicamente para señalar una contribución muy modesta o mezquina.

²¹⁹ Se refiere a los intereses que se cobran por prestar dinero.

los pobres, comenzando por el hijo de la viuda, cuyo sudor has querido chupar como las hienas!

Jacinto, fuera de sí, suplicó a su padre le evitase aquel dolor y aquella vergüenza; pero él se mostró inflexible con el hijo avaro. E hizo bien, porque el desordenado amor al dinero conduce a la avaricia, y ésta endurece el corazón, alimenta víboras y produce Judas, como el que vendió a Cristo.

EL ESPEJO

Las dos niñas que en aquel momento llegaban a casa de vuelta de “la Amiga”²²⁰ eran huérfanas; por lo que, desde muy pequeñas, habían pasado a poder de la abuela materna que las amaba con exceso, sobre todo a Crisanta, la más pequeña de ellas, en la actualidad contaba con nueve años, dos menos que su hermana Estefanía.

Crisanta, cuyo nombre pareciera a la abuela muy prosaico, por cuyo motivo le diera el diminutivo de Crisantema, su flor favorita, era por su hermosura una flor, pero flor delicada sólo a la vista como todas las que carecen de aroma. Con decir que su carita estaba vaciada en un molde griego y además que todas sus formas de niña eran esculturales, está dicho todo.

²²⁰ Instituto o escuela para niñas regida por religiosas o damas de caridad.

No así Estefanía, que con sus facciones gruesas y su excesiva palidez, pasaba al frente de todas las opiniones por fea.

Mas la naturaleza, como buena madre, lo compensa todo, dando por un lado y quitando por el otro; Estefanía poseía el carácter más amable y benévolo del mundo y sabía atraerse los corazones con su dulzura angelical, en tanto que Crisantema, demasiado mimada y consentida por la abuelita, se había hecho voluntariosa, caprichuda, respondona y soberbia. No se le podía hablar una palabra sin que contestara diez o doce, ni se le podía contrariar al menor capricho sin que se tornase un basilisco.²²¹

Hecho el retrato de nuestras protagonistas, volvamos al punto de partida, es decir, a su llegada del Colegio. Ambas se precipitaron charlando y riendo por las escaleras en busca de la abuela para avisarle de su vuelta, con el beso acostumbrado; pero ésta había salido ese día para hacer algunas compras y no volvería hasta la una de la tarde, por lo cual cada una echó a andar por su lado, dirigiéndose Crisantema al recibidor de su abuela.

En este recibidor, sobre una consola, había dejado la niña aludida un juguete de fina porcelana que le había sido obsequiado el día anterior. Era éste una linda vendedora de flores guiando un carrito. Desde

que Crisantema lo recibiera, había oído decir en torno suyo que la florista se le parecía como una gota de agua a otra gota, motivo por el cual estaba encantada con lo que llamaban su retrato.

Iba a traspasar los umbrales de la puerta del saloncito, cuando atrajo su atención el ruido de un objeto al romperse y la carrera de un gato leonado que pasó rozando sus pies en la fuga que emprendía.

Con la curiosidad de saber lo que dentro había pasado, entró corriendo. ¿Qué había sucedido? El gato, brincando a la consola, había echado abajo el precioso juguete, y la vendedora de flores yacía sobre la alfombra hecha pedazos.

Crisantema se puso lívida y dejándose llevar de la ira corrió en busca del gato, sin darle alcance, pues aquel, comprendiendo la gravedad de su mal, no había parado hasta las azoteas de la casa. Volvió al recibidor con los labios espumosos, los ojos inyectados y salientes, la nariz dilatada, el pelo descompuesto, pálido y tembloroso; sentía que se ahogaba, que la sangre le subía y que le faltaba la luz en los ojos. Estefanía acertó a presentarse en este momento, y al verla en tal estado rio con ganas, y tomando un espejito de mano que había por ahí, se lo presentó, diciendo:

—¡Mírate en este espejo! Pareces una furia del averno.²²²

²²¹ Se refiere a que reacciona con gran furia o violencia ante cualquier contrariedad.

²²² Se refiere a un lugar simbólico que representa el infierno o el Hades, morada de las almas de los muertos.

Ella, furiosa, tomó el espejo y lo tiró sobre Estefanía, quien se puso de pantalla una silla para defenderse del golpe. El espejo, desviado por ella, fue a caer en un valioso tabor²²³ que contenía una planta artificial y que se hizo también pedazos.

—¡Soberbia!, le dijo Estefanía, ¡ve lo que has hecho en la fiebre de la ira...!

Crisantema, dominada un tanto por el temor de lo que hiciera, se acercó a un rincón, irritada, aturrida y vertiendo algunas lágrimas que, en la rabia de que estaba poseída, saltaron a sus ojos. Allí, la que había huido el espejo pequeño se vio de cuerpo entero en un espejo grande, y al verse tan horrible, tan espantosamente horrible, enjugó sus ojos, se arregló el pelo y el vestido, y tratando de mostrarse amable, dijo a Estefanía:

—¡Tienes razón en llamarme furia!; ¡el espejo me ha dicho que estoy muy fea... muy fea!

—Y yo te lo repito —dijo la abuela entrando, impuesta ya por los criados de toda la escena. Y añadió con tristeza viendo su tabor: ¡era un recuerdo de mi hija muerta, de tu madre...!

—¡Perdón, perdón!— exclamó Crisantema, enclavijando²²⁴ las manos. La abuela entonces, le dijo con dulzura:

—¡Te perdono!, pero esto con la condición única de que en tus arrebatos de ira y de soberbia te acerques a un espejo! El espejo es el amigo más sincero que tenemos en la vida; jamás nos miente, y sin reserva alguna nos dice nuestros defectos.

FIN

²²³ Vaso grande decorativo de cerámica de origen asiático.

²²⁴ Uniendo.



LA COLECCIÓN COMPLETA



Título: *Fiesta en el patio*

Autor: Emmanuel Tanús

Año: 2025

Técnica: Aguafuerte y aguatinta

Medida: 35.5 cm x 40 cm



Luciérnagas. Lecturas amenas para los niños, de Refugio Barragán de Toscano, se terminó de editar y digitalizar en septiembre de 2026, en el Departamento de Letras Hispánicas, División de Ciencias Sociales y Humanidades, Campus Guanajuato, de la Universidad de Guanajuato. La edición estuvo al cuidado de Daniela Juárez Mejía y Flor E. Aguilera Navarrete.

UNIVERSIDAD DE
GUANAJUATO



Ediciones
Universitarias



LECTURAS
VALENCIANA